mensual/Abril 1979
nueva serie/número 4
precio 75 ptas.

inprecor

correspondencia de prensa internacional / intercontinental press

Elecciones Europeas

Los planes de la burguesia; las respuestas reformistas



Colombia

Reforma politica y escalada represiva

La nueva guerra indochina



Debate
Camboya: ¿un estado obrero?
Feldman, Clark, Mandel

Sumario

Sudeste asiático

Europa

Francia

Oriente Medio

Colombia

Edita:
Liga Comunista Revolucionaria (IV Internacional)
Apartado de Correos 50.370 (Cibeles) Madrid / España

Imprime:
Ratlles
Mallorca 206. Barcelona

Deposito legal:
B - 40.029/79

En este número

Casi la mitad de este número de INPRECOR está dedicado a la situación creada en el **Sudeste asiático** tras la invasión de Camboya por las tropas vietnamitas en enero y la incursión militar china en Vietnam en febrero de este año.

Sobre este tema –y más particularmente sobre la naturaleza del Estado camboyano y del derrocado régimen de Pol Pot– se ha abierto en el seno de la Cuarta Internacional un debate que por su interés y su importancia reproducimos en INPRECOR. Este número contiene una contribución de Fred Feldman y Steve Clark, publicada en el periódico **The Militant**, del Socialist Workers Party de Estados Unidos. Y trae asímismo la primera parte de un artículo de Ernest Mandel, que en sus líneas generales refleja la posición mayoritaria de la dirección de la Internacional. El debate proseguirá en el próximo número de INPRECOR.

En torno a las **elecciones al Parlamento Europeo** que se celebrarán el próximo mes de junio en los nueve países del Mercado Común, Anna Libera analiza en dos artículos el trasfondo y los fines que persigue la burguesía europea con esta convocatoria, así como las posiciones de los partidos socialdemócratas y comunistas ante la integración europea.

La escalada represiva que conoce **Colombia** tras la "reforma política" emprendida por el Gobierno Turbay Ayala, es analizada, en sus causas y consecuencias, por Socorro Ramírez.

Finalmente, publicamos la segunda parte del largo artículo de M. Jafar sobre las transformaciones económicas y sociales en curso en los países árabes.



Correspondencia:

Apartado de Correos 50.370 (Cibeles)
MADRID / ESPAÑA

Cuenta corriente:

Miguel Romero. Banco de Vizcaya
c/c 01-744665-2 Alcalá 45 - Madrid

Sudeste asiatico

Indochina y el conflicto Chino-Vietnamita

Pierre ROUSSET



Indochina.

Iniciada el pasado 17 de febrero, la invasión china en Vietnam duraría casi un mes entero. ¿Qué factores han llevado al enfrentamiento armado entre ambos Estados obreros?. La explicación no es simple: las causas son múltiples.

La invasión china movilizó a un ejército considerable, pues, según fuentes chinas, en Vietnam penetraron 170.000 hombres, apoyados por varios centenares de miles de soldados concentrados en la región fronteriza. El material empleado también fue de calibre: artillería pesada, gran número de blindados, una aviación de un millar de aparatos (que, en cuanto a esta última, sólo parece haber intervenido en misiones de apoyo táctico). Las tropas chinas entraron en Vietnam por varias vías a lo largo de los 1.200 km. de frontera que separa a ambos países. En algunos puntos penetraron hasta 50 u 80 km., apoderándose de varias capitales provinciales.

Evidentemente no se trataba, como daba a entender Pekín al comienzo de la operación, de un *"incidente fronterizo"*, de una operación de alcance *"limitado"* cuyo objetivo es el de poner fin a las *"incursiones"* y *"provocaciones"* vietnamitas. Se trata de una auténtica acción de guerra. Es decir, que la situación que se ha creado en la región, con la rápida agravación de los combates fronterizos entre Camboya y Vietnam, el derrocamiento del régimen de Pol Pot por el FUNSK y las tropas regulares vietnamitas y la intervención china en Vietnam, no tiene precedentes en la historia de los conflictos entre Estados obreros.

No existe ninguna explicación simple, monocausal, que permita comprender cómo la situación ha podido degradarse tan rápida y profundamente, tan poco tiempo después de una victoria revolucionaria contra el imperialismo norteamericano que constituye un hito en la historia del movimiento obrero mundial.

Hay que tener en cuenta factores y contradicciones de distinto orden, y la manera en que se han combinado entre sí, concatenándose de modo que han hecho degenerar en conflicto armado los litigios que enfrentan a los regímenes vietnamita, camboyano y chino.

Las razones de la burocracia china

Aún manteniendo la ficción de efectuar una *"operación de represalia limitada frente a las intrusiones fronterizas de los vietnamitas"*, los dirigentes chinos han expuesto, en diversos artículos y entrevistas, una serie de razones que les habían movido a intervenir masivamente en Vietnam. Se trataba de matar varios pájaros de un tiro: responder al derrocamiento del régimen de Pol Pot, asestar un golpe a la capacidad y al prestigio militar de Vietnam, debilitar la potencia de esta *"Cuba de Asia"*, limitar la influencia del *"socialimperialismo soviético"* sobre su aliado indochino y en la península, aprovechar la relación de fuerzas general en el Sudeste asiático –zona estratégica, particularmente los estrechos marítimos existentes entre el océano Indico y el Pacífico–, donde el imperialismo norteamericano acababa de sufrir una derrota de envergadura, y mostrarle a Occidente –cuya debilidad en Africa y Oriente Medio lamentaba Deng Xiaping– que la firmeza frente a la URSS daba sus frutos.

Pekín sabía probablemente que la ocupación de importantes territorios vietnamitas sólo podía ser temporal. El derrocamiento del régimen de Pol Pot, que contaba con el apoyo financiero y militar de la dirección china, fue sin duda uno de los factores que determinaron el momento y la forma de esta intervención, aunque sólo fuera porque la penetración en Camboya de las fuerzas regulares vietnamitas le ofreció a la burocracia china, igual que al imperialismo, la ocasión de lanzar una furiosa campaña de denuncia de Hanoi.

Pero las propias declaraciones chinas confirman lo que el análisis de los acontecimientos de estos últimos años en Indochina y China ya permitía demostrar: la intervención china en Vietnam no constituye en el fondo una respuesta puntual a las recientes iniciativas de la dirección vietnamita; se inscribe en una política global, regional e internacional, de la dirección china. Son las raíces de esta política global las que hay que comprender.

El conflicto político entre China y Vietnam no es nuevo. Podemos remontarnos mucho más atrás en la historia del movimiento comunista indochino para encontrar los indicios de una lucha potencial de influencias. Por ejemplo, menos de un año antes de la victoria de la revolución china, Ho Chi Min creyó necesario recordar que el Partido Comunista Indochino era el más fuerte numéricamente en la región después del Partido Comunista Chino; que era el primero que había conquistado el poder en Asia (en 1945); y que le incumbía un papel y una responsabilidad particulares en la ayuda a la liberación del Sudeste aaiático (Conferencia de Cuadros del 18 de enero 1949).

Mao Tsedong, en un texto publicado en 1939, mencionaba a su vez a Birmania, Bután, Nepal y ... Annam (así se designaba a Vietnam en aquel entonces) entre los *"territorios"* y *"Estados dependientes"* de China que habían caído en manos de las fuerzas imperialistas. *("La Revolución china y el Partido Comunista Chino")*. Un mapa, publicado en China en 1954, reproducía gráficamente esta misma idea.

Pero las relaciones políticas entre ambos partidos van a deteriorarse progresivamente sobre todo en el transcurso de las guerras indochinas. Ya en la Conferencia de Ginebra, Pekín presionó, junto con Moscú, a los comunistas vietnamitas a que aceptaran la disociación de los casos de Laos y Camboya del de Vietnam, así como la división temporal de Vietnam a lo largo del paralelo 17. En los

años siguientes, el Partido Comunista Vietnamita sigue ideológicamente más próximo a Pekín que a Moscú. Pero en los años 60, los desacuerdos se multiplicarán hasta culminar en 1971, cuando Hanoi se entera de la invitación cursada a Nixon por la dirección china de que viajara a Pekín, en un momento en que la escalada se agravaba en Vietnam.

A partir de ese momento se combinan cuatro factores en la política de la dirección china en Indochina: la voluntad de asegurarse el control político de "su" zona de influencia, la cristalización final de los intereses burocráticos en la propia China, la agravación del conflicto chino-soviético, las nuevas posibilidades para Pekín de lanzarse a una política de coexistencia pacífica con el imperialismo, obligado, dadas sus dificultades en Vietnam, a abandonar su política de "contener y hacer retroceder".

La burocracia china aplicará entonces una política análoga a la que inaugurara la burocracia soviética: frente a la voluntad de esta última de asegurarse el control sobre el movimiento comunista mundial y de debilitar las revoluciones y las direcciones que no se plegaran a sus dictados, Pekín responderá con la voluntad de hacer lo mismo en Asia, a fin de asegurar la estabilidad del poder burocrático en su propio país. Las necesidades de la coexistencia pacífica hacen que aumente la importancia de controlar los procesos revolucionarios y los peligros que encierra el surgimiento de potencias comunistas independientes. La competencia entre Moscú y Pekín en torno a la dirección del mo movimiento obrero y de liberación nacional o del Tercer Mundo, y también en torno a la benevolencia del imperialismo, finalmente, exacerbaron los conflictos interburocráticos.

La dirección china quiere debilitar al régimen vietnamita, no porque acabe de firmar un contrato al respecto con el imperialismo norteamericano y desee demostrarle así su buena voluntad, sino porque la lógica de los intereses de la burocracia china lo exige: para reforzar al mismo tiempo la estabilidad de su régimen interior, su propia influencia en la región, su capacidad de hacer frente a la política antichina de Moscú (recordemos de nuevo que es la burocracia soviética la que lleva la responsabilidad histórica del estallido del conflicto chino-soviético) y su capacidad para llevar a cabo su política de coexistencia pacífica con el imperialismo.

Unicamente desde este punto de vista puede entenderse la importancia que otorga Pekín al debilitamiento del régimen vietnamita. Pues el precio que debe pagar la dirección china por su intervención en Vietnam no es despreciable: le permite a Hanoi retomar la iniciativa cara a determinados países del Tercer Mundo que habían condenado su ocupación de Camboya; cuesta cara en hombres, material y recursos financieros; amenaza con provocar oposiciones considerables en el seno de la población china, incluso en la propia burocracia; inquieta a los círculos industriales y financieros que invierten en China y que cuentan con la estabilidad del régimen para asegurar sus beneficios...

Las razones imperialistas

Si Pekín ha podido actuar como lo ha hecho en Vietnam, se debe también a que estaba seguro de que Washington no condenaría su acción. Deng Xiaoping, durante su viaje a Estados Unidos, donde hizo sensacionales declaraciones sobre la necesidad de una alianza entre China y EE.UU. contra la URSS, se cubrió muy probablemente las espaldas. La reacción de las capitales occidentales ante la intervención china demostró, en efecto, que el imperialismo no era neutral en este conflicto. Es cierto que estas reacciones no fueron totalmente homogéneas. Pero en su conjunto, las principales potencias occidentales se contentaron con algunas protestas diplomáticas, vinculando por lo demás, en muchos casos, la exigencia de que se retiraran las tropas chinas de Vietnam con la de que se retiren las tropas vietnamitas de Camboya, lo que no podía sino satisfacer a Pekín.

Su actitud concreta contrastó sobre todo, de forma evidente, con la que observaron en enero de 1979 –tras la entrada de las fuerzas vietnamitas en Phnom Penh– e incluso en enero de 1978, al iniciarse el conflicto entre Camboya y Vietnam. Desde este punto de vista es muy significativo que el ministro norteamericano de Finanzas, Blumenthal, haya mantenido su visita oficial a Pekín y haya firmado nuevo acuerdos sobre los haberes norteamericanos en China, acuerdos que son muy favorables a esta última. También es muy significativo que el gobierno inglés haya firmado, mientras los combates hacían furor en Vietnam, un tratado comercial con China, que incluye probablemente la venta del avión militar de despegue vertical *Harrier*.

Sin embargo, esto no quiere decir que Washington esté dispuesto a pagar por una alianza con Pekín el precio de la ruptura con Moscú. El imperialismo norteamericano, en efecto, sigue una política planetaria, basada en el mantenimiento de la coexistencia pacífica con la URSS al tiempo que inicia una nueva política de coexistencia pacífica con China. Necesita la primera por razones estratégicas fundamentales –que tienen que ver sobre todo con los equilibrios militares mundiales, en los que China tiene poco peso– y con la necesidad de bloquear por todos los medios los procesos revolucionarios demasiado graves en regiones donde la influencia de Pekín es nimia: Europa, Oriente Medio, Africa. Y necesita la segunda porque el acuerdo de la dirección china le resulta indispensable para tratar de estabilizar de nuevo su sistema de dominación en Asia oriental, que se vió profundamente socavado tras la derrota de las fuerzas estadounidenses en Indochina.

La actitud del gobierno norteamericano refleja, pues, los imperativos parcialmente contradictorios de su política internacional (e interior). Asia oriental es una de las grandes regiones estratégicas del mundo de hoy. Sin embargo, la capacidad de acción del imperialismo norteamericano –y de las potencias imperialistas en general– están limitadas actualmente en esta región, máxime cuando la atención de Washington ha de centrarse prioritariamente en otras zonas, empezando por Oriente Medio. En estas condiciones, la aplicación (junto con Tokio) de una política de coexistencia pacífica con China es doblemente importante. Hay que recordar a este respecto que los recientes tratados firmados entre Pekín, Tokio y Washington incluyen esa famosa cláusula "antihegemónica" (es decir, antisoviética), cuya presencia exigía la dirección china y de la que los EE.UU. y Japón habrían preferido prescindir.

Lo que es cierto para Asia oriental, lo es con mayor razón para Indochina. Ahí es donde las posiciones imperialistas han sufrido más con la derrota del cuerpo expedicionario norteamericano. Ahí es donde se abrió la brecha y donde aparece el peligro de que dentro de unos años caiga una nueva "pieza del dominó": Tailandia, donde la crisis política y social viene poniéndose de manifiesto con vigor desde 1973. Ahí es también –y eso no es poca cosa– donde el imperialismo norteamericano fue derrotado por primera vez, cuando había empleado directamente toda su autoridad y el grueso de sus medios contrarrevolucionarios.

El debilitamiento del imperialismo no significa que haya dejado de actuar o se haya desentendido del Sudeste asiático. Al contrario, frente a la victoria de la Revolución indochina reaccionó del mismo modo que en el pasado: negándose a reconocer el hecho consumado, intentando por todos los medios de aislar y debilitar a los nuevos regímenes revolucionarios. Es esta profunda reacción imperialista, que trata de limitar las consecuencias de la victoria revolucionaria, la que explica la decisión norteamericana de mantener el bloqueo económico de Vietnam, de denegar el reconocimiento diplomático de los nuevos regímenes, de utilizar a Tailandia para multiplicar las provocaciones y las presiones.

Históricamente, el imperialismo persigue el objetivo, tanto en Indochina como en todas partes, de restaurar su dominio por medio de la contrarrevolución. No sucede lo mismo con China, que trata de asegurarse su propia zona de influencia. Pero Pekín y Washington coinciden hoy en la necesidad de debilitar al régimen vietnamita aprove-

chando sus dificultades económicas, sociales y políticas internas, las tensiones que se han puesto de manifiesto en el seno de la Revolución indochina, el aislamiento regional e internacional de Vietnam, la posibilidad de mantener una fuerte presión militar sobre sus fronteras. La explosividad de la crisis actual en Indochina se debe tanto a la gravedad de los conflictos interburocráticos en la región como a la continuidad de la presión contrarrevolucionaria del imperialismo.

La crisis indochina

El extraordinario dinamismo revolucionario que caracterizó a la lucha de liberación en Vietnam y el poder potencial de una Indochina unificada por Hanoi en el Sudeste asiático explican la importancia que otorgan la dirección china por un lado, y las potencias imperialistas y la ASEAN por otro, a la política de "contención" de nuevo tipo en la región. La gravedad de la situación se deriva del estado de disgregación en que se encuentran las sociedades indochinas tras un siglo de dominio colonial y neocolonial y cuarenta años de guerras imperialistas; la acuidad de las tensiones que se han expresado en Indochina a causa particularmente de la extensión de la cuestión nacional, que se manifiesta de múltiples formas en esta región, el peso de las deformaciones burocráticas originales de los regímenes surgidos de estas revoluciones son tales que no hay que subestimar la eficacia de las medidas de estrangulamiento adoptadas por Pekín, de un lado, y Washington, de otro.

Las revoluciones indochinas sufren hoy duramente el contragolpe del retraso de la revolución en los centros imperialistas. Países extremadamente subdesarrollados, no pueden esperar una ayuda fraternal por parte de los países socialistas altamente industrializados. Dejados solos durante demasiado tiempo, trinchera avanzada del proletariado mundial, se han agotado a causa de las devastaciones difícilmente imaginables de cuarenta años de guerra, entre ello más de diez años de escalada militar sin precedentes en la historia universal. Frente a la intervención imperialista, y en países con amplias mayorías campesinas, tuvieron que fundirse en un largo proceso de guerras de liberación nacionales que pese a su vigor favoreció el desarrollo de ideologías nacionalistas, el incremento del peso de los elementos militares en la sociedad y las deformaciones burocráticas de los jóvenes Estados obreros.



Carter y Deng Xiaoping, durante la recepción de este último en la Casa Blanca, con su último viaje a EE.UU.

Esto deberían recordarlos aquéllos que en las metrópolis imperialistas se indignan muy rápidamente ante las *"violaciones de los derechos humanos"* en Vietnam, pero olvidan con la misma rapidez las responsabilidades del imperialismo y están dispuestos a denunciar al régimen vietnamita junto con los mismos que fueron los responsables de las guerras coloniales y semicoloniales, y que no se preocupan de lanzar un llamamiento a la solidaridad material hacia estas revoluciones en dificultades.

Es imposible comprender la brutalidad con la que se ha degradado la situación en Indochina, ni determinadas opciones tomadas por los regímenes indochinos, sin medir las verdaderas dificultades económicas, sociales, demográficas, ecológicas –agravadas, encima, por tres años sucesivos de calamidades naturales– a que se enfrentaban estos países al salir de la guerra.

Esto es particularmente importante para comprender la importancia adquirida por la cuestión camboyana después de la victoria. La unidad del movimiento comunista indochino no ha resistido las diferenciaciones que se operaban entre los procesos revolucionarios en Vietnam, en Laos y en Camboya. En este último país, en 1960 se impuso una nueva dirección a la cabeza del Partido Comunista Camboyano, dirección que se opondría de modo creciente a la dirección vietnamita.

La orientación aplicada inmediatamente después de la victoria de abril de 1975 combinaba medidas anticapitalistas extremadamente radicales (hasta la abolición casi total de la propiedad privada y la supresión casi completa del sistema monetario), el encierro temporal del país en sí mismo (con excepción de sus lazos con China), la instauración inmediata de métodos terroristas de gobierno (que no sólo conducen a la destrucción de los focos contrarrevolucionarios potenciales, sino también a la deportación y atomización política de la mayoría de la población trabajadora), la colectivización brutal de la vida económica y social, el desarrollo de un hipernacionalismo que se convierte en el cimiento ideológico casi único –junto al productivismo– del régimen.

Estas medidas nos traen a la memoria los métodos estalinistas del periodo de la colectivización forzosa. Traducen la voluntad del régimen del Khmer Rojo de consolidar de este modo un poder socialmente muy débil, visto el extremo atraso económico del país y vista la decisión de la dirección Pol Pot de encerrar el país en sí mismo y de romper sistemáticamente los lazos que unen la Revolución camboyana con la dinámica global de la Revolución indochina. Estas orientaciones y estos métodos aplicados en un país como Camboya, abrirán una serie de profundas crisis:

– Se producen nuevas rupturas entre el ala llamada "khmer rojo" y el ala denominada "khmer vietminh" (de tradición indochina) del movimiento comunista camboyano, así como en el seno del mismo ala del khmer rojo. Las purgas, cada vez más amplias, afectarán a los opositores, acusados de ser agentes de los vietnamitas. En 1978 se producirán una serie de revueltas localizadas en varias regiones del país y particularmente en el ejército.

– El régimen se beneficia durante algún tiempo de la debilidad de las oposiciones (burguesas u obreras), y de la pasividad política en que se sumerge la población. Pero no por ello su política deja de poner en peligro la misma existencia del joven Estado obrero camboyano, nacido en 1975 sobre la base del hundimiento de las fuerzas imperialistas y de la destrucción de las bases sociales, económicas e institucionales del poder de la burguesía. En efecto, la defección masiva ante semejante política terrorista sólo podía favorecer la reaparición de fuertes corrientes nacionalistas de derechas, a menos que se le adelantara una oposición decidida a preservar las conquistas de la Revolución y a poner fin, al mismo tiempo, a los métodos terroristas de gobierno.

– Las tensiones particulares de la Revolución indochina se ven exacerbadas por la ruptura de los lazos entre

Camboya, Laos y Vietnam. No sólo resulta imposible lanzar planes de desarrollo conjuntos; además, el frente se rompe ante las maniobras imperialistas. Esto se pone particularmente de manifiesto en 1977, cuando Tailandia decide el bloqueo temporal de Laos, que depende terriblemente de las vías de comunicación tailandesas, y cuando Phom Penh se disocia ostensiblemente de Hanoi y de Vientian.

– El conflicto político entre el régimen khmer y vietnamita, que en este contexto es inevitable, se inscribe en el marco de los enfrentamientos interburocráticos que desgarran la región. A pesar de las profundas divergencias existentes entre la orientación ideológica de la dirección Pol Pot y la de la dirección Deng Xiaoping, Pekín decide, en efecto, aportar su apoyo general al régimen camboyano, tanto en el terreno militar como en el financiero y diplomático.

A partir del verano de 1977, la situación se degradará muy rápidamente, tanto en lo que se refiere a las relaciones entre Vietnam y Camboya, como a las relaciones entre Vietnam y China. En setiembre de ese mismo año, Pol Pot realiza una visita triunfal a Pekín, en el mismo momento en que estallan violentos combates, de una gravedad sin precedentes, en la frontera entre Vietnam y Camboya. Aunque oficiosamente formule duras críticas contra la orientación de la dirección Pol Pot, la dirección china se comprometerá cada vez más en su apoyo a Phnom Penh: el ejército camboyano concentrado en la frontera alcanzaría los 70.000 soldados a finales de 1978, y su armamento mejoró considerablemente gracias a los suministros chinos de artillería y aviones (Mig 19). Su encuadramiento viene asegurado por gran número de "consejeros" chinos. Las pérdidas vietnamitas fueron notables, y varias ciudades y zonas económicas muy importantes están al alcance de los cañones de las zonas fronterizas. En algunos lugares, el ejército vietnamita se instaló a varios kilómetros en el interior del territorio camboyano.

En marzo-abril de 1978, Hanoi decide nacionalizar el comercio privado, con el fin de romper la resistencia social de la burguesía chino-vietnamita de Saigón-Cholon. Pekín aprovecha la oportunidad para lanzar una vasta campaña de denuncia de la dirección vietnamita y para suspender oficialmente su ayuda económica. En este clima, 160.000 *hoas* (vietnamitas de origen chino) abandonan Vietnam del Norte en dirección a China. La tensión crece rápidamente en la frontera entre ambos países. En el plano internacional, se firman los tratados chino-japonés y chino-norteamericano, mientras Vietnam se integra en el COMECON y firma un tratado de 25 años con la URSS.

Es en este contexto que Hanoi, pocas semanas tan sólo después del nacimiento oficial del frente de oposición khmer, el FUSNK, envía a sus ejércitos regulares a Camboya y precipita el derrocamiento del régimen de Pol Pot.

Era indispensable apoyar el desarrollo de toda oposición camboyana que garantizara el mantenimiento de las conquistas de la Revolución y se comprometiera a poner fin a los métodos de colectivización forzosa y al terrorismo de masas de la dirección Pol Pot. De ello dependía el porvenir de la Revolución camboyana, y el programa del FUSNK incluye estos dos puntos. Pero había que dejarle tiempo a este último para que probara su creciente implantación popular, para que demostrara que era capaz de derrocar por su propia cuenta el régimen de Pol Pot, con la ayuda, por supuesto, que pudiera aportarle Vietnam, pero ante todo gracias a la representatividad que hubiera sabido ganarse en la lucha.

Sin embargo, la dirección vietnamita no se contentó con ayudar política y militarmente al desarrollo del FUSNK o con combatir al ejército camboyano concentrado en su frontera. En diciembre de 1978 y enero de 1979 provocó la caída del régimen de Pol Pot y aseguró la instauración del régimen de Heng Samrin, organizando una ofensiva de sus fuerzas regulares en el conjunto del país, antes de que el FUSNK hubiera tenido tiempo para desarrollarse seriamente.

Las informaciones que nos llegan de Camboya son contradictorias y difíciles de verificar. Los *"khmer serei"*, vinculados al antiguo régimen de Lon Nol y poco sospechosos de simpatizar con los vietnamitas, constatan una acogida favorable, por parte de la población, del nuevo régimen de Heng Semrin. Pero en cualquier caso, la decisión vietnamita debe ser condenada. Lo que está en juego no es, en efecto, un simple problema táctico, o de oportunidad, sino un problema de fondo ligado a la importancia decisiva de la cuestión nacional.

Dada la manera en que se ha instaurado, el nuevo régimen no puede encontrarse sino en una situación de extrema dependencia con respecto a su aliado vietnamita. Los ritmos de desarrollo de una oposición a la dirección Pol Pot no podían acelerarse artificialmente sin minar gravemente su refuerzo cualitativo, político y social. La única manera de evitar la degradación de las relaciones nacionales entre la población vietnamita y khmer consistía en favorecer la formación de una dirección camboyana capaz de afirmar *en la práctica* su autonomía de decisión y su independencia política con respecto a la dirección vietnamita.

Pero no es este el caso hoy en día. Y no puede esperarse de una dirección como la del Partido Comunista Vietnamita, que en su propio país defiende el monopolio burocrático de la información, de las dicusiones y decisiones políticas, que vaya a reconocer plenamente el derecho de autodeterminación de las naciones minoritarias. Y este reconocimiento práctico del derecho de las poblaciones minoritarias es imprescindible para el establecimiento de una auténtica federación socialista de los Estados Unidos de Indochina. En estas condiciones, la intervención de las fuerzas regulares de Hanoi en Camboya no puede sino ayudar al refuerzo del poder de la burocracia vietnamita en Indochina, de las tendencias nacionalistas y del peso de los elementos militares en Vietnam, Laos y Camboya.

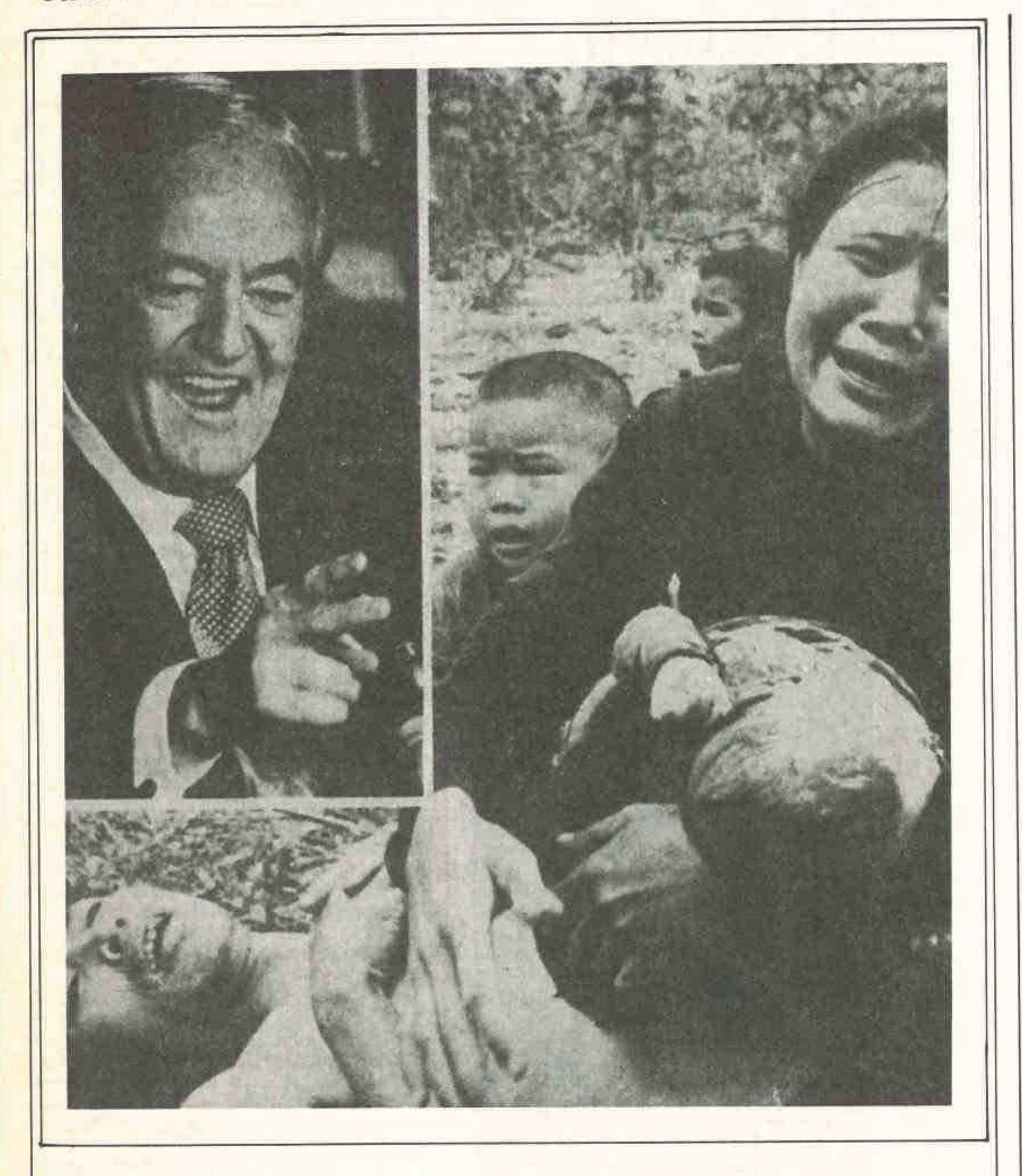
Una ofensiva china duradera

Las revoluciones indochinas atraviesan un periodo de grandes dificultades sociales, económicas y políticas. Esto no sólo es cierto en Camboya y Laos, sino también en Vietnam. La burocracia china se apoya en estas dificultades para aplicar su política con respecto a los regímenes indochinos.

Los resultados de su intervención militar en Vietnam parecen muy pobres. La *"lección"* militar no es convincente: las pérdidas chinas parecen haber sido muy graves y las realizaciones del ejército chino, mediocres, de acuerdo con ciertas "indiscreciones" voluntarias de Pekín, de las que Deng Xiaoping puede sacar provecho para acelerar su programa de "modernización". En cuanto a los vietnamitas, no han tenido necesidad, para contener las fuerzas chinas, de llevar al frente al grueso de sus tropas regulares (salvo quizá en el frente de Lang Son), y al parecer no han retirado de Camboya muchas de las divisiones que están estacionadas allí.

Pero Pekín sabe que el coste económico y social que debe pagar Hanoi por su defensa es muy elevado, máxime cuando la presión militar se ejerce de forma persistente. La situación internacional le deja las manos relativamente libres a la dirección china para poder proseguir su política que trata de debilitar, aislar y agotar al régimen vietnamita. Una de las lecciones de los acontecimientos de febrero-marzo, en efecto, es que la Unión Soviética no está dispuesta a comprometerse demasiado con su alizado vietnamita.

En el discurso que pronunció en plena ofensiva china, en Moscú, Breshnef dió claramente a entender que la prioridad de las prioridades seguía siendo, en opinión de la dirección soviética, la política de coexistencia pacífica con el imperialismo. Siguiendo el ejemplo de Deng Xiaoping en Washington, propuso una alianza con Occidente para oponerse a China. Al igual que durante la guerra antiimperialista, la URSS ha suministrado a Vietnam una ayuda militar que éste necesitaba urgentemente. Pero, también al igual que entonces, la burocracia soviética se ha negado a comprometerse a fondo y a lanzar una ofensiva política antiimperia-



"La derrota del imperialismo no significa que haya dejado de actuar o se haya desentendido el Sudeste asiático".

lista capaz de hacer retroceder al gobierno norteamericano en Asia. La URSS declara que ante todo desea la firma de los acuerdos SALT, y otra de las primeras prioridades de la dirección soviética es también el Oriente Medio.

Pekín sabe, por tanto, que no hay ningún riesgo de que Washington se vea forzado a poner en tela de juicio su política de recomposición de su sistema de dominio en Asia oriental, y que la URSS se limitará a presionar, amenazar y advertir a la dirección china de que *"no vaya demasiado lejos"*. Pero los instrumentos de acción de que dispone la burocracia china en Indochina son lo bastante variados como para permitirle proseguir su política con la flexibilidad necesaria en este contexto. Durante los últimos años hemos podido ver cómo Pekín pudo influir en las dificultades internas del régimen vietnamita (suspendiendo la ayuda o jugando con las tensiones entre el Gobierno y la comunidad china de Vietnam), en las contradicciones que cruzan la Revolución indochina, en el irredentismo de las poblaciones tribales, en la oposición de los países de la ASEAN al refuerzo de la unidad indochina, en el aislamiento internacional de Vietnam.

La ayuda a las revoluciones indochinas

El imperialismo aprovecha la situación para reforzar su intervención en el Sudeste asiático. Acaba de incrementar considerablemente su ayuda militar a la dictadura tailandesa. Por otro lado, los movimientos de liberación de la región han de proseguir actualmente su combate en unas condiciones más difíciles que las que existían inmediatamente después de la derrota norteamericana en Indochina. Particularmente la resistencia tailandesa corre el riesgo de verse aislada política y materialmente, y sus diversas componentes pueden sufrir fuertes presiones para alinearse en el conflicto chino-soviético (el Partido Comunista Tailandés y el Partido Socialista Tailandés no han tomado postura públicamente, hasta ahora, en torno a los conflictos actuales).

Pero el imperialismo norteamericano también puede intentar intervenir más directamente contra las revoluciones indochinas. El retorno a la arena internacional del príncipe Sihanuk, que en Pekín toma contacto con representantes tailandeses y occidentales y que ha lanzado un llamamiento a que se reúna una conferencia internacional sobre Indochina, le puede permitir organizar una campaña diplomática contra Vietnam y puede facilitar la reorganización de grupos guerrilleros contrarrevolucionarios khmers basados en Tailandia. En cuanto a Laos, puede convertirse bruscamente en escenario de nuevos conflictos. La influencia china es fuerte en el norte del país, mientras que el imperialismo puede tratar de reactivar a los grupos disidentes a partir de los restos del ejército del general *meo* Vang Pao y de los miembros de los antiguos sistemas feudales del sur de Laos.

Estas nuevas amenazas exigen la urgente afirmación de una solidaridad unida y militante con las luchas de liberación del Sudeste asiático y la organización de un frente unido de defensa de las revoluciones indochinas. ■

imposible obtener cualquier asistencia médica edecuada –que ya de por sí se había visto mermada por la guerra y las restricciones de la ayuda norteamericana–.

La población urbana fue dispersada de este modo por el campo, contra su voluntad, y tuvo que dedicarse al cultivo del arroz, a la reparación de presas, a la construcción de embalses y canales, a cavar zanjas de regadío y a participar en otros proyectos destinados a restaurar y extender la producción agrícola. Pocos escaparon a la evacuación forzosa. Sin embargo, los Khmer Rojos instalaron rápidamente sus centros administrativos en los más suntuosos edificios oficiales de Phhom Penh y permanecieron en ellos hasta que los rebeldes camboyanos y las tropas vietnamitas rodearan la ciudad, a comienzos de este año.

Los apologistas del régimen Khmer Rojo en sus inicios, como George Hildebrand y Gareth Porter en su libro *"Camboya: hambre y revolución"*, intentaron primero justificar la brutal evacuación aduciendo la amenaza del hambre. Pero Porter e Hildebrand reconocen el peso político real que este régimen daba a la clase obrera, al estimar que la población urbana era económicamente "improductiva".

Los dirigentes del nuevo régimen defendieron el éxodo forzoso argumentando con las amenazas a la "seguridad". Así, Pol Pot afirmó en Pekín el 4 de octubre de 1977: *"Esta evacuación había sido decidida antes de la victoria, es decir, en febrero de 1975, porque sabíamos que hasta no aplastar a lar organizaciones enemigas de espías de toda clase, no seríamos lo suficientemente fuertes para defender el régimen revolucionario... Pero una vez aplastadas estas organizaciones, les era difícil recuperarse. Sus fuerzas estaban dispersas en distintas cooperativas que nosotros controlábamos"*.

Los dirigentes de Camboya no pensaron ni por un momento en apoyarse en los trabajadores y los pobres de las ciudades para eliminar los peligros de la contrarrevolución. Jamás se plantearon llamar a la huelga general para eliminar los vestigios del antiguo régimen, como hiciera Fidel Castro tras la caída de Batista, el 31 de diciembre de 1958.

Ni siquiera fueron tan lejos como los estalinistas vietnamitas, que respondieron al sabotaje económico de los capitalistas animando a los comités obreros, bajo su control, a ocupar las fábricas en las últimas horas del régimen de Saigón.

Los dirigentes del Khmer Rojo consideraban a las masas oprimidas y explotadas de las ciudades, no como una potencial base popular del nuevo régimen revolucionario, sino como enemigos de clase irreconciliables.

Una posibilidad prevista por Trotsky

Pese al carácter extremado de las medidas adoptadas por el régimen de Pol Pot, semejante política no debiera sorprendernos si comprendemos que los estalinistas y las demás corrientes pequeño-burguesas son extraños a la clase obrera por su programa; y en China, así como en Indochina, también lo son por su composición social. Sin embargo, mucha gente de izquierda sostiene lo contrario: a saber, que una dirección estalinista que accede al poder por medio de un levantamiento revolucionario tiene que eliminar el capitalismo e instaurar un Estado obrero. Este error ha llevado a algunos a embellecer las actividades contrarrevolucionarias del Khmer Rojo, caracterizándolas de formas "originales" o "insólitas" de la revolución socialista.

De hecho, acontecimientos tales como los que se produjeron bajo el régimen de Pol Pot ya habían sido previstos por el dirigente bolchevique exiliado, León Trotsky, en 1932, en su artículo *"La guerra de los campesinos en China y el proletariado"*.

Cuando la política estalinista de apoyo a Chiang Kaishek condujo a la derrota de la Revolución china en 1925-27, cuyo elemento motor fue la clase obrera, los comunistas chinos que sobrevivieron se retiraron al campo e iniciaron una guerra de guerrillas.

Perdida su base en las ciudades, la composición social del partido se transformó en pocos años; de una mayoría aplastante de obreros pasó a ser casi completamente campesino.

Trotsky llamó a los obreros chinos a apoyar las guerrillas campesinas contra Chiang Kaishek, pues formaban parte de la lucha antiimperialista. Pero advirtió que su victoria no llevaría necesariamente a los obreros chinos al poder.

"La capa dirigente del 'Ejército Rojo' chino ha adquirido sin duda el hábito de impartir órdenes", escribió Trotsky. *"La ausencia de un partido revolucionario fuerte y de organizaciones de masas del proletariado hace que sea imposible controlar a esta capa. Los mandos y comisarics aparecen como los dueños absolutos de la situación y a partir del momento en que ocupen las ciudades podrán mirar con desdén sobre los obreros"*.

"En China, por tanto, no han desaparecido las causas y los motivos para un conflicto entre el ejército, que por su composición es campesino, y por su dirección pequeño-burgués, y los obreros; al contrario, todas las circunstancias aumentan la posibilidad e incluso la inevitabilidad de tales conflictos; y además, las perspectivas del proletariado son mucho menos favorables, de partida, de lo que eran en Rusia".

Cuando los ejércitos campesinos entraron en las ciudades chinas en 1949, los dirigentes maoístas aplicaron una política antiobrera, aunque no hubieran procedido a evacuaciones masivas tales como en Camboya. Prohibieron las huelgas y manifestaciones. Trataron de incluir a fuerzas capitalistas en el Gobierno.

Pero cuando el Gobierno chino se vió forzado a hacer frente al imperialismo estadounidense en la guerra de Corea, tuvo que cambiar de orientación. La reforma agraria se extendió a toda China meridional (las reformas anteriores sólo habían afectado al Norte).

Las movilizaciones campesinas resultantes estimularon las movilizaciones urbanas anticapitalistas, que se iniciaron en 1951. Entonces se formó un gobierno obrero y campesino, que empezó a impulsar –bajo los auspicios de la burocracia maoísta– las movilizaciones urbanas y las medidas económicas que en 1953 transformarían China en un Estado obrero.

Gracias a estos factores, los peligros que había previsto Trotsky en China, si bien estuvieron latentes tras la Revolución de 1949, no impidieron la destrucción del capitalismo y el fin del dominio imperialista.

En Camboya, sin embargo, el conflicto previsto por Trotsky tomó una forma extremadamente aguda, dando lugar a la derrota de los trabajadores. La trayectoria contrarrevolucionaria, prevista por Trotsky, de un ejército campesino dirigido por estalinistas, se materializó de hecho en el PC camboyano con la consolidación del régimen de Pol Pot.

La evacuación urbana total, impuesta por la banda de Pol Pot, dispersó a la clase obrera e impidió la formación de un gobierno obrero y campesino en Camboya como el que derribó al capitalismo en China. Este paso inicial fue reforzado por la imposición de despiadadas medidas totalitarias a gran escala.

El carácter completamente antidemocrático y hermético de la dirección del Khmer Rojo contribuyó a crear una atmósfera de miedo e intimidación. La población no sólo no tenía la posibilidad de elegir a sus dirigentes y de discutir sus errores, sino que durante cierto tiempo se efectuaron esfuerzos sistemáticos por ocultar incluso la identidad de los dirigentes.

El aparato del Khmer Rojo se denominaba simplemente el *Angkar* (la organización). Tan sólo en setiembre de 1977 se informó al pueblo camboyano lo que los observadores extranjeros ya daban por cierto: el *Angkar* estaba dirigido por el Partido Comunista Camboyano.

La política del Khmer Rojo

En la prensa occidental, la tiranía de Pol Pot se describía generalmente como un sistema que intentaba volver a un pasado agrícola de naturaleza indeterminada pero precapitalista, convirtiendo al conjunto de la población en campesinos.

Pero los modos de producción precapitalistas (asiáticos o feudales), se formaron durante siglos y por fuerzas económicas y sociales complejas; no pueden reproducirse en pocos años, por mucho que algunas de las medidas políticas adoptadas parezcan estar en contradicción con la dirección del desarrollo histórico.

Los dirigentes del Khmer Rojo no eran gente pobre del campo, con un horizonte limitado a su aldea. Habían cursado estudios en París, y algunos de ellos estaban

especializados en los problemas económicos del "tercer mundo". Además, eran partidarios de la política estalinista. A un grupo así, el retorno a unas relaciones de producción precapitalistas debía parecerles tan irrealista como lo es en realidad.

El viceprimer ministro, Ieng Sary, resumió los objetivos económicos del régimen en la sesión del 5 de setiembre de 1978 de la Asamblea General de las Naciones Unidas: *"(Nuestra) política económica consiste en considerar la agricultura como base y la industria como factor dominante. La agricultura suministra las materias primas a la industria, que a su vez sirve al desarrollo de la agricultura. Nuestro objetivo es el de convertir el país en un país moderno en lo que se refiere a la agricultura y a la industria".*

Y un programa de radio prometió: *"Cuanto más arroz podamos exportar, tantas mayores posibilidades tendremos de importar máquinas-herramienta, diversos tipos de maquinaria y otros equipos útiles para el desarrollo económico de Camboya".*

Estas declaraciones expresan la estrategia económica fundamental del régimen camboyano bajo Pol Pot. El nuevo régimen trataba de lograr una explotación máxima de su trabajo y un consumo mínimo, con el fin de conseguir la autosuficiencia del país en cuanto a la alimentación y la acumulación de un excedente en productos agrícolas susceptible de venderse en el mercado mundial. Con estas exportaciones se finaciaría la industrialización.

No se trata de un Estado Obrero

La derrota de las fuerzas de Lon Nol, apoyadas por el imperialismo, asestó un golpe demoledor a la burguesía camboyana: casi todos sus miembros huyeron tras la caída de Lon Nol en 1975. El Gobierno cayó en manos del *Angkar*, así como todos los edificios urbanos y una parte creciente de las tierras cultivables.

En opinión de algunos comentaristas, esto era suficiente para demostrar que el capitalismo había sido derribado en Camboya. Pero la nacionalización de la propiedad por sí sola no basta para establecer un Estado obrero. La intervención de los trabajadores –única fuerza de la sociedad moderna capaz de instaurar y mantener una estructura económica progresista– es imprescindible.

Las nacionalizaciones, en Camboya, no fueron el fruto de una movilización de la clase obrera –siquiera controlada y limitada–, sino que se produjeron después de que el Khmer Rojo aplastara a los obreros en las ciudades.

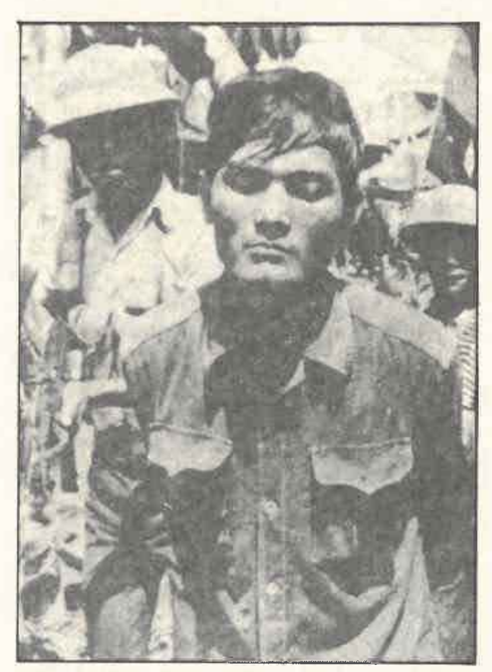
La expropiación de los capitalistas *por los trabajadores* y la transformación de la industria en propiedad pública crea la posibilidad de coordinar los medios de producción mediante un plan económico nacional (y en última instancia internacional).

El aislamiento económico, la mala gestión burocrática y los gastos militares impuestos por el cerco imperialista hacen que el nivel de vida de muchos Estados obreros sea relativamente bajo (aunque en la mayoría de los casos esté en ascenso). Sin embargo, la economía planificada permite una vasta expansión en campos como la medicina, la educación, la asistencia a la vejez, así como el incremento de la dimensión y del peso de la clase obrera. Ello refleja el proceso de sustitución progresiva de la producción con fines de lucro por la producción para el uso.

¿Quién defiende las expropiaciones?

Incluso en los Estados obreros dirigidos por castas burocráticas, la clase obrera es el único guardián, en última instancia, de la expropiación de los capitalistas y de la planificación económica coordinada.

Trotsky consideraba a la casta burocrática de la Unión Soviética como una amenaza para las nuevas formas de propiedad creadas por la Revolución rusa, debido a sus tendencias rapaces al consumo privado y a los privilegios.



Soldados vietnamitas y prisioneros camboyanos.

La burocracia *"sólo continúa preservando la propiedad del Estado en la medida en que teme al proletariado"*, escribió Trotsky en *"La revolución traicionada"*. Es este miedo justificado el que ha preservado la economía planificada en la Unión Soviética, a pesar de todas las distorsiones de medio siglo, una vez la burocracia estalinista se hiciera con las riendas del poder.

En un Estado obrero, la propiedad no es de la burocracia, aunque ésta ostente el monopolio del poder político. Los burócratas chinos y soviéticos se darían cuenta de ello muy pronto si trataran de imponer medidas equivalente a las restricciones de los servicios públicos efectuadas por el régimen de Pol Pot, sin hablar de volver de la propiedad nacionalizada a la propiedad privada. Los estalinistas polacos tuvieron dificultades de imponer aumentos de precios sin provocar profundas explosiones en la clase obrera.

En sus esfuerzos por restringir el consumo y acumular un excedente con el que iniciar una industrialización capitalista, el aparato del Khmer Rojo eliminó la mayor parte de la educación pública; prácticamente abolió la medicina profesional y los hospitales; cerró las bibliotecas y las demás instituciones culturales, suprimió el teléfono y el correo, suspendió la publicación de periódicos y libros, suprimió el ocio y las diversiones.

El trabajo se intensificó al extremo. Se instituyó la jornada de 12 horas. Se acortaron las vacaciones. La clase obrera "improductiva" –y políticamente sospechosa– fue puesta a trabajar en los arrozales. El trabajo infantil se generalizó. *"¿Acaso no conocieron Vds. el trabajo infantil al comenzar la revolución industrial?"*, le preguntó un funcionario del régimen de Pol Pot a la corresponsal del *Washington Post*, el pasado mes de diciembre. Y en un programa de Radio Phnom Penh se vanagloriaba en los siguientes términos: *"La Camboya democrática es un inmenso lugar de trabajo".*

Si la Camboya de Pol Pot fuera un Estado Obrero, aún con graves deformaciones burocráticas, entonces los socialistas revolucionarios tendrían que defender la eventualidad de que pudiera constituírse un Estado así sin que representara en modo alguno un progreso social e histórico para la clase obrera.

Los revolucionarios defienden, frente al imperialismo o la restauración capitalista interna, las conquistas económicas progresivas de los trabajadores en los Estados obreros grotescamente burocratizados, como la URSS o China. Pero ¿qué puede defender la clase obrera mundial de la criminal política social y económica impuesta a las masas camboyanas por Pol Pot?. ¡Nada!.

Nada estaba en juego para la clase obrera camboyana con la nacionalización de la propiedad, realizada sin su participación por la pequeña burguesía del *Angkar*. Era la obra de una nueva burguesía, que nacía del aparato de Estado. No se trataba de medidas anticapitalistas realizadas por los trabajadores camboyanos.

Arrancada de las ciudades e incapacitada para participar directamente en la transformación de la sociedad, la clase obrera camboyana no tenía motivos ni medios para defender las nacionalizaciones del régimen. Estas medidas ni siquiera empezaron a resolver cualquiera de los problemas sociales y económicos que tienen las masas camboyanas, desde la industrialización hasta la independencia frente al imperialismo.

De hecho, la política del régimen de Pol Pot hizo retroceder el proceso revolucionario que se había desarrollado durante la lucha contra Lon Nol, empujando

hacia atrás a la sociedad camboyana.

A pesar de la amplitud de las nacionalizaciones, del grado de desintegración del régimen de Lon Nol y de la devastación de la economía camboyana por la guerra, las nacionalizaciones de Pol Pot tienen numerosos antecedentes históricos. Pertenecen a la misma familia que las amplias nacionalizaciones de los regímenes de Egipto, Birmania, Mozambique y Angola, que fueron todo lo contrario a un cambio social realizado por los obreros, incluso cuando fueron efectuadas por direcciones burocráticas.

Y no se parecen en nada a las expropiaciones revolucionarias masivas dirigidas por los bolcheviques rusos o por el gobierno de Castro en Cuba.

Los regímenes neocoloniales se ven frecuentemente obligados a favorecer la acumulación primitiva de capital por medio del aparato de Estado. Estos regímenes no pueden destruir los cimientos económicos que los mantienen bajo la batuta del imperialismo. Y siguen necesitando el apoyo de los imperialistas como última arma contra las luchas de los obreros y campesinos. En última instancia, estos regímenes son incapaces de mantener la propiedad nacionalizada o de alcanzar la independencia frente al imperialismo.

Dejando a un lado los casos en que el Estado se hace cargo de empresas no rentables, las nacionalizaciones realizadas sin la movilización de la clase obrera contra los patronos y sus agentes resultan transitorias.

El dominio económico imperialista se reafirma a través del control del mercado mundial y de las fuentes de capitales de inversión. Nuevos elementos capitalistas aparecen en la pequeña burguesía del aparato de Estado y entre los comerciantes en el campo y la ciudad. Estos elementos presionan primero para obtener una liberalización del control, y después la desnacionalización de los sectores rentables.

Esto ya ha sucedido en Egipto y en Birmania, ya amenaza con suceder hoy en Mozambique y Angola. Este era el porvenir de Camboya si el régimen de Pol Pot hubiera logrado sobrevivir.

Puesto que las masas no tienen ningún interés fundamental en la propiedad del Estado de estas neocolonias capitalistas, las desnacionalizaciones pueden producirse sin provocar una guerra civil. Semejante retorno pacífico a la propiedad privada no podría darse jamás en un Estado obrero. Se enfrentaría a una resistencia popular masiva y dividiría incluso a los burócratas pasásitos que viven del producto de estas conquistas sociales.

Además de la brutal dispersión de la clase obrera, el carácter capitalista del régimen de Pol Pot se puso también de manifiesto en la brutal marcha atrás dada a la revolución agraria que habían emprendido los campesinos durante su lucha contra Sihanuk primero y contra Lon Nol después.

La consigna *"La tierra para quien la trabaja"* no era, ni mucho menos, la idea que animaba a los dirigentes del Khmer Rojo que han controlado Camboya desde 1975 hasta su derrocamiento en enero de 1979.

La respuesta del régimen al peligro del hambre y a la necesidad de incrementar el excedente agrícola no consistió en aflojar las presiones sobre la fuerza de trabajo rural ni en aumentar su bienestar. Al contrario, se adoptaron medidas draconianas para asegurar que los campesinos pusieran el producto de su trabajo a disposición del *Angkar.*

Al principio, la mayoría de las población estaba organizada en las llamadas cooperativas de bajo nivel, como señala François Ponchaud en su libro *"Camboya: año cero"*. En dichas cooperativas, *"la tierra y los medios de producción siguen siendo propiedad de los campesinos, pero se ponen a disposición de la cooperativa para que pueda utilizarlos todo el mundo"*.

Pero a finales de 1975, el régimen decidió expropiar a los campesinos pobres. Se proclamó la creación de las llamadas cooperativas de alto nivel. En ellas, *"todos los medios de producción eran comunitarios y la cosecha pertenecía a la cooperativa, que la distribuía según los méritos y las necesidades de cada individuo... Pero las familias conservaban aún cierto margen de libertad en lo que se refiere a la organización de su alimentación. Esta autonomía relativa también fue abolida en enero de 1976, cuando se instituyeron las 'comunidades' (sahakum): los alimentos ya no eran distribuidos, las comidas se organizaban en común, y lo único que cada uno podía poseer enteramente era su fuerza física, que entregaba a la cooperativa"*.

Esta reorganización les permitía a los dirigentes controlar mejor la cosecha. La llamada "comida comunitaria", por ejemplo, era un auténtico "apretarse el cinturón" forzoso, para asegurar que los campesinos no pudieran mantener una reserva destinada a su propio uso en lugar de a la acumulación.

De este modo se crearon cada vez más haciendas estatales, cuyos productos iban a parar directamente a manos del Estado. La gente solía llamarlas "tierras del *Angkar*", según François Ponchaud.

Para prevenir cualquier estallido de oposición a estos ataques reaccionarios contra las masas campesinas, miles de campesinos fueron arrancados de sus hogares y trasladados a las regiones fértiles, pero escasamente pobladas, del Norte.

A partir de este momento, el estallido de rebeliones (muchas veces con la participación de sectores del aparato del Khmer Rojo, en el Este), así como el aumento significativo del flujo de refugiados hacia los países vecinos, revelaron que el *Angkar* perdía el apoyo de que anteriormente disfrutaba entre los campesinos. Estos, al igual que los antiguos habitantes de las ciudades, llegaron a la conclusión de que el régimen de Pol Pot era tiránico.

Las "comunidades" agrícolas militarizadas eran cualitativamente distintas de la política agraria que ha acompañado a toda transformación social revolucionaria en el mundo, incluso cuando se haya producido de forma burocrática y deformada.

Para los revolucionarios, la tarea clave consiste en forjar una alianza política duradera entre los obreros y los campesinos pobres, para derrocar a los capitalistas y terratenientes e iniciar la reconstrucción de la sociedad sobre nuevas bases. Ello requiere el apoyo total de los campesinos pobres, que quieren parcelas de tierra para ellos, además de un acceso fácil a las máquinas, los forrajes y abonos para cultivarlas.

Luchando por todo ello, los bolcheviques ganaron a los campesinos pobres de Rusia para la Revolución; esta es también la orientación seguida actualmente por el gobierno revolucionario de Cuba.

El objetivo socialista de reorganizar la agricultura sobre una base colectiva más eficaz sólo podrá alcanzarse si los campesinos se convencen *voluntariamente* de que ello mejorará su bienestar y el del conjunto de la sociedad. Una colectivización forzosa –sin hablar ua de la acumulación capitalista llevada al extremo, arrebatada a los campesinos por el régimen de Pol Pot– es un obstáculo tanto para forjar una alianza con los obreros como para convencer a los campesinos de que la mayor productividad del trabajo se obtiene en cooperativas a gran escala.

Los dirigentes del Khmer Rojo emplearon la mayor parte del excedente agrícola así acumulado para relanzar ciertas industrias y crear nuevas. François Ponchaud informaba ya en 1976 que *"la rehabilitación de la industria se ha lanzado decididamente"*.

Resumiendo las emisiones de la Radio oficial, escribió: *"Se habla de fábricas textiles en Phnom Penh... En Battambang, la radio menciona una fábrica de yute y una fábrica textil... En otros lugares hay fábricas de tejidos de seda, de conservas de pescado en Kompong Ampel, una refinería de sal en Kampot, un pequeño alto horno en Phnom Dek, otro en Mont Aurel, y una fábrica de cemento..."*. Una de las principales industrias de Camboya, el caucho, volvió a su pleno nivel de produción a finales de 1978.

Por supuesto, la industria no podía relanzarse, siquiera a esta escala limitada, sin un renacimiento de la vida urbana. Las estimaciones del número de habitantes de Phnom Penh a finales de 1975 oscilaban entre varios miles de personas y más de 100.000 (cifra dada por el Gobierno). A finales de 1978, el Gobierno proclamó que en la ciudad y los alrededores vivían 200.000 personas. Algunos periodistas que visitaron la ciudad a finales de 1978 dijeron que los obreros iban a las afueras a trabajar en las fábricas y volvían a casa al anochecer.

La necesidad de una fuerza de trabajo más cualificada obligó al régimen a empezar a abrir escuelas profesionales y hospitales en varias zonas.

Pero los obreros que antaño habían vivido en las ciudades, muchas veces no volvieron. En su lugar, la mayoría de las fábricas fueron puestas en marcha por

técnicos chinos, soldados del Khmer Rojo, campesinos venidos directamente del campo y niños. El cambio de la composición social de la fuerza de trabajo servía a los fines políticos de los dirigentes del Khmer Rojo, procurándoles, esperaban, una clase obrera relativamente inexperimentada y que se sometería más fácilmente a una disciplina militarizada y a una explotación intensiva.

¿Basarse en sus propias fuerzas?

La prensa capitalista ha hablado mucho del pretendido objetivo del régimen de Pol Pot de desarrollarse de un modo completamente autónomo, con escasas –o ningunas– relaciones con el resto del mundo.

El régimen recurrió a la demagogia xenófoba para justificar su política de rechazo de los intercambios con el exterior y de reducir al mínimo las importaciones. Trataba asímismo de impedir la entrada de extranjeros en Camboya, para que no fueran testigos de las brutales medidas que llevaba a cabo.

Pero el aislamiento del régimen no fue nunca tan drástico como a menudo se pretendía. Desde el comienzo mantuvo lazos estrechos con China y Corea del Norte, y un poco más tarde, los estableció con Yugoslavia y Rumania.

Además, uno de los objetivos declarados del *Angkar* fue siempre el de hacer del país un exportador importante de arroz y productos agrícolas, y un importador de maquinaria y utillaje modernos.

En agosto de 1976, cuando abrió oficialmente su frontera con Tailandia, Camboya importó de este país productos industriales y de otras clases. También se establecieron relaciones comerciales con Singapur, Malasia, Indonesia, Filipinas, Japón, Madagascar y otras naciones africanas.

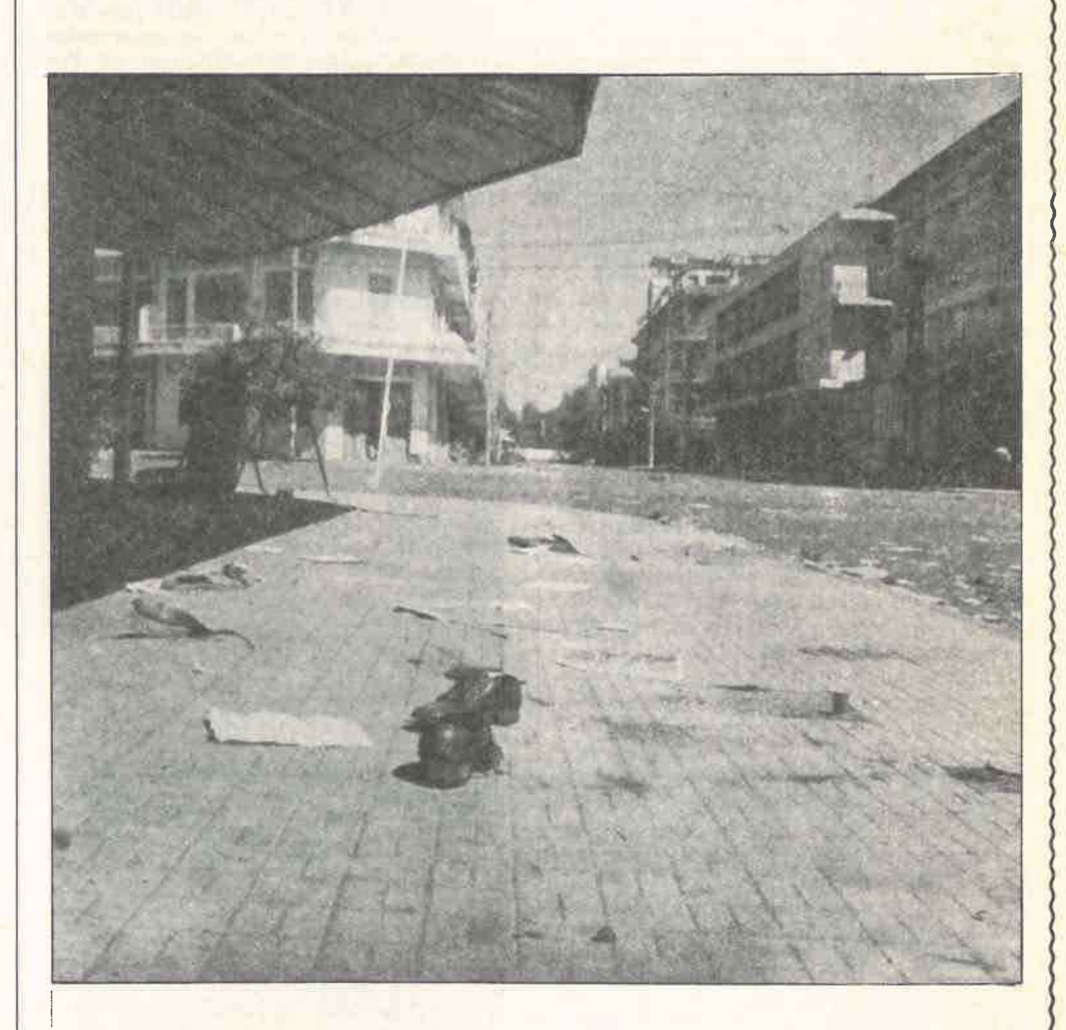
Hacia finales de 1978, el régimen volvió a abrir los templos de Angkor Vat. El turismo en la zona estaba en manos de hombres de negocios tailandeses. El capital japonés empezó a interesarse por Camboya: *"Detrás del deseo de Japón de ayudar a Camboya está también el deseo de ver si es viable económicamente"*, escribía la *Far Eastern Economic Review* en su número del 10 de noviembre.

Sirvientes con chaqueta blanca

En su reportaje desde Phnom Penh, del pasado mes de diciembre, Elisabeth Becker, del *Washington Post*, habló mucho de la *"búsqueda de la igualdad total"* por parte de los dirigentes del *Angkar*. Pero la estructura del mando militar y el aparato de Estado conocían toda una jerarquía de privilegios. Ponchaud informa que las tropas del ejército regular *"están mejor equipadas y mejor alimentadas, y no tienen que hacer trabajos agrícolas"*. Ellas y otros oficiales tenían asímismo acceso a las reservas restantes de medicamentos extranjeros.

En la cúspide, los privilegios eran mayores. El reportero norteamericano Richard Dudman ha descrito su encuentro con Pol Pot en el *"palacio oficial del antiguo gobernador general francés en Phonm Penh"*. Observó *"las ventanas con cortinas, un poco abiertas, de la sala de recepción decorada con flores tropicales y tapices de colores, y amueblada con filas de sillas muy blandas"*. Vió con sorpresa a los *"sirvientes con chaqueta blanca"* de Pol Pot.

Mientras insisten en una existencia austera –privada de ocio, de teléfono, de libros, de médicos, de escuelas y de otras futilidades "occidentales"– para las masas, los dirigentes del *Angkar* no se han olvidado de reservarse una parte un poco mejor.



Phnom Penh, con 600.000 habitantes en 1975, pasó a tener menos de 100.000 después de la evacuación ordenada por Pol Pot.

¿Una economía de trueque?

La abolición legal de la circulación del papel moneda, por el *Angkar*, ha sido presentada como una prueba más de que había eliminado el capitalismo.

Pero dicha abolición formal no demuestra nada. Ningún régimen –capitalista o no– ha sido capaz aún de funcionar sin moneda. Ningún Estado obrero, siquiera el más desarrollado económicamente, ha alcanzado un nivel de producción suficiente para satisfacer las necesidades humanas sin utilizar la moneda como medio de circulación.

Esta medida sólo podía ser pasajera y artificial. Aunque había pocos bienes de consumo que comprar, todos los productos –incluído el arroz– seguían siendo valorados en *riels*, la antigua moneda camboyana. En el campo, ello vino acompañado de fraudes a gran escala, de la utilización del arroz como moneda, y sin duda de otras sutilezas.

La corresponsal del *Washington Post*, Elisabeth Becker, describió la cooperativa de Kampong Cham, donde *"el arroz es vendido al Gobierno central de Phnom Penh. La cooperativa recibe un crédito a cambio del arroz –cuatro riels por tonelada– y utiliza este crédito para comprar cosas que no puede reproducir, como la gasolina para sus tractores.*

"Las cuentas de cada cooperativa se guardan en un registro nacional en Phnom Penh, según nos informó un funcionario. 'Esto no es tan extraño', dijo; 'en su país, Uds. muchas veces no utilizan

moneda. *Utilizan tarjetas de crédito y cheques'."*

La expansión de la economía camboyana y de su comercio exterior habría obligado al régimen, inevitablemente, a restablecer la circulación legal del dinero y las monedas. Pero por el momento, su supresión coincidía con el objetivo central del *Angkar*: reducir al mínimo posible el consumo y obtener una explotación máxima de la fuerza de trabajo para acumular el máximo de riquezas en sus propias manos.

Los lazos con el imperialismo

La tendencia a la acumulación primitiva de capital, y el miedo a una oposición interior que ello engendraría inevitablemente, movió al régimen de Pol Pot a establecer lazos más estrechos con el imperialismo durante el último año de su existencia. Las movilizaciones de masas que suprimieron las relaciones de propiedad capitalistas en Vietnam del Sur en la primavera de 1978 alarmaron al imperialismo y aterrorizaron a sus sátrapas neocoloniales. Entonces, el imperialismo intensificó sus medidas destinadas a aislar a Vietnam y las encaminó a utilizar a Camboya, débil y arruinada por la guerra, pero al fin y al cabo capitalista, como un instrumento contra la Revolución vietnamita.

Los aspectos extremos y aparentemente bizarros del régimen camboyano no eran fruto de una irracionalidad particular del régimen de Pol Pot. Formaban parte de la profunda irracionalidad y de la inhumanidad que caracterizan al sistema capitalista mundial en un estado avanzado de descadencia.

Ante la sociedad camboyana sólo había dos vías posibles. Para avanzar por la vía de un gobierno obrero y campesino, las masas podían haber sido movilizadas con el objetivo de derribar el capitalismo y hacer progresar a la sociedad camboyana. Una vez rechazada esta vía por los estalinistas camboyanos, todo, desde la dispersión forzosa de la clase obrera hasta la contrarrevolución rural, se ha derivado lógicamente. Esta política represiva tenía por objeto lograr una rápida acumulación capitalista.

El carácter capitalista del régimen explica por qué las potencias imperialistas más cercanas, como Australia, consideraban al régimen de Pol Pot como un *"amortiguador entre el Vietnam comunista y la Tailanda no comunista". (Far Eastern Economic Review*, 10 de noviembre de 1978).

El derrocamiento de Pol Pot abre un nuevo periodo para los obreros y campesinos camboyanos. ¿Cómo pueden hacer progresar la lucha por los derechos democráticos? ¿Por la reforma agraria? ¿Por la libertad frente al dominio imperialista? ¿Por el socialismo?.

El régimen de Pol Pot demostró que estaba dispuesto a vender a precio de saldo la independencia de la nación, cuando envió al viejo fantoche imperialista Sihanuk para representarlo en las Naciones Unidas y solicitar una invasión militar de la ONU y de los EE.OO. contra los rebeldes camboyanos y las tropas vietnamitas.

Lejos de desmentir el llamamiento de Sihanuk, el representante de Pol Pot, Ieng Sary, reafirmó el antiguo papel del monarca como principal portavoz del régimen en el extranjero. Ieng Sary se felicitó por las declaraciones de apoyo de Carter.

Las fuerzas de Pol Pot intensificaron también su colusión con la dictadura militar neocolonialista de Tailandia. ¡Qué final revelador para un régimen que afirmaba oponerse a todas las ingerencias extranjeras!. Los representantes de Pol Pot tampoco dudaron en llamar a las fuerzas derechistas que habían apoyado a Lon Nol a unírseles en la lucha contra el nuevo gobierno camboyano.

Esta evolución es lógica. El carácter de clase del gobierno de Pol Pot le obligó a buscar el apoyo de todas las fuerzas contrarrevolucionarias que habían podido infestar Camboya. Esta banda de pequeño-burgueses con dirección estalinista no tenía nada que ver con la soberanía camboyana ni con la independencia con respecto al imperialismo. Era un enemigo mortal de la clase obrera y del socialismo.

¿Por qué vía avanzar?

Es probable que las masas camboyanas traten de aprovechar las posibilidades abiertas por la caída de esta tiranía capitalista para llevar adelante sus propios intereses de clase. Pedirán armas al nuevo Gobierno para defenderse contra las expediciones punitivas de lo que queda de los partidarios de Pol Pot y para liquidar todo resto de tiranía.

Presionarán en pro de la creación de un gobierno obrero y campesino que aplique una política de acuerdo con sus intereses. Un gobierno obrero y campesino establecería servicios públicos elementales como la educación y la sanidad para todos, aboliría el trabajo obligatorio para los niños y reduciría la jornada y la semana laboral. Podría movilizar a los trabajadores para imponer la propiedad pública de la industria, impidiendo la emergencia de una clase capitalista durante el periodo de transición.

Los campesinos y los obreros tratarán de volver a sus hogares. Los campesinos exigirán una verdadera reforma agraria –incluído el derecho a la propiedad de sus parcelas de tierra y de sus animales de tiro, o el derecho a trabajar junto con otros sobre una base cooperativa, de acuerdo con los deseos de los propios campesinos pobres.

Los trabajadores tendrán nuevas posibilidades para hacer presión a favor del control obrero sobre la producción y una planificación económica democrática; a favor del derecho a pensar, escribir y decir lo que deseen, de reivindicar el derecho elemental a formar partidos políticos y a elegir su Gobierno.

No podemos confiar en los dirigentes vietnamintas, que predominan militarmente entre las fuerzas anti-Pol Pot, para llevar adelante este programa revolucionario. Una transformación socialista en Camboya podría minar su control burocrático de Vietnam y amenazar sus esfuerzos por realizar la "coexistencia pacífica" con los imperialistas y sus satélites de la región.

También podemos estar seguros de que los dirigentes del nuevo régimen camboyano –que provienen de una serie de escisiones del PC de Pol Pot– tratarán de mantener a las masas bajo su control burocrático.

Pero los campesinos y obreros que constituyen la base de los ejércitos vietnamitas y de las tropas rebeldes camboyanas podrían reaccionar de un modo diferente. Las reivindicaciones mencionadas les ayudarán en su lucha contra la dirección burocrática.

A pesar de la propensión de los periodistas occidentales a las expresiones racistas del "viejo odio" entre los pueblos camboyano y vietnamita, los acontecimientos de los últimos decenios en Indochina han demostrado frecuentemente la fuerza unificadora de los intereses de clase comunes y compartidos por las masas vietnamitas y camboyanas.

La lucha de liberación camboyana sufrió el peso de la mala dirección de un partido estalinista. En 1975, esta banda y sus aliados cometieron una de las traiciones más monstruosas de la historia, transformando una victoria revolucionaria en un reino contrarrevolucionario del terror y la explotación.

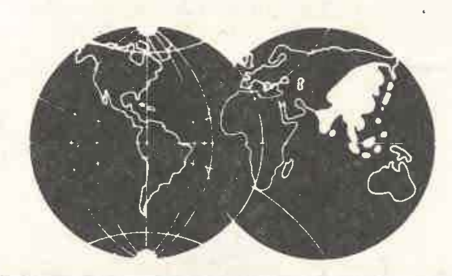
No podemos confiar en ningún sector del movimiento estalinista para llevar adelante los intereses de los obreros y campesinos. Las masas camboyanas, igual que los oprimidos de otros países, necesitan un partido de masas de la clase obrera que se comprometa a aplicar un programa de internacionalismo revolucionario.

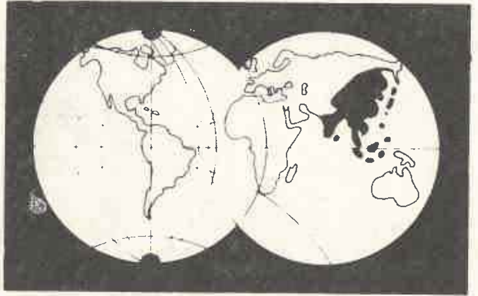
Por este camino, los obreros y campesinos vietnamitas, que tanto han luchado y sufrido desde hace diez años en la lucha por su liberación, podrán dar los próximos pasos adelante en la lucha contra el imperialismo y por los derechos democráticos y el socialismo. ■

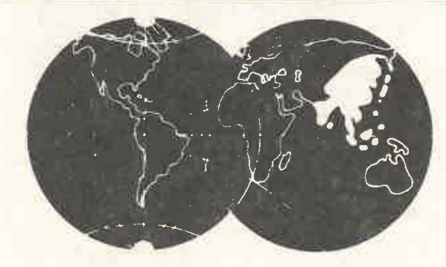
Camboya

Un caso extremo de estalinismo/1

Ernest MANDEL







Cuestiones teóricas y políticas subyacentes a las divergencias en torno a los conflictos militares en el Sudeste asiático.

DENTRO de la Cuarta Internacional han aparecido diferentes posturas en torno a la apreciación y la actitud política a adoptar con respecto a los conflictos militares que vienen ocurriendo en el Sudeste asiático desde diciembre de 1978. Mientras que estas divergencias parecen centrarse en torno a la actitud que debe adoptarse en relación con la invasión de Camboya por las fuerzas armadas regulares vietnamitas –la condena de la invasión de Vietnam por China fue unánime–, sus implicaciones políticas con vistas al ulterior desarrollo de conflictos armados entre las burocracias en el poder en Estados obreros no están claras. Esto es potencialmente peligroso, especialmente a causa de la posibilidad de una lucha armada entre la Unión Soviética y la República Popular China. Además, los problemas teóricos subyacentes son tan importantes (y en un caso, tan nuevos), que resulta imprescindible realizar un debate a fondo. En este artículo discutiremos fundamentalmente las posiciones expresadas en INTERCONTINENTAL PRESS/INPRECOR

I. ¿Era la Camboya de Pol Pot un Estado obrero (aunque extremadamente burocratizado y despótico)?

Los artículos de Mary Alice Waters, Fred Feldman y Steve Clark, publicados en INTERCONTINENTAL PRESS/INPRECOR, tratan de justificar el apoyo crítico dado a la invasión de Camboya por el ejército regular vietnamita con el argumento de que el país no era un Estado obrero, y que, en cambio, el régimen de Pol Pot era *"un Gobierno capitalista contrarrevolucionario que amenazaba a la revolución vietnamita"* (*The Militant*, 23 de febrero de 1979). Inmediatamente nos vienen a la memoria las analogías históricas: Georgia, Finlandia.

Más en general, en un conflicto militar entre un Estado obrero y un Estado burgués, los marxistas revolucionarios apoyamos al primero contra el segundo, pues es necesario preservar el sistema socio-económico superior frente a la restauración del capitalismo. Y esto en cualquier circunstancia, independientemente del grado de burocratización que caracterice al Estado obrero respectivo. Esta ha sido la actitud programática habitual de la Cuarta Internacional desde las experiencias de 1939-1940. A nuestro entender no hay nada que justifique cambio alguno en esta posición.

Los camaradas Mary Alice Waters, Fred Feldman y Steve Clark basan su argumentación en buena medida en la hipótesis de que el régimen camboyano de Pol Pot no era un Estado obrero. Rechazamos esta hipótesis, que consideramos contraria tanto a los hechos como a la teoría marxista.

En Camboya estalló una guerra civil en abril-mayo de 1967, cuando los dirigentes del Partido Comunista Camboyano (PCC) abandonaron Phnom Penh para organizar la guerra de guerrillas contra el régimen burgués del principe Norodom Sihanuk, después de que este régimen lanzara una feroz represión contra los comunistas y otros luchadores de izquierda, y después del estallido de las revueltas campesinas espontáneas en Samlaut, en la región de Battambang, donde los terratenientes habían tratado de imponer el pago de arriendos a unos campesinos que durante siglos habían podido cultivar libremente la tierra (ver *"Camboya en la guerra del Sudeste asiático"*, de Malcolm Caldwell y Lek Hor Tan, Monthly Review Press, pp. 157-161; François Ponchaud: *"Cambodge, année zéro"*, Paris, Juillard 1977, pp. 195-196. Este autor señala que para evitar la detención, dos dirigentes del PCC, Ieng Sary y Son Len, ya pasaron a la clandestinidad en 1963).

Esta guerra civil se extendió considerablemente cuando se iniciaron las incursiones aéreas masivas y la invasión de Camboya por los EE.UU. en 1970, y después del golpe de Estado de Lon Nol (el antiguo comandante en jefe de las fuerzas armadas bajo Sihanuk). Se entrelazó estrechamente con las guerras civiles de Vietnam y Laos, y con la guerra de liberación nacional de las masas vietnamitas contra el imperialismo norteamericano, culminando finalmente con el derrocamiento del régimen de Lon Nol por el Khmer Rojo en abril de 1975. Mientras que las fuerzas vietnamitas, dirigidas por el PCV, desempeñaron un papel importante con su ayuda al Khmer Rojo en esta guerra civil, sobre todo frustrando varias ofensivas de las fuerzas imperialistas y los contrarrevolucionarios de Vietnam del Sur y Camboya contra ellos, el PCC defendió celosamente su autonomía y actuaba de manera cada vez más independiente con respecto a Hanoi. Entre otras cosas, esto vino demostrado por la manera en que trató de destruir todos los elementos del Estado burgués y de la clase capitalista de un sólo golpe, después de su victoria en abril de 1975.

En contra de la opinión de Hanoi y Pekin –a Moscú ya no se le prestaba oído, especialmente desde que el Kremlin mantuviera relaciones con el régimen de Lon Nol mientras éste masacraba a miles de comunistas, obreros, estudiantes, intelectuales y campesinos camboyanos–, los dirigentes del PCC intentaron llevar a cabo una "revolución social radical en todos los terrenos" en el espacio de tiempo más breve posible (para emplear la fórmula con la que los dirigentes actuales de Camboya caracterizan el régimen de Pol Pot: ver la *"Declaración fundacional del FUSNK"* en *"El conflicto Vietnam-Camboya"*, Hanois 1979).

Hanoi 1979).

Gran parte de los miembros del aparato estatal burgués fueron eliminados físicamente (aparte de los que huyeron al extranjero). La gran mayoría de la burguesía hasta las clases medias inferiores, sufrió el mismo destino. La población urbana fue dispersada. La propiedad y/o el cultivo privado de la tierra quedaron severamente restringidos, o incluso se suprimieron radicalmente. Los campesinos, que representaban el prototipo de cultivo individual durante siglos en el Sudeste asiático, fueron obligados a un rígido trabajo colectivo (cooperativas).

"En sustitución del sistema en que el cultivo de la tierra era fundamentalmente una empresa familiar, los grupos de producción solidarios pasaron a constituir la unidad básica de la agricultura. Estos grupos se organizaron a su vez en 30.000 cooperativas agrícolas. Pese a que los

campesinos cultivaban pequeños huertos con frutas y verduras, hoy en día la propiedad privada de la tierra básicamente no existe." (George C. Hildebrand y Gareth Porter: *"Hambre y Revolución"*, Monthly Review Press, 1976, pp. 71-72).

François Ponchaud (op. cit. p. 120) señala que a partir de octubre de 1975 se colectivizaron, en las cooperativas, todos los medios de producción. Además, a partir de diciembre de 1975, empezaron a crearse haciendas estatales.

El radicalismo (o aventurerismo ultraizquierdista) del régimne de Pol Pot llegó incluso a suprimir virtualmente toda forma de comercio y dinero. Sólo se conservaron las formas más primitivas de trueque.

La economía y la sociedad camboyanas ya habían sido arruinadas por los bárbaros bombardeos imperialistas yotras acciones de guerra. Se ha estimado que en los seis meses anteriores a agosto de 1973, los bombarderos estadounidenses arrojaron cada mes el equivalente a 7 bombas atómicas del tipo de la que se lanzó sobre Hiroshima, tan sólo en la zona, densamente poblada, de los alrededores de Phnom Pen. La consiguiente destrucción de la agricultura y de la producción de alimentos fue catastrófica.

Un estudio no publicado del Fondo Monetario Internacional estimaba que a finales de 1974, el total de tierras destinadas al cultivo del arroz se redujo en un 75% y que la producción de arroz en la República Khmer (es decir, las zonas que entonces aún no habían sido liberadas por el Khemer Rojo) había descendido de un nivel anual de 3,8 millones de toneladas a tan sólo 493.000 toneladas. Pero fuentes del Khmer Rojo consideran que incluso esta última difra está exagerada. La amenaza del hambre masivo, la desnutrición y las epidemias estaba latente. Muchas de las muertes atribuídas, primero por la propaganda imperialista, luego por Hanoi y Moscú, a las atrocidades de Pl Pot, se debieron en realidad a las barbaridades cometidas por los imperialistas y sus agentes locales.

Pero también es obvio que la política aventurerista de la fracción Pol Pot contribuyó en gran medida al precio pagado en términos de sufrimiento humano por el cambio de régimen en Camboya. Es más, esta política impidió reparar rápidamente los daños causados por la destrucción imperialista. La economía nacional y hasta la propia trama de la división social elemental del trabajo se quebrantaron todavía más a causa de los métodos inhumanos con que se suprimió la propiedad privada. El transporte, la asistencia médica, los hospitales y buena parte de la enseñanza no sólo quedaron interrumpidos, sino que se hundieron totalmente durante todo un periodo. La represión se amplió a grupos sociales enteros, incluyendo las mujeres y niños. No cabe duda que las víctimas del terrorismo estatal se cuentan por centenares de miles.

El paralelismo evidente que nos viene a la mente es la severidad, la amplitud y el extremado terrorismo de la colectivización forzosa realizada por Stalin en la Unión Soviética, que se resumía en su fórmula de "suprimir a los kulaks como clase". El coste humano de este crimen –sin hablar ya de las consecuencias a largo plazo en términos de miseria y escasez de determinados alimentos en la Unión Soviética– es incomensurable, Jruschof estimó que duante este periodo y las ulteriores purgas en los años 30, Stalin y sus verdugos asesinaron a 12 millones de personas, mientras varios millones –no se sabe cuantos– fueron deportadas. En cualquier caso, estas cigras subestiman la terrible realidad.

Pero una cosa es decir que un déspota inhumano empleó métodos bárbaros –que nosotros, por supuesto, condenamos totalmente y sin reservas, y que no sirven para avanzar en la construcción de una sociedad socialista sin clases– de cara a suprimir la propiedad privada. Pero otra cosa muy distinta es presentar a este déspota como un "capitalista contrarrevolucionario". A menos que nos pasemos al bando de los capitalistas de Estado o los colectivistas burocráticos, hemos de reconocer que los crímenes de la burocracia soviética contra los trabajadores y campesinos de la Unión Soviética no estaban destinados, ni tuvieron el efecto objetivo, de restaurar el capitalismo o restablecer un domino de clase. La burocracia operaba en el contexto de una sociedad postcapitalista –una sociedad de transición entre el capitalismo y el socialismo, es decir, un Estado obrero. Lo que es cierto para el terror de Stalin lo es también para el de Pol Pot.

Esto no es ante todo un problema de especulación, sino de valoración de los hechos. Si es cierto que el aparato estatal burgues fue totalmente aplastado en Camboya –probablemente mucho más que en cualquier otra revolución social anterior (1); si es cierto que no sólo fue expropiada la burguesía, sino incluso el campesinado; si es cierto que en la Camboya de 1976, 1977 ó 1978 no podemos encontrar ninguna clase de vestigio de propiedad capitalista o de relaciones de producción capitalistas– entonces es imposible caracterizar el régimen o el gobierno de Pol Pot como capitalista. Un gobierno capitalista o un Estado burgués que destruye totalmente el capitalismo es algo absurdo en el contexto de la teoría marxista de las clases y el Estado. Es un concepto contradictorio con todos los elementos fundamentales del materialismo histórico.

"La política de Pol Pot impidió reparar rápidamente los daños causados por la destrucción imperialista".

Se puede decir que por el hecho de que Camboya era un país extremadamente atrasado y de que ambas clases fundamentales de la sociedad capitalista –el proletariado y la burguesía– sólo existían de forma casi embrionaria, los criterios clásicos para definir la naturaleza de clase del Estado sólo pueden aplicarse con gran dificultad, muchas reservas y una constante referencia al trasfondo histórico y a la especificidad de la sociedad camboyana. Estamos totalmente de acuerdo. La tragedia de la Revolución camboyana radica en una distorsión extrema y grotesca de la tragedia del estalinismo reflejada a través de un atraso extremo. Pero es una copia distorsionada del estalinismo, no de una contrarrevolución burguesa. Cualquier

juicio equivocado en esta materia tendrá serias consecuencias en el análisis de la Unión Soviética y otros Estados obreros burocráticamente degenerados o muy deformados.

Es posible que algunos camaradas no vean con claridad la cuestión del carácter de clase del régimen de Pol Pot y del Estado camboyano bajo este régimen, por no tener en cuenta el problema de la naturaleza de clase de la burocracia del Khmer Rojo y no analizar sus relaciones con la clase obrera y la burguesía desde este punto de vista.

La idea de que esta burocracia pudiera compararse de alguna manera con la burocracia del modo de producción asiático es rechazada, con razón, por los camaradas Feldman y Clark. Estamos viviendo en el último cuarto del siglo XX, no en la primera Edad Media. Pero en este mismo contexto también hay que rechazar, por absurda, la idea de que la clase obrera fue totalmente suprimida y que defender la opinión de que Camboya es un Estado obrero significa tener un Estado obrero sin clase obrera.

Ningún Estado contemporáneo, y menos aún una economía contemporánea, podría existir o sobrevivir sin aeropuertos, telecomunicaciones, ferrocarriles, carreteras, puertos (si tiene salida al mar, como Camboya), talleres de reparación, centrales eléctricas, depósitos de armas, una mínima producción de cemento y otros materiales de construcción, una mínima producción textil y alguna producción industrial de utillaje agrícola. Todo esto implica no sólo la existencia, sino incluso la expansión de una fuerza de trabajo industrial. Presentar las cosas como si Pol Pot y sus verdugos hubieran querido deliberadamente destruir el proletariado industrial o lo hubieran destruido realmente en Camboya es absurdo.

En realidad, como afirman correctamente los propios camaradas Feldman y Clark, el PC camboyano quería la industrialización, aunque fuera de un tipo especial: a saber, en una relación particular con la agricultura (idea que no tomó prestada de algún ideólogo burgués, dicho sea de paso, sino de Mao Tsedong). Su dirigente número dos, Ieng Sary, lo afirmó con tantas palabras ante la Asamblea General de las Naciones Unidas.

De acuerdo con los ya mencionados Hildebrand y Porter, que defienden el régimen de Pol Pot y cuyas informaciones, por tanto, deben tratarse con precaución, a finales de 1975 se dió permiso para volver a Phnom Penh a 100.000 personas, que en parte trabajaban en fábricas. A comienzos de 1976, según ellos, había cerca de 100 fábricas en todo el país que habían reanudado la producción (op. cit., pp. 90-91). Y de acuerdo con la *Far Eastern Economic Review* del 13 de octubre de 1978, Pol Pot afirmó ante una delegación japonesa que la población de Phnom Penh ya había aumentado hasta 200.000, y que la intención era que creciera hasta 400.000.

Ponchaud (op. cit., pp. 107-109) da informaciones análogas, insistiendo particularmente en el papel de los trabajadores de la comunicación y del transporte. El periodista del PC yugoslavo, Salvko Stanic, que visitó Camboya en 1978, informó que en los suburbios de Phnom Penh vivían 220.000 personas *(Questions Actuelles du Socialisme,* octubre 1978).



Piezas de artillería capturadas por las tropas vietnamitas en Camboya.

Así, el problema se reduce a esto: ¿qué tipo de industria estaba empezando a reconstruir la burocracia de Pol Pot?. ¿Una industria capitalista o no capitalista? Esto no es sólo una cuestión de la nacionalización o no nacionalización de la industria inicial. Es una cuestión de todo el contexto socioeconómico.

¿Mantiene o resucita esta nacionalización e industrialización la propiedad privada, la acumulación privada de capital, el nacimiento de una nueva clase capitalista? ¿Administran los burócratas esta industria acumulando *fortunas* privadas (ya sea por medio de la corrupción, ya del robo o del mercado negro)? No cabe duda que los burócratas del PC, de obediencia y origen estalinistas, *podrían* hacerlo. La pregunta es: ¿lo *hicieron* en Camboya? Los camaradas Feldman, Clark y Waters no aportan ni una sombra de evidencia para apoyar esta hipótesis. El hecho de que "el trabajo forzoso es explotado" no es más que una prueba de la existencia o la supervivencia del capitalismo en Camboya que lo fue en la Unión Soviética. La pregunta es: ¿conduce a la propiedad *capitalista* y a relaciones de producción capitalistas, a la producción generalizada de mercancías? No hay pruebas para fundamentar esta afirmación.

De ahí se deduce inevitablemente que no estamos ante una burocracia estatal capitalista, burguesa o "precapitalista", sino ante una burocracia vinculada a la clase obrera no sólo a través de su ideología (concedido: extremadamente distorsionada), sino también y particularmente a través de su forma específica de remuneración y su relación básica con los medios de producción y la propiedad de bienes. Sabemos que no es agradable considerar que unos déspotas de la calaña de Pol Pot están vinculados de alguna manera con la clase obrera. Pero, francamente, ¿era más agradable considerar las burocracias de Stalin, Jeskof y Beria como una parte extremadamente degenerada de la burocracia de un Estado obrero? La repulsión moral, justificable, no debería obstruir el camino hacia unas definiciones científicas correctas.

Recordemos que el PCC jamás abandonó sus declaraciones programáticas a favor de la dictadura del proletariado, la construcción del comunismo, el papel dirigente de la clase obrera y la necesidad de la solidaridad internacional con los trabajadores de todo el mundo.

En la *"Breve guía para la aplicación de los Estatutos del Partido"*, publicada en 1975, el *"objetivo a largo plazo del Partido"* se define del modo siguiente: *"Para dirigir al pueblo en la creación de una Revolución Socialista y una Sociedad Comunista en Kampuchea..."*.



"La tragedia de la Revolución camboyana radica en una distorsión extrema y grotesca de la tragedia del estalinismo reflejada a través de un atraso extremo".

En la Constitución de Kampuchea Democrática, adoptada el 14 de diciembre de 1975, los dos primeros artículos dicen: *"Artículo 1: El Estado de Kampuchea es el Estado de los obreros, los campesinos y todas las demás capas trabajadoras de Kampuchea. Artículo 2: Todos los medios de producción importantes son propiedad colectiva del Estado popular y propiedad del pueblo"*. Además, el artículo 12 dice: *"Todo trabajador es dueño de su fábrica"* (Citas tomadas de Ponchaud, op. cit., p. 230).

Un panfleto publicado en agosto de 1973 por el Khmer Rojo afirmaba que *"la clase obrera constituye la vanguardia"* de todas las *"fuerzas patrióticas"* que intervienen en la guerra; que ya es *"una clase plenamente capaz de dirigir hacia la victoria la guerra revolucionaria de liberación nacional y popular"*. (*"La clase ouvrière et les Travailleurs du Kampuchea dans la guerre révolutionnaire de libération nationale et populaire"*, pp. 3-4). El mismo panfleto dice que *"la lucha revolucionaria del pueblo de Kampuchea es parte integrante de la lucha de los obreros y trabajadores de todos los países del mundo, incluidos los de los Estados Unidos, contra la opresión y explotación capitalista, neocolonial e imperialista. Los obreros, los trabajadores y el pueblo de Kampuchea han mostrado siempre un espíritu internacionalista firme y activo. Siempre han apoyado firmemente las luchas de los obreros, trabajadores y pueblos del mundo, incluidos los de los EE.UU., y han manifestado su solidaridad combativa con ellos"* (Ibid. p. 7).

El 10 de setiembre de 1976, con motivo de la muerte de Mao, Pol Pot ensalzó la dictadura del proletariado como el legado de *"Marx, Engels, Lenin, Stalin y Mao Tsedong"* (Ponchaud, op.cit., p.145).

¿Farsa y mera propaganda? Es posible. Pero ¿acaso el contenido de la propaganda no nos dice algo sobre el carácter de clase de la burocracia camboyana? Es posible que los demagogos pequeño-burgueses puedan reproducir este lenguaje. Pero ¿podrían llevarlo a la práctica? ¿Y acaso no fueron llevadas a la práctica estas afirmaciones, en buena medida, en Camboya?.

Las graves contradicciones a que se enfrentan quienes niegan que la burocracia de Pol Pot era una forma extrema de burocracia obrera degenerada –un ejemplo llevado al extremo de degeneración de un partido comunista de origen estalinista–, se expresan gráficamente en las declaraciones oficiales de los enemigos más feroces de la burocracia de Pol Pot: los que la arrojaron del poder. He aquí lo que tienen que decir de la camarilla de Pol Pot:

"Surgió una situación compleja: por un lado, prosiguió la colaboración entre los revolucionarios (sic) vietnamitas y camboyanos; pero por otro lado, los vietnamitas notaron que la actitud de la dirección revolucionaria de Kampuchea había cambiado" (*"Le conflit Vietnam-Kampuchea"*, publicado en Hanoi en 1979, p. 8). Y en setiembre de 1976, el órgano de propaganda oficial de Hanoi, *"Le Courrier du Vietnam"* publicó una entrevista con Pol Pot en la que se celebraban las realizaciones revolucionarias de su régimen y sus profundos lazos con las masas revolucionarias. De hecho, alguna forma de colaboración entre las direcciones de los PC camboyano y vietnamita perduró hasta dos años y medio después de la victoria de abril de 1975. El panfleto de 1979, arriba citado, añade que en setiembre de 1977 triunfó definitivamente dentro del *Partido Comunista* camboyano, una tendencia chovinista.

Sin embargo, en la declaración fundacional del FUSNK, publicada en el mismo panfleto, se califica la fracción de Pol Pot de *"militaristas, tiranos reaccionarios"* e incluso de *"esclavistas"*. Por supuesto sabemos que en la tradición estalinista los comunistas de distintas fracciones pueden transformarse rápidamente en "contrarrevolucionarios" e incluso "fascistas" tan pronto como aparece la mínima desviación de la "línea general".

Pero los camaradas Waters, Feldman y Clark se enfrentan a la misma dificultad. Los fundadores del Khmer Rojo eran claramente comunistas de obediencia estalinista en sus orígenes, miembros de los partidos comunistas indochino y francés. Cuando rompieron con el régimen de Norodom Sihanuk, todavía eran comunistas, ¿no es cierto? Cuando organizaron y condujeron a la victoria a la guerrilla, en estrecha colaboración con el PC vietnamita, todavía eran burócratas comunistas, ¿no es cierto? ¿Cuándo se convirtieron en una "nueva burguesía que se gesta en el aparato de Estado"? ¿Tras la ocupación de Phnom Penh y otras grandes ciudades? ¡Pero dicha ocupación coincidió con una supresión radical de la propiedad privada! Un estalinista se transformó en capitalista (en un capitalista fascista, por el mismo hecho de que, si queréis caracterizarlo como burgués, el régimen de Pol Pot era el gobierno "capitalista" más terrorista)... suprimiendo radicalmente la propiedad capitalista y las relaciones de producción capitalistas: ¿no es esto un poco difícil de tragar para un trotskista?.

En el próximo número: ¿Cuáles son los criterios para definir un Estado obrero? ■

Europa

Lo que está en juego en las elecciones europeas

Anna LIBERA



R.F.A.

Meter en vereda a la clase obrera a nivel nacional y generalizar esta acción al nivel de la comunidad Europea mediante el proyecto de institución del Parlamento Europeo: un plan combinado de la burguesía.

LANZADA a bombo y platillo hace algunos meses, la campaña para la elección al Parlamento Europeo –prevista para junio de 1979– empieza a cojear a medida que se agrava la crisis política y social en algunos países. Esto no pone en tela de juicio la convocatoria de junio, pero arroja una cruda luz sobre las contradicciones a que se enfrentan las burguesías europeas en su proyecto de centralización e integración: este requiere, en efecto, y debe permitir acelerar la sincronización de las coyunturas económicas, políticas y sociales en los diferentes países; sin embargo, en sus países respectivos se enfrentan a crisis que las empujan momentáneamente a cerrar filas –divididas en torno a la cuestión europea–, para hacer frente a la clase obrera.

Pero esto no debe hacernos perder de vista que los intentos de meter en vereda a la clase obrera a nivel nacional y el proyecto de institución del Parlamento Europeo –con el fin de homogeneizar dichos intentos al nivel de la Comunidad Europea–, son, para la burguesía, dos caras de la misma moneda. Del mismo modo que debe serlo para los trabajadores la respuesta a los planes de austeridad aplicados en cada país y a la centralización europea del ataque antiobrero, respuesta cuyo carácter necesariamente internacional es cada vez más evidente, como lo demuestra actualmente la situación en la siderurgia.

De ahí que sea indispensable comprender bien los proyectos de la burguesía europea, para oponerles respuestas obreras y por tanto internacionalistas y para no meter a los trabajadores en el atolladero de la gestión de la crisis y del chovinismo.

Un proyecto inscrito en el acta de nacimiento de la CEE

La creación de instituciones supranacionales europeas es la consecuencia lógica de la concentración europea de capitales y de la formación de multinacionales europeas. En efecto, en el sistema capitalista, el ámbito de actividad del Estado debe amoldarse al de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción. Así, la internacionalización y la concentración de capitales en la CEE choca cada vez más con las prerrogativas que conservan los Estados nacionales y con la ausencia de instituciones supranacionales.

La misma fundación de la CEE constituía una respuesta del gran capital europeo a la contradicción existente entre el desarrollo de las fuerzas productivas y el cerrojo de los Estados nacionales. Para hacer frente a la competencia norteamericana y japonesa, los grupos industriales europeos tenían que unirse y sacar provecho de una política económica cada vez más concertada (materias primas, infraestructura). Esto condujo a la firma del Tratado de Roma. Pero en vista del papel determinado del Estado (moneda, fisco, crédito, infraestructura, política social), estos grandes grupos europeos necesitan apoyarse en instituciones supranacionales de tipo estatal susceptibles de desarrollar en beneficio suyo una política centralizada. Cuando la interpretación y la centralización europea de capitales alcanza determinado nivel, la presión a favor de un Estado europeo se hace irresistible.

Desde 1969, los representantes de los sectores punta del capital europeo predican a favor de una mayor integración económica y política. Agnelli, el patrón de la FIAT, explicaba el 20 de febrero de 1969 a la Comisión Permanente de Industria del Parlamento italiano: *"Si queremos realizar una programación del sector del automóvil, tenemos que poner manos a la obra a nivel supranacional"*.

En la misma época, Raymond Barre, cuando era vicepresidente de la Comisión de las Comunidades Europeas, marchaba al mismo paso: *"El Mercado Común de los capitales lleva retraso con respecto al de las mercancías, debido a las ambigüedades del Tratado de Roma en esta materia, aunque también a la actitud de los Estados. Estos temen que la movilidad de los capitales pueda hipotecar la realización de los objetivos nacionales"*. Y en la misma época, también, Giscard d'Estaing, entonces ministro de Finanzas, estaba a favor de la creación de una moneda europea.

Sin embargo, si bien esta es la tendencia histórica, en un periodo de crecimiento económico bastaba con tomar medidas de ayuda a la exportación y de garantía de los beneficios. Con el estallido de la gran recesión económica mundial en 1974-1975, la crisis de la CEE apareció en toda su amplitud. No existía un Estado supranacional capaz de aplicar la política anticrisis necesaria para los grandes grupos europeos, que debían hacer frente a la com-

petencia de los *trusts* norteamericanos que, ellos sí, tenían un poderoso Estado a su servicio. En esta situación, en ausencia de un Estado supranacional, cada burguesía pasaría a ocuparse de su propia economía (cf., por ejemplo, la solicitud de Italia de poder disfrutar de una serie de derogaciones de los acuerdos económicos comunitarios cuando apareció la grave crisis de la lira). Cada vez más se encerraron en sus Estados nacionales para hacer frente a la profunda crisis social que se gestaba.

Entonces apareció el peligro de un desmembramiento de la CEE, estimulado por la tendencia de los Estados nacionales a adoptar medidas proteccionistas con el fin de frenar la competencia de las demás economías. Ello confirma lo que escribió Ernest Mandel en 1968 en *"La respuesta socialista al desafío americano": "La hora de la verdad sonará para la CEE cuando sobre la Europa capitalista se abata la recesión generalizada. Será la prueba decisiva para el Mercado Común".*

En 1977, los representantes más lúcidos de los intereses a largo plazo del gran capital europeo (el socialdemócrata Helmut Schmidt y Giscard d'Estaing) empezaron a reaccionar frente al peligro de desmembramiento de la CEE. La burguesía, después de explicar que la crisis era una consecuencia momentánea del aumento del precio del petróleo, se acomodó entonces en una crisis que preveía de larga duración, y tenía que templar sus instrumentos para hacer que la pagaran los trabajadores.

En su "cumbre" del 4 de febrero de 1977, Giscard y Schmidt declararon que su voluntad era la de promover el relanzamiento europeo. Su declaración conjunta explicaba: *"El Gobierno de la RFA y el Gobierno francés desean que la Comunidad pueda reanudar en 1978 la marcha hacia la unión económica y monetaria, paso obligado en el camino hacia la Unión Europea. Esperan que las políticas de enderezamiento* (léase austeridad) *aplicadas por varios Estados miembros contribuirán a este fin".* Schmidt, por su parte, concluyó: *"Creemos que la política económica desarrollada en Alemania durante la crisis económica mundial, así como la política económica lanzada en Francia y conocida como el "plan Barre", comportarán en 1977 grandes avances. París y Bonn quisieran reforzar esta evolución, no sólo mediante la consulta, sino también mediante la coordinación, evidentemente en el marco de las decisiones y opciones de las instancias europeas. Esperamos poder invitar a nuestros colegas a participar en una convergencia más estricta de las políticas económicas". (Le Monde* del 6-7 de febrero de 1977). Así, el objetivo está claro: coordinar las políticas antiobreras de austeridad, aplicadas por los Gobiernos de los países miembros de la CEE, y utilizar la crisis al servicio de un nuevo desenvolvimiento del capitalismo europeo.



"Los intentos de meter en vereda a la clase obrera y el proyecto de institución del Parlamento Europeo son, para la burguesía, dos caras de la misma moneda".

Son estos los objetivos que persiguen las tres medidas conjuntas que trata de llevar a la práctica actualmente la burguesía europea: la creación de una Unión Monetaria Europea, la ampliación de la CEE y la elección del Parlamento Europeo.

La vía tortuosa del sistema monetario europeo

La creación del sistema monetario europeo (SME) responde a diversas preocupaciones de los capitalistas europeos:

– no verse sometidos a las fluctuaciones del dólar;
– liberalizar los movimientos de los capitales europeos;
– coordinar la política anticrisis (crédito, etc.);
– crear un fondo común de reserva que les permitirá a los países (fuertes) hacer presión sobre las opciones políticas, económicas y sociales de los Gobiernos enfrentados a un poderoso movimiento obrero (siguiendo la tradición del papel del Fondo Monetario Internacional, durante estos últimos años, en Perú, Italia, Gran Bretaña...).

Como escribe sin ambages el semanario británico *The Economist*, hay que defender el SME *"porque fija un marco para la coordinación e incluso la disciplina de la política fiscal, monetaria y de intercambio, marco que podría beneficiar a Europa del mismo modo que el FMI ha beneficiado al mundo. Porque presiona a los Gobiernos que ahora no aplican su política económica de una manera sana, a que lo hagan: y un éxito aún parcial en este terreno sería un éxito real" (The Economist*, 21 de octubre de 1978).

El SME debería ser el corolario y el guía de las políticas de austeridad nacionales. Así, por ejemplo, el Comité de Política Económica de la Comunidad admite que los países pobres que se adhieran al SME tendrían dificultades, pues deberían dar mayor prioridad a los problemas de la balanza de pagos en detrimento de otros objetivos, como el crecimiento y el empleo; por otro lado, puesto que el SME fija los tipos de cambio, disminuirá el número de instrumentos políticos a disposición de los gobiernos para hacer frente a la crisis.

Los principales obstáculos en el camino de la puesta en práctica del SME reside en la disparidad entre las distintas monedas nacionales, las diferentes economías, las diversas situaciones sociales y sindicales. Ya lo señalaba con la misma lucidez el artículo citado más arriba: *"Si un Gobierno cree que el arte actual de la convergencia económica puede soportar la carga de mantener el SME, los negociadores podrían dejar asimismo de perder el tiempo. No sólo las distintas políticas, sino también las diferentes realidades sindicales, las diferentes perspectivas, las diferentes bazas de los Nueve hace imposible que un tipo de cambio entre ellos pueda mantenerse en pie durante más de un año" (The Economist*, 21 de octubre de 1978).

Y son efectivamente las diferencias existentes las que bloquean actualmente la puesta en práctica del SME, que la burguesía desearía realizar antes del inicio de la nueva recesión. Las reacciones de los distintos gobiernos en torno a esta cuestión son elocuentes.

Gran Bretaña se negó de buenas a primeras a adherirse al SME en noviembre pasado, considerando que la disparidad entre las distintas tasas de inflación era demasiado grande. Pero Callaghan se negó también, y sobre todo, a causa de las dificultades políticas y sociales a las que se enfrenta como consecuencia del rechazo de su política de control de los salarios por los trabajadores y sindicatos británicos y por su propio partido. La crisis ya es fuerte en el Partido Laborista, debido a la negativa de Callaghan a plegarse a la decisión de su congreso sobre el "5%" (1), y no quiere azuzarla con la decisión de adherirse al SME cuando dentro del Partido Laborista existe un fuerte grupo de presión contrario a la CEE. Sin embargo, cabe destacar que Callaghan se ha cuidado mucho de lanzar una cruzada contra el SME.

El Gobierno italiano –en aquel entonces monocolor, demócrata cristiano, apoyado por una mayoría que incluía al PCI i al PSI– decidió intempestivamente, en cambio, adherirse al SME a pesar de la oposición de los comunistas, que eran su principal punto de apoyo. El objetivo de la burguesía italiana era simple:

ampararse en este "compromiso" europeo para imponer en Italia una política de austeridad cada vez más contestada por los trabajadores. Puede decirse que esta adhesión al SME constituye uno de los principales factores que determinaron la decisión del PCI de retirarse de la mayoría parlamentaria y, por consiguiente, de provocar la caída del gobierno Andreotti. Una adhesión al SME para nada, al menos en un futuro inmediato, en una Italia carente de Gobierno: las incógnitas de la situación política y social pasan a un primer plano para la burguesía de la península.

Mucho más significativa y reveladora es la actitud del Gobierno francés: mientras Giscard se había presentado, junto con Schmidt, como el campeón de la moneda europea, la presidencia francesa de la CEE –que se inició en enero de este año– se caracteriza por el bloqueo de los debates y avances en torno al SME, el presupuesto de 1979 de la CEE y los precios agrícolas comunes, entre otras cosas. Esta obstrucción refleja las preocupaciones domésticas de los representantes del Gobierno francés.

En efecto, París quisiera aplazar para después de junio la puesta en práctica del SME, a causa de las dificultades de la economía y las exportaciones francesas, y de la respuesta obrera en el Norte y en Lorena y en una serie de otros sectores. Otro problema, para el Gobierno francés, radica en los precios agrícolas y en los famosos importes de compensación (2). Francia quisiera que se desmantelaran estos antiguos importes de compensación, que favorecen a los productores agrícolas alemanes, y estimulan el descontento de los productores franceses, antes de la puesta en práctica del SME, y de hecho prepara ya las tasas de los futuros importes de compensación. En efecto, una vez establecido el SME, y para no reducir los precios agrícolas alemanes, habría que aumentar los precios agrícolas europeos en un 10%. Resulta innecesario decir que los demás países no están de acuerdo y que en esta situación, los productores alemanes –que forman la base electoral del partido liberal, aliado gubernamental del SPD– desean conservar sus ventajas actuales. La situación, por tanto, es difícil, como demuestra la turbación manifestada por Giscard d'Estaing en su última conferencia de prensa: *"La puesta en marcha de este sistema* (el SME) *no ha podido realizarse a causa de un problema de naturaleza distinta, que es la existencia de lo que se llama los importes monetarios de compensación. Se trata de un problema distinto que el del sistema monetario, pero que también exige una solución (...). Estamos a favor de la puesta en marcha de este sistema monetario europeo tan pronto como se hayan superado las dificultades existentes en lo que se refiere a los importes monetarios de compensación"* (*Le Monde*, 17 de febrero de 1979). O sea, que esto va para largo.

Finalmente, el último elemento: las reticencias de los representantes del Gobierno francés en torno al presupuesto comunitario para 1979. En efecto, Francia sigue sin reconocer la decisión del Parlamento Europeo de duplicar los créditos asignados al Fondo Regional Europeo. Esto sería reconocer que el Parlamento Europeo dispone de poderes ampliados, cuando los giscardianos se ven expuestos en Francia al fuego graneado de sus aliados gubernamentales del RPR (gaullistas), que denuncian la ampliación de esos poderes y el abandono de la "soberanía nacional".

Y esta es la faceta política de los problemas con que tropieza Giscard a la hora de poner en práctica sus opciones europeas. Estos problemas dividen en dos a la burguesía francesa, cuando precisamente necesita estar más unida que nunca para hacer frente al ascenso de la cólera obrera. Así, en su reciente conferencia de prensa, Giscard, que hace varios meses había abierto la campaña europea, expresó el deseo de suavizarla: *"En primer lugar, es demasiado pronto para empezar* (la campaña). *Hay una contradicción entre el estado de las preocupaciones de la opinión francesa, que en el momento actual son fundamentalmente económicas y sociales, y la anticipación de la campaña para las elecciones europeas. Los textos prevén una duración de las campañas electorales que oscilan entre quince días y un mes. Por tanto no es necesario lanzarla con varios meses de antelación. Asimismo, deseo que Francia se concentre en sus problemas económicos y sociales y que espere hasta tener, llegado el momento, su debate no sobre Europa, sino sobre la representación de los franceses en la Asamblea europea"* (*Le Monde*, 17 de febrero de 1979). Una manera harto defensiva de abordar los problemas. En otras palabras,



"¡No a los bajos salarios!".

Giscard llama a la burguesía francesa a cerrar filas frente a los trabajadores, y en lugar de hablar de "la gran idea europea", que tanto acariciaba, no plantea sino una mezquina discusión sobre la delegación francesa al Parlamento de Estrasburgo.

Las reacciones de estos Gobiernos ilustran bien las dificultades a que se enfrenta la burguesía europea en la realización de su proyecto. La puesta en pie del Parlamento Europeo debería permitirle avanzar en sus planes (y está lejos de resumirlos), pero la condición fundamental reside en la sincronización de las situaciones sociales y políticas en los distintos países, lo que está lejos de ser una realidad.

Por otro lado, la elección de este Parlamento por sufragio universal debería legitimar toda la operación a los ojos de las poblaciones europeas y en primer lugar, de las direcciones reformistas de la clase obrera. En este sentido puede hablarse de un cerrojo institucional para los trabajadores europeos y sus organizaciones. Por medio de este rodeo, las distintas burguesías esperan poder reducir también el peso político de las organizaciones obreras en cada Estado nacional. Agnelli, por ejemplo, explicaba a *France Soir*, el 10 de julio de 1976 (después del fuerte avance electoral del PC italiano, que conduciría a su integración en la mayoría parlamentaria italiana): *"En una Europa integrada, el problema planteado por una fuerte presencia comunista en Italia y en Francia se diluiría en parte. Los comunistas tendrían el tiempo necesario para llevar a cabo su evolución democrática (si es que son capaces), y nosotros tendríamos tiempo para verificar la sinceridad de su respeto hacia el pluralismo, no sólo político, sino también económico, y hacia los lazos que nos unen en Occidente y a los que no queremos renunciar"*.

Sin embargo, las dificultades e interrupciones registradas en el camino de la realización de este proyecto, por parte de las burguesías europeas, no significan que vayan a renunciar a él.

El problema de la ampliación

La perspectiva de la entrada de Grecia, Portugal y España en la CEE va en el mismo sentido. Para las burguesías de estos países, la crisis que deben afrontar ha puesto sobre el tapete su entrada en la Europa capitalista. Es cierto que en ciertos sectores de la burguesía de los demás países de la CEE existen muchas reticencias a esta entrada, pero hay cuatro factores que recomiendan, para la burguesía europea, su integración:

- las ventajas derivadas de la formación de un mercado que abarcaría la cuarta parte del mercado mundial;
- el interés de las grandes empresas agro-alimenticias europeas en acaparar el mercado de materias primas agrícolas de estos países mediterráneos y en abrirse camino hacia los mercados del tercer mundo en esta materia;
- el interés de los grupos industriales en desplegar su aparato productivo hacia países que disponen de una mano de obra barata;
- la necesidad de un apoyo político a unos regímenes débiles y enfrentados a una profunda crisis social.

Por este conjunto de razones, que son más fuertes que los motivos de reticencia, estamos abocados, pues, a un proceso de integración de los tres países candidatos –todavía susceptible, desde luego, de sufrir aplazamientos– con cláusulas especiales a largo plazo (en particular para frenar la libre circulación de la mano de obra de estos países, con un alto nivel de paro).

La entrada de estos países en el Mercado Común –defendida y deseada por los partidos obreros de los tres países– tendrá consecuencias negativas inmediatas para los trabajadores españoles, portugueses y griegos. La Comisión de Bruselas, por lo demás, expone con toda claridad estas consecuencias cuando escribe: *"Un crecimiento acentuado de la productividad en los países candidatos exige una reestructuración en forma de reducción muy considerable de los efectivos ocupados... Semejantes aumentos de productividad agrícolas sólo podrían obtenerse incrementando el paro y la emigración. Por esta razón, el problema del empleo puede ocupar un lugar central durante los primeros años de la ampliación".*

La entrada de estos países en el Mercado Común reforzará los sectores dominantes del capitalismo indígena y por tanto su capacidad de explotación de los trabajadores. Estas razones ya justifican el rechazo, por parte de los trabajadores de estos países, de la entrada en la Europa capitalista.

Sin embargo, este rechazo no puede plantearse en la línea del PCF en Francia –que se opone a la ampliación–, y que no tiene otra consecuencia que la oposición entre los trabajadores franceses y los de los tres países candidatos, principalmente los del Estado español. En efecto, si la política de la burguesía europea comporta una división inmediata entre los trabajadores de los distintos países (estimulando el paro y por tanto la competencia dentro de la clase obrera en torno al empleo), no se le puede hacer frente replegándose en la defensa de los "empleos franceses" codiciados por el "extranjero". Es por esto que el rechazo de la entrada de España, Grecia y Portugal sólo puede afirmarse en nombre de la centralización de las luchas de los trabajadores de estos países y de los países del Mercado Común contra la austeridad, empezando por una campaña conjunta por la reducción del tiempo de trabajo para desembocar en la batalla por una planificación democrática de la economía europea, que implica el derrocamiento del capitalismo. ■

Notas:

(1) El pasado mes de octubre, después del Congreso del TUC (Congreso de los Sindicatos), el congreso del Partido Laborista rechazó la política salarial del Gobierno, que impone un tope anual del 5% a los aumentos de salarios. Callaghan decidió saltarse a la torera esta decisión. Pero la ola de huelgas que se desencadenó después en Inglaterra se encargó de llevarla a la práctica. (Ver INPRECOR nº. 3, *"La crisis de invierno del laborismo"*, de Brian Grogan).

(2) Al principio, la política agrícola comunitaria establecía, desde 1962, precios agrícolas idénticos para los seis países de entonces. Estos precios se calculan en una moneda ficticia. En 1969, Francia devalúa su moneda en un 16%. Ello debería incrementar en otro tanto los precios máximos garantizados por la CEE. Pero Francia no desea el aumento de los precios alimenticios: congela los precios de apoyo al nivel de antes de la devaluación. Para sus socios europeos hay que establecer una "compensación", pues sinó los productos franceses serían demasiado baratos. Se les impone un "importe monetario de compensación", igual al valor del franco devaluado con respecto a la moneda del país importador. Estos son los "importes de compensación negativos", derivados de una devaluación. El mismo problema, aunque ahora a la inversa, se produce con las revaluaciones del marco en 1969 y 1n 1971. Esta vez, los precios de apoyo agrícolas alemanes deberían descender. Pero los productores agrícolas alemanes no quieren ni oir hablar de ello. Así, los precios aumentan en Alemania en comparación con los demás precios europeos. Y las exportaciones alemanas reciben una subvención: son los "importes de compensación positivos", derivados de una revaluación. Lo mismo sucede en Holando cuando el florín sigue al marco. Por consiguiente, el precio mínimo garantizado teóricamente y común a todos los países de la CEE es de hecho débil cuando se expresa en una moneda débil (franco, lira, libra), y elevado cuando se expresa en una moneda fuerte (marco, florín). De ahí la prosperidad de los agricultores de los países con moneda fuerte. La creación del SME, que debería estabilizar las fluctuaciones monetarias, va a exigir de hecho nuevos importes de compensación, pero que tendrán la ventaja de ser estables y de menor cuantía. ■

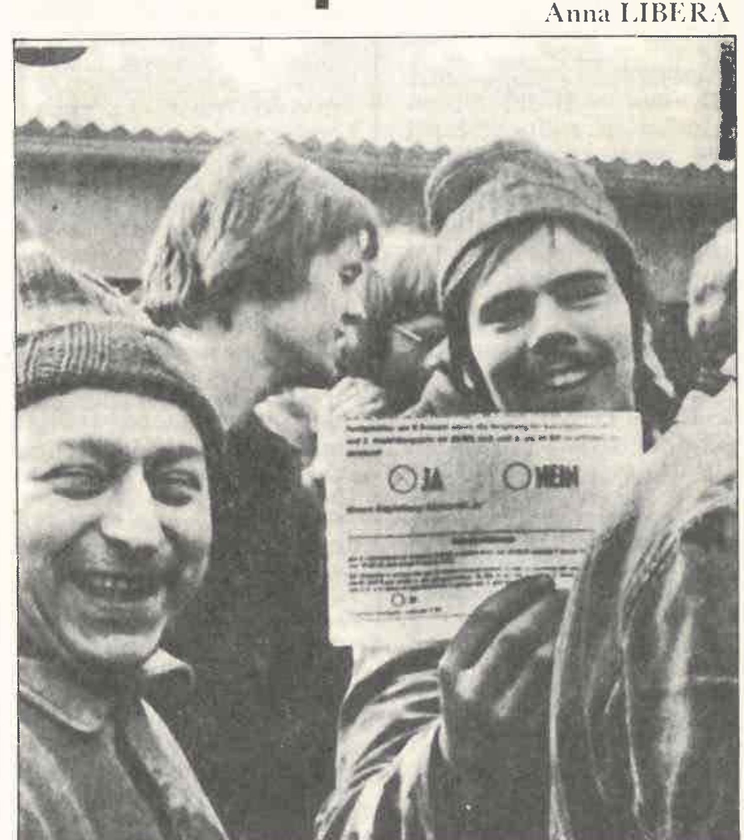


"...empezando por una campaña conjunta por la reducción del tiempo de trabajo para desembocar en la batalla por una planificación democrática de la economía europea...".

Europa

Las organizaciones obreras reformistas ante Europa

Anna LIBERA



La actitud de los partidos socialdemócratas y comunistas europeos ante el Mercado Común y la construcción de Europa, en muchos casos distinta y contradictoria, refleja la adaptación de estas corrientes a las respectivas burguesías nacionales en cada país.

LAS próximas elecciones al Parlamento europeo permiten revelar, si cabe, la verdadera naturaleza de la política de las direcciones tradicionales de la clase obrera. Frente a esta nueva etapa de construcción de una Europa capitalista, marcada por sus siete millones de parados, los partidos que pretenden defender a los trabajadores no hacen sino traducir al nivel europeo sus respectivas políticas de colaboración de clases.

La socialdemocracia europea se presenta como motor de la construcción de la Europa imperialista; en cuanto a las sirenas del "eurocomunismo", su canto no ha durado más de un verano y le ha cedido el sitio al realismo de las "vías nacionales", que no sólo lleva a los PC a presentarse en orden disperso, sino también a defender oreintaciones a veces totalmente antagónicas entre un país y otro.

Mientras pretenden luchar por "la Europa de los trabajadores", estos partidos no ponen de manifiesto, en esta campaña, sino su adaptación a sus burguesías o fracciones de sus burguesías nacionales.

En efecto, ¿cuál puede ser esa Europa de los trabajadores que diseña el jefe de fila de los socialistas europeos, Helmut Schmidt, junto con Giscard d'Estaing, representante del imperialismo francés? ¿Y cuál es esa Europa de los trabajadores que, según nos la presentan los distintos partidos comunistas, pasa por una integración mayor, por un Parlamento que disponga de poderes reales y por su ampliación si atendemos al PC italiano, belga o español; por una defensa de la "nacion francesa", de la soberanía del Parlamento nacional y el rechazo de la entrada de los países candidatos si atendemos al PC francés; o por la retirada inmediata de Gran Bretaña y de Irlanda si atendemos a los PC inglés e irlandés?

Los intereses de los trabajadores europeos no tienen gran cosa que ver con todo esto, como pueden comprobar actualmente los siderúrgicos de Lorena. Frente a semejante fuego de artificios de la colaboración de clases, la convocatoria electoral del próximo mes de junio coloca una tarea fundamental en el centro de la campaña de los marxistas revolucionarios: restablecer el sentido real de la lucha anticapitalista de los trabajadores, el internacionalismo.

La socialdemocracia europea

Desde hace ya mucho tiempo, el SPD de Helmut Schmidt encabeza la batalla por la construcción de Europa en nombre de los intereses de los sectores dominantes del capitalismo alemán. En este terreno ha llegado a un acuerdo casi perfecto con Giscard d'Estaing, y si a menudo aparece como un "europeo" más decidido que el inquilino del Elíseo es porque representa una economía más fuerte, cuyos grandes consorcios tienen una necesidad imperativa de avanzar más en la concentración europea. De ahí que se encuentre en el mismo lugar que cabía esperar, en la campaña de las elecciones al Parlamento europeo. Sin embargo, y esto es un signo de la conciencia que tienen los dirigentes socialdemócratas alemanes de la relación de fuerzas sociales en Europa, su lista va encabezada por los principales dirigentes sindicales de su partido.

Para esta campaña, el SPD, bajo la batuta de su presidente Willy Brandt, ha unificado las campañas del conjunto de partidos socialdemócratas europeos, incluso de aquellos que, como el PS francés, habían establecido estos últimos años, alianzas privilegiadas con los comunistas.

En 1973, el PS de François Mitterrand organizó un congreso especial sobre Europa en Bagnolet. Este congreso —celebrado en plena euforia de la Unión de la Izquierda— se centró totalmente en torno a la *"lucha por el socialismo en Europa del Sur"* y a la batalla por la *"Europa de los trabajadores"*. Aceptando la Europa tal como existe, la declaración final está basada en dos ejes: la lucha por los derechos de los trabajadores europeos y contra las grandes multinacionales. Esta declaración mereció la aprobación del ala izquierda del PS, el CERES (Centre d'Etudes et de Recherche Socialiste), y fue adoptada posteriormente por el Congreso de Nantes de este partido.

En junio de 1978, la dirección socialista elegida en Nantes firmaba la plataforma de los partidos socialistas europeos para las elecciones de junio próximo, auspiciada por el SPD y que constituye un buen programa de construcción de la Europa capitalista.

En julio de 1978, con el fin de hacer que su partido aceptara esta plataforma —el CERES la tacha de un *"Bad Godesberg europeo"* (1)—, particularmente en torno a la cuestión de la ampliación de la CEE (contra la que se había pronunciado hasta entonces el PS), Mitterand explicaba que había conseguido introducir ciertas *"inflexiones"* y una *"actitud de gran prudencia, no en cuanto a la acepta-*

ción de la ampliación de la Comunidad", sino en relación con las condiciones, los acuerdos, los *"plazos"*. Se trata en realidad de una pequeña frase que precisa que habrá que discutir en cada parlamento nacional sobre los plazos de la ampliación. Pequeña frase que se incluyó, en palabras de Willy Brandt, para que *"Mitterand no tenga dificultades con sus diputados del Sudoeste"*.

Sin embargo, esta pequeña frase no ha favorecido al PS en el Sudoeste francés, región vitivinícola que se verá particularmente golpeada por la entrada de España en la CEE, En efecto, los notables socialistas locales han visto descender sus votos y han sufrido los contragolpes de la campaña chovinista que desarrolla el PCF en la región, y a comienzos de marzo, cinco federaciones socialistas locales decidieron adherirse al movimiento *"Mi país desangrado"*, que impulsa una campaña contra la ampliación de la CEE, Pero el grueso del PS ha aceptado el alineamiento europeo, lo que permite prefigurar, asimismo, a nivel francés, la posible convergencia con la mayoría giscardiana.

En Italia, también, el PSI se ha alineado con la socialdemocracia alemana en torno a la cuestión europea. A mediados de los años 70, este partido había sacado un balance negativo de su larga colaboración con la Democracia Cristiana en los gobiernos de centro izquierda, y operado un giro a la "izquierda", combatiendo el "compromiso histórico" del PCI en nombre de una "alternativa de izquierdas" al régimen demócrata cristiano, según el modelo de la Unión de la Izquierda francesa. Vista la dificultad para realizar esta política en Italia y el cambio de signo de sus esperanzas europeas (fracaso de la Unión de la Izquierda), cambió de perspectiva en su Congreso de Turín, celebrado en febrero de 1978, relegando a las calendas griegas la alternativa de izquierdas, lanzando una virulenta polémica contra el "leninismo" del PCI y afirmando su "opción occidental" (recordemos que durante la guerra fria, el PSI fue el único partido socialdemócrata que decidió defender el "campo" soviético). De este modo espera que el viento de la socialdemocracia europea infle sus velas en Italia.

La única nota discordante en el concierto socialista europeo es el Partido Laborista de James Callaghan. Proeuropeo, el *Labour Party* debe velar, sin embargo, por los intereses particulares del capitalismo británico, que está en una posición débil y que mantiene lazos privilegiados con los Estados Unidos. Además, el partido laborista está dividido en torno a la cuestión europea, pues la izquierda laborista llamó a votar contra el ingreso de Gran Bretaña en el referéndum sobre la adhesión de este país al Mercado Común. Y Callaghan tiene ya bastantes manzanas de la discordia en torno a su política salarial para añadir otra. Por tanto, ha de esforzarse por no reavivar el *lobby* antieuropeo en su partido, y al mismo tiempo evitar quedarse apartado del proceso de construcción europea.

Así, a pesar de las reticencias inglesas, la socialdemocracia se presentará como una corriente bastante homogénea a nivel europeo. Pero no es el hecho de que los partidos socialistas se presenten unidos en las elecciones, lo que hay que denunciar —como hace el PCF, dándoles así una patente de internacionalismo—, sino la orientación proimperialista que vienen a defender.

Las "vías nacionales" de los eurocomunistas

Los distintos partidos comunistas, por muy "eurocomunistas" que afirmen ser, ponen en evidencia, en esta ocasión, toda la dimensión de su adaptación a los intereses de sus burguesías nacionales respectivas. La polémica que estalló en agosto de 1978 entre el PCE y el PCF en torno a la entrada de España no era sino la punta del iceberg de la disputa entre ambos partidos. Ante la campaña chovinista que había lanzado el PCF en el Sudoeste de Francia contra el ingreso de España en la CEE, los dirigentes del PCE, para quienes este ingreso constituye una pieza maestra de la evolución de España, denunciaron el *"patriotismo de campanero"* de Marchais y lo acusaron de *"resucitar los demonios de la reacción entre los agricultores atrasados"*. El PCF respondió virtuosamente con una nota en *L'Humanité*, explicando que *"cada partido tenía el derecho de determinar libremente sus posiciones"*.

Y en efecto, estas posiciones son más que discordantes, como refleja un rápido muestrario de las declaraciones de diversos partidos comunistas.

En la revista gaullista *l'Appel*, Georges Marchais escribió en julio de 1978: *"Está claro que, en lo que a nosotros se refiere, nos negamos categóricamente a estar vinculados a cualquier miniinternacional, a subordinar nuestras reivindicaciones nacionales a un partido europeo. Esto sería evidente si no asistiéramos actualmente a un movimiento lamentable de todos los demás partidos franceses, sin excepción, hacia formaciones o reagrupamientos que se llaman europeos pero que representan en realidad, en la mayoría de los casos, intereses que, cuanto menos, están en oposición al interés nacional. Aparte del Partido Comunista Francés, por supuesto, esto se aplica a todos los demás partidos sin excepción, al Partido Socialista que ha elaborado un preámbulo y un catálogo de propuestas comunes con sus homólogos europeos, del mismo modo que a todos los partidos de la derecha, que están unidos a partidos reaccionarios de otros paises europeos.*

Pese a nuestra profunda solidaridad con las luchas y aspiraciones de los obreros europeos y los comunistas de los Nueve, somos demasiado conscientes del interés nacional para actuar de esta manera. Quiero señalar que esto no es nuevo en nuestra actitud: los diputados comunistas franceses, que son miembros del Parlamento Europeo desde 1973 y que por razones administrativas son miembros de un grupo comunista europeo, han afirmado siempre que su función en la propia Asamblea era la defensa del interés nacional francés".

En cambio, para Giancarlo Pajetta, "ministro de Asuntos Exteriores" del PCI, *"lo que hace falta es una organización que pueda actuar realmente, que se apoye en una transferencia de poderes otorgada por los gobiernos y parlamentos de los Estados miembros, y que así pueda tratar problemas cruciales que los Estados nacionales no puedan tratar por sí solos. Este poder multinacional debe estar garantizado, ante los pueblos de los Estados miembros, por un control democrático firme que podría ser ejercido directamente por el Parlamento Europeo, si este tiene poderes bastante más amplios que ahora. Como vemos, estos poderes multinacionales deben ser muy diferentes a los del actual Consejo de Europa. Las prerrogativas del Parlamento y de la Comisión deben reforzarse y debe haber un mejor equilibrio entre estos órganos y el Consejo de Ministros. Debe tratarse de un poder democrático, capaz de reunir en la esfera europea, la soberanía a que renuncian los parlamentos nacionales, y asegurar una participación popular efectiva en la planificación y en la aplicación de las políticas comunitarias. Sin esto no hay ninguna posibilidad de inyectar nueva vida a esta comunidad"*.

El Partido Comunista holandés, por su parte, *"rechaza la idea de que la construcción de un poder supranacional sea un hecho al que no se pueda escapar"*, y luchará *"por la protección de la soberanía nacional de nuestro país, por la protección de la Constitución holandesa, que estipula que el Parlamento holandés es el único representante elegido del pueblo."*

El PC belga, en cambio, piensa que *"en realidad es falso oponer medidas nacionales a medidas comunitarias como si fueran incompatibles. Negar la posibilidad de tomar medidas económicas nacionales desarma hoy al movimiento obrero y democrático, que necesariamente desarrolla su lucha dentro de las fronteras nacionales, y ello equivale a dejar vía libre al gran capital. Pero por otro lado, no presentar perspectivas al nivel del Mercado Común, es permitir que esas mismas fuerzas del gran capital adopten decisiones a este nivel por sí solas, decisiones contra las que la resistencia "nacional" posterior será más difícil (...). Estos problemas* (económicos) *exigen políticas coordinadas que no pueden aplicarse sin la transferencia de determinadas prerrogativas de los Estados nacionales a los organismos integrados, para que se apliquen las decisiones adoptadas*

de común acuerdo."

El Partido Comunista de Irlanda, a su vez, se opone "*a la elección directa del 'Parlamento' europeo*" y propugna la retirada de Irlanda del Mercado Común.

Podríamos prolongar la lista... Estas posiciones divergentes reflejan las condiciones nacionales de cada país, a las que se adaptan las políticas de colaboración de clases de los partidos comunistas. Así, el PC español e italiano, que asumen los intereses de los grandes monopolios de sus países y aplican una política de unión nacional con sus representantes, son "europeístas" convencidos. En cuanto al PCF, en su campaña antieuropea une su tradicional chovinismo con su política de división hacia el Partido Socialista y su búsqueda de la "Unión del Pueblo Francés".

El análisis de las políticas europeas de los dos principales partidos comunistas,el italiano y el francés, muestra que caminos divergentes puede emprender la misma adaptación a los intereses de las burguesías nacionales.

El europeismo del PCI

El PCI hizo su opción europea desde inicios de los años 60, como marco para la realización de la "vía italiana al socialismo". Puesto que esta requiere el manenimiento del status quo internacional, debe tener en cuenta las realidades existentes, y Europa es una de ellas.

Por otro lado, la profundización en la "vía italiana", con la elaboración del "compromiso histórico" y la política de unión nacional con la DC, partido de los monopolios italianos, iba a confirmar y ampliar la opción europeísta del PCI. Este no sólo está a favor de la ampliación del Mercado Común,de la elección del Parlamento Europeo por sufragio universal, sino también de una transferencia de poderes de los parlamentos nacionales a esta institución europea, como demuestra la cita de Pajetta que hemos reproducido. Esta opción europea, por lo demás, va mucho más lejos, pues el PCI acepta también el marco de alianzas militares de Europa, sobre todo la OTAN.

Recordemos que Berlinguer declaró, durante la campaña electoral italiana de junio de 1976, que se sentía más seguro en el campo de la OTAN que en el Pacto de Varsovia para desarrollar su experiencia de "*marcha al socialismo*". Y más recientemente, algunos dirigentes del PCI participaron en una conferencia sobre la seguridad en Europa. Esta conferencia estaba organizada en los EE.UU. por el *Research Institute on International Change* de la Universidad de Columbia (instituto creado por Brzezinski),y participaban en el todos los partidos socialistas europeos, además del PCI, del PCE y de la Liga de los Comunistas Yugoeslavos. El profesor Bogdan Denitch, del mencionado instituto, comenta así la política del PCI: "*Los comunistas italianos han dado una impresión muy, muy fuerte. Han aparecido como un movimiento serio, como un partido de gobierno que no trata de eludir los problemas. Hubo divergencias entre los distintos partidos, pero también las había entre los socialistas y los norteamericanos presentes. Pienso, por ejemplo, que el enfoque expuesto por el senador Calamandrei (PCI) en torno a la OTAN y su papel en el mantenimiento del equilibrio estratégico como condición previa para la distensión, estaba muy bien articulado, era razonable y constituye sin duda una base de discusión. Es cierto que manifestó algunas reservas, por ejemplo en materia de consultas, de normalización de los armamentos y de la limitación de las zonas de influencia. Pero con ello el PCI no se distancia mucho de algunos partidos socialdemócratas. El subsecretario de Defensa noruego dijo más o menos lo mismo. Lo que constituyó una sorpresa, no sólo para los norteamericanos, sino también para algunos socialistas presentes, que tienden a ser más neutralistas y a expresar mayores reservas que las que tiene actualmente el PCI en cuanto a la utilidad de la alianza defensiva de la OTAN*" (2).

Los resonsables del PCI, dicho sea de pasada, no alimentan ninguna ilusión en torno a su objetivo en la construcción de Europa. Pajetta lo recordó en setiembre pasado, en una conferencia pública en Turín: "*No creo que la transfomación socialista de Europa está a la orden del día.*" Del mismo modo que optó por la austeirdad y la unión nacional para salvar al capitalismo italiano, el PCI optó por la construcción de Europa como complemento indispensable de esta empresa de salvamento.

La lucha del PCF contra el "abandono nacional"

El Partido Comunista Francés, por su parte, ha enarbolado una bandera muy distinta: la de la defensa de la "nación francesa" que todos, según él, quieren vender por un puñado de *Deutsche Mark*. Con ello ha alcanzado cotas sin igual en el chovinismo, y recupera con aparente delicia los acentos "anti-boches" (3) de su política durante la última guerra. Aunque nuestra crítica a su política en relación a Europa no se limite a denunciar su chovinismo, es necesario combatirlo firmemente, pues difunde el veneno nacionalista en la clase obrera, estimula la división y abre la vía al racismo (¿No hemos visto ya a algunos alcaldes comunistas propugnar la limitación del número de trabajadores inmigrados en sus municipios?).



"Piquete oficial: Alto"

Desde el inicio de la construcción de Europa, el PCF se había alzado en defensa de "su nación" contra el abandono nacional que se perfilaba. Jacques Duclos declaraba en octubre de 1953: "*Estamos dispuestos, junto con todos los franceses, quienesquiera que sean –decimos bien, quienesquiera que sean– que, como nosotros, no desean una nueva Wehrmarcht, a participar en todas las acciones políticas que pueden y deben organizarse en una fuerte campaña en toda Francia*". Esta declaración, con 25 años de antigüedad, se reproduce en lugar destacado en un libro que acaba de publicar el PCF, "*Europe: la France en jeu*" (Europa: Francia está en juego), como muestra de la continuidad "nacional" de su política.

Durante los años 50 y 60, en efecto, el PCF lanzó virulentas campañas contra las maniobras de integración y de concentración europeas, siempre en nombre de la defensa del patrimonio francés. Sin embargo, en 1965, Waldeck Rochet, entonces secretario general, inició un tímido viraje explicando que había que tener en cuenta el hecho de que el Mercado Común existía y que había que luchar por su democratización. Y con la firma del Programa Común de Gobierno, en 1972, el PCF sancionaba su opción europea, la aceptación de la Europa capitalista como campo de actividad de la Unión de la Izquierda.

Esta aceptación de Europa era evidentemente el corolario de la opción por el Programa Común, programa de colaboración de clases que no ponía en tela de juicio el sistema capitalista. En cuanto a la ampliación del Mercado Común, el PCF sólo planteaba una condición: la constitución de regímenes democráticos en Grecia, España y Portugal. Condición que a los ojos del PCF hoy podrá considerarse cumplida.

Pero inmediatamente después de la ruptura y el fracaso de la Unión de la Izquierda, en marzo de 1978, el PCF volvió a sus andanadas nacionalistas a ultranza en torno a la cuestión de Europa. Esta posición responde, para él, a varios objetivos: ocultar detrás de su campaña chovinista su aceptación del capitalismo

y del Mercado Común capitalista (no ampliado), y por tanto su incapacidad para ofrecer perspectivas a los trabajadores golpeados por la crisis; alimentar su política de división con el Partido Socialista, partido "europeo" e incluso "alemán" por excelencia, y poner las primeras piedras de su política de "Unión del Pueblo Francés", al encontrarse codo a codo con los gaullistas en su defensa de la "nación francesa".

Si no se lee la prensa del PCF sobre este tema resulta difícil imaginar las reales dimensiones de esta campaña chovinista. Veamos algunos ejemplos. La prensa comunista no habla ya de trusts o de monopolios, sino de *"konzern"*, y cuando hay que nombrar a un capitalista, sólo puede llamarse Krupp o Thyssen. Y qué puede decirse de ese dibujo publicado en primera plana de *l'Humanité*, que representa a Francia con un cartel: *"En venta, 40 millones de marks"*; de ese cartel pegado en los muros de París que dice simplemente *"No a la Europa alemana"*; o del informe de Fitermann al Comité Central del PCF de setiembre de 1978, que explicaba que Alemania quería ganar por medio de la CEE lo que no pudo conquistar con la guerra!. ¿Qué decir, también, de la campaña de carteles del PCF llamando a *"producir francés"*, y de la campaña de la FFTL (el sindicato del libro que controla) a favor de la recuperación de los trabajos impresos "franceses" hechos en Bélgica?.

El libro sobre Europa, recientemente publicado por el PCF, constituye un auténtico tratado de nacionalismo. La introducción sobre la "idea europea" presenta a los "grandes europeístas", que van de Churchill a Hitler, de Goebbels a Robert Schumann. Un único *leitmotiv* recorre todo el libro: *"Para los hombres que nos gobiernan, como para los socialdemócratas, hacer Europa es deshacer Francia"*. Frente a este abandono hay que *"desarrollar todas las potencialidades de la nación francesa... garantizar la soberanía nacional... por una Francia fuerte que descanse sobre el saber de sus obreros, técnicos e ingenieros..."*.

Tras largas descripciones de la hegemonía alemana sobre Europa, el autor exclama: *"En claro, esto significa que los pueblos, nuestro pueblo, podría tener que acatar decisiones impuestas por mayoría extranjeras"*. Y luego cita las declaraciones del escritor gaullista superreaccionario, Maurice Druon: *"Estos datos no dejan de inquietar a amplios sectores de la opinión francesa, y Maurice Druon, exministro y escritor, podía escribir recientemente. '¿Es que vamos a optar por una Europa bajo dominio alemán?'"*.

Estas andanadas nacionalistas y chovinistas no logran enmascarar las contradicciones de la política del PCF. Este organiza manifestaciones contra el ingreso de España en la CEE, pero en ningún momento pone en tela de juicio el Mercado Común capitalista como tal. Lucha contra la mayor integración europea en nombre de la defensa del capital nacional y por tanto de los explotadores nacionales. Su negativa a poner en duda el sistema capitalista, nacional e internacional, otorga toda su dimensión reaccionaria —en el sentido literal del término, de dar marcha atrás a su posición sobre Europa. En la etapa actual de desarrollo de las fuerzas productivas, luchar por la repatriación de los capitales y fuerzas productivas "francesas" a la Francia capitalista no aporta solución alguna a la crisis, sino todo lo contrario. Si esto se hiciera realmente, asistiríamos de hecho a una crisis de sobreproducción que comportaría una destrucción masiva de las fuerzas productivas por los capitalistas y por tanto un aumento del paro. Sin hablar del despido de los obreros que trabajan en las empresas con capital francés en el extranjero. ■

Notas

(1) En el Congreso celebrado en Bad Godesberg, en 1953, el SPD alemán renunció a la perspectiva de la lucha por el socialismo.
(2) Entrevista reproducida en "La República" del 4 de octubre de 1978. El diario comunista L'Unità de la misma época dio asimismo gran publicidad a la mencionada conferencia.
(3) "Boche" era el calificativo despectivo aplicado a los alemanes en Francia durante la Segunda Guerra Mundial.

España

Victoria de la izquierda en las elecciones municipales

A pesar de todas las maniobras del Gobierno de UCD —los aplazamientos sucesivos de la convocatoria electoral, su realización inmediatamente posterior a las elecciones generales para capitalizar sus resultados y hacerlos repercutir en las municipales, el uso abusivo de la televisión, etc.— la izquierda ha obtenido una clara victoria sobre UCD en las elecciones municipales celebradas en el Estado español el 3 de abril. En votos, ha obtenido un millón más que UCD, y tiene mayoría en la mayor parte de ayuntamientos de las capitales de provincia y principales ciudades, entre ellas las más grandes, como Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla...

Citamos de *Combate*, periódico de la LCR: *"De los resultados obtenidos por la izquierda se deduce una rápida conclusión: UCD ha sufrido su primer revés importante en la pugna que se anunciaba tras las elecciones generales. No va a poder contar en los principales municipios del Estado con unos ayuntamientos que le sirvan de apoyo y respaldo y materialicen en el terreno local la política gubernamental. Su margen de maniobra para llevar adelante una política de austeridad, de recortes de las libertades, de represión.. se ha encontrado el 3 de abril con el primer recorte importante."*

"(...) Hay que decir que para que el éxito alcanzado por la izquierda en las Municipales signifique realmente un contrapeso a la política gubernamental, no se puede dilapidar dicho éxito en una política de colaboración con la derecha que imposibilitara cualquier avance en la satisfacción de las reivindicaciones obreras y populares (...) Rentabilizar los resultados de las Municipales en beneficio de los trabajadores exige mucho más que llegar a un acuerdo sobre las alcaldías. Exige que la izquierda llegue a un pacto para constituir un bloque de izquierdas en todos los ayuntamientos. (...) Este pacto municipal de izquierda debería constituirse sobre un programa común que recogiera, como mínimo:

– Un compromiso para una democratización radical de los ayuntamientos, desde la declinación de los poderes del alcalde en el Pleno de la Corporación hasta los derechos sindicales de los funcionarios municipales, (...)

– Un plan de lucha contra el paro, en particular contra el paro juvenil y femenino, en estrecha colaboración con los sindicatos locales; unas primeras medidas para dar solución al problema de la vivienda; un plan para ir superando los graves déficits asistenciales que sufren los barrios obreros, pueblos, etc.

– Un compromiso para luchar por la derogación de la actual Ley de Régimen Local y conquistar una verdadera autonomía municipal, sin la que, en particular los ayuntamientos de izquierda, se van a ver asfixiados económica y administrativamente por el Gobierno y por las grandes patronales."

Los concejales electos de la LCR van a apoyarse en el voto popular recibido para llevar adelante este programa.

En las siguientes poblaciones han sido elegidos concejales de la LCR:

Alava: Salvatierra
Vizcaya: Ondárroa (2), Bérriz (2), Marquina, Bedia, Ermua, Lekeitio, Ortuella, Orozco, Berango, Amorebieta, Abadiano, Lejona Zaldivar, Marquina-Echevarría
Guipúzcoa: Anzuola, Regil, Oyartzun
Navarra: Lizur, Ansoain, Alsasua, Albizu (alcalde)
Barcelona: Sant Boi, Montcada, Teiá
Huelva: Nerva
Zaragoza: Tauste

EL primer trimestre del año 1979 marca el final del respiro de que ha disfrutado el Gobierno Giscard-Barre tras las elecciones de marzo de 1978. El auge de las luchas obreras en la siderurgia, y también en los seguros, en correos, el ferrocarril, la televisión, ha sacado a la luz la verdadera relación de fuerzas entre las clases y la debilidad de la base social del régimen.

El Gobierno había aprovechado la situación política creada con la división entre el PC y el PS, así como la reconstitución de su mayoría parlamentaria para acelerar la reestructuración de la economía capitalista francesa enfrentada a la agudización de la competencia internacional.

Durante el verano se multiplicaron los cierres de empresas y los despidos en el textil, los servicios de reparación y la construcción naval. Regiones enteras, apartadas de las zonas de concentración industrial, fueron dejadas en cuenta. Los trabajadores inmigrados se ven obligados a volver masivamente a sus países de origen. Paralelamente a estos ataques selectivos se ponen en tela de juicio algunas conquistas generales de la clase obrera: de acuerdo con las estadísticas oficiales, la progresión de los salarios en 1978 ha sido la menor de los últimos diez años la seguridad social está amenazada y el aumento de las cotizaciones ha comportado una sangría adicional de cerca del 2% en el poder adquisitivo de los trabajadores.

Frente a esta ofensiva a gran escala, las respuestas obreras fueron dispersas durante los tres últimos trimestres de 1978 particularmente debido a una táctica sindical destinada a evitar cualquier respuesta de conjunto.Esta situación quedó en evidencia sobre todo el 21 de diciembre de 1978, cuando el ataque gubernamental contra la seguridad social no provocó sino una respuesta irrisoria por parte tan sólo de la CGT (Confederación General de Trabajadores).

Con su política de división y de colaboración de clases, el PC y el PS, responsables directos de su fracaso electoral en marzo de 1978, no ofrecían ninguna solución política alternativa a la prosecución de la austeridad por el Gobierno Giscard-Barre. Trataron de

Francia

Movilizaciones obreras y crisis politica

Jean Claude BERNARD



La dinámica antigubernamental de las luchas es una de las nuevas características de la situación. Pero las direcciones obreras, lejos de aprovechar la división de los partidos burgueses, intentan oponerse a la centralización de las luchas y evitar la prueba de fuerzas atizando su propia división y practicando la colaboración de clases.

achacar sus propias responsabilidades a una pretendida ausencia de movilización obrera.

La siderurgia punto de apoyo de la resistencia obrera

La siderurgia ya había sufrido cerca de 10.000 supresiones de puestos de trabajo entre 1972 y 1978. En diciembre de este último año, el Gobierno anunció medidas que implicaban la supresión de 20.000 puestos de trabajo hasta 1980 tan sólo en las empresas siderúrgicas, sin contar con las repercusiones que afectarán a las empresas subsidiarias.

El Gobierno esperaba poder perpetrar este ataque sin toparse con ninguna resistencia seria por parte de los obreros. En 1977, el alto horno de Thionville, de construcción reciente, pudo ser cerrado en un momento en que la posibilidad de una victoria electoral de la Unión de la Izquierda contribuyó a desmovilizar de hecho a los trabajadores de la siderurgia lorenesa. La serie de fracasos reivindicativos, que venía sucediéndose desde hacía seis años, había provocado, por lo demás, la desafiliación de las organizaciones sindicales, pues el 55% de los afiliados cegetistas de la metalurgia del departamento de Mosela no renovaron sus carnets sindicales en mayo del 78, al igual que el 20% de los afiliados a la CFDT (Confederación Francesa Democrática de Trabajadores).

Pero lejos de llevar a una desmoralización duradera y profunda,esta situación generó una profundización de la protesta obrera, como ya habían confirmado las elecciones legislativas parciales de setiembre de 1978 en la circunscripción de la acería de Neuves-Maison, donde el presidente del Partido Radical, Jean-Jacques Servan-Schreiber, sufrió una aplastante derrota frente al ascenso electoral del PS.

La amplitud del movimiento de masas

Contrariamente a las esperanzas del Gobierno, el anuncio de los despidos en diciembre de 1978 dio la señal de alarma para una movilización que ahora se ha extendido a todos los bastiones siderúrgicos de Lorena. El sector de Longwy, condenado por las últimas medidas, es el corazón de esta resistencia, que grita *"¡No a los despidos!"*.

El 21 de enero de 1979 conoció una primera huelga general de toda la región lorenesa. No sólo encontró un eco total entre los siderúrgicos de Longwy y Thionville, sino también entre los mineros del hierro, el sector hullero y el conjunto de los servicios públicos. Sobre una población de 30.000 habitantes, 20.000 trabajadores se manifestaron en Longwy.

Las explosiones de violencia masiva como el ataque a la comisaría de Longwy contaron

con el apoyo de la gran mayoría de la población trabajadora. La dirección local de la CGT, a la vista del eco recibido, tuvo que echar en la cesta del olvido un primer comunicado en que denunciaba *"a los provocadores extraños a la clase obrera"*, y el PC precisó de cara a sus militantes que no había condenado públicamente esta iniciativa. *"Es una violencia comprendida y aceptada por el conjunto de los trabajadores"*, explicó el secretario de la Unión Local de la CGT a un periodista de *Rouge*.

El 16 de febrero hubo una huelga nacional de la siderurgia acompañada de una huelga general en la región del Norte y de las Ardenas. El movimiento se extencdió a sectores siderúrgicos todavía no afectados por los despidos, como los de Neuves-Maison, en el Sur de Lorena, de Dunkerque y de Fos, cerca de Marsella. Durante esta jornada, la ciudad de Longwy fue literalmente ocupada por los militantes sindicales: un millar de obreros habían colocado barreras en los puestos fronterizos con Bélgica y Luxemburgo, así como en todas las carreteras de acceso a la ciudad condenada. En todos los municipios de este perímetro se descolgaron los retratos del Presidente de la República de las paredes de los ayuntaientos. Se requisaron camiones, de común acuerdo con los camioneros, para bloquear los accesos a los supermercados cuyos patronos habían decidido abrirlos durante la jornada de huelga. También fueron ocupadas la central de correos, la Agencia Nacional para el Empleo y la estación del ferrocarril. Una radio obrera difundió los comunicados sindicales de la CFDT desde la sede ocupada de la unión patronal.

Fue la propia amplitud del movimiento de masas la que disuadió a las organizaciones sindicales de convocar una manifestación. Para la CGT se trataba de evitar los desbordamientos. Y en cuanto a la CFDT, era el reconocimiento de su incapacidad para ofrecer objetivos que estuvieran a la altura de la determinación obrera.

La persistente intransigencia gubernamental hizo que esta táctica resultara inoperante en Longwy. Una semana después de la huelga del 16 de febrero, bastó con una provocación policial —la evacuación de la emisora regional de televisión, ocupada por los siderúrgicos— para llevar a toda la ciudad de Longwy al borde de la explosión. Durante varias horas, centenares de obreros de la siderurgia organizaron un auténtico sitio de la comisaría, bloqueando los accesos con camiones y tratando de forzar las puertas. Las direcciones sindicales locales no tenían ni la voluntad ni la posibilidad de restablecer la calma Tuvo que intervenir directamente el diputado del PC de la circunscripción para convencer a los obreros de que levantaran el sitio después de haber negociado directamente con el prefecto del departamento.

Esta cólera obrera, exacerbada en Longwy, se manifiesta tambien en el Norte y particularmente en la cuenca de Denain, asimismo condenada a la desaparición por las decisiones del Gobierno. Se extiende a todos los sectores de la clase obrera amenazados con el despido y el cierre de empresas.

La táctica sindical en la siderurgia

Mientras que la influencia de la CGT y la CFDT en el ramo de la siderurgia es equivalente, la cuenca de Longwy es un "viejo" bastión obrero donde el PCF y la CGT tienen influencia mayoritaria. En una situación nacional en que la división se profundiza entre las confederaciones sindicaes, en Longwy funciona regularmente un organismo intersindical con la participación de todos los sindicatos. Este organismo decide las iniciativas, acpetadas unánimemente por los sindicatos, que a su vez son libres de desarrollar sus propias iniciativas. Esto es en Francia un funcionamiento insólito, pues de costumbre los organismos intersindicales tratan de controlar el conjunto de acciones reivindicativas en su terreno. Hasta ahora, el resultado ha sido una emulación activista en terrenos exteriores a la lucha en las fábricas: mientras la CFDT ocupa la central de correos, la CGT bloquea el ferrocarril y FO (Fuerza Obrera) y la CGC (Confederación General de Cuadros) se van a ocupar la embajada de Francia en Luxemburgo...

Esta emulación en el hostigamiento trata de ofrecer una respuesta a la cólera obrera al tiempo que de eludir las tareas inmediatas de centralizar y extender el movimiento al conjunto del ramo de la siderúrgia. Pero ello no impide que la multiplicación de estas "operaciones golpe de mano" aparezcan, a los ojos del resto de la clase obrera, como el signo de una determinación que contrasta con las confusas declaraciones de las direcciones confederales. Mientras que estas tratan de agarrarse a los calbes carcomidos que les echa el Gobierno para imponer una negociación que sólo abarca el terreno de la cobertura social de los despedidos, las uniones locales de Longwy se ven forzadas, hasta ahora, a proclamar su oposición resuelta a cualquier despido.

Las direcciones sindicales a nivel nacional hablan un lenguaje muy distinto. Han creído ver un paso adelante en la forma con que el ministro de Trabajo, Robert Boulin, las envió a discutir con el ministro de Industria. Fue el representante de la organización corporativista de los cuadros, la CGC, quien planteó tímidamente ante Robert Boulín la necesidad de establecer el rechazo de cualquier despido como condición previa para proseguir las negociaciones. La CGT, la CFDT y FO no lo plantean como condición previa y quieren abrir el expedinte de las soluciones industriales. Se trata de una discución alejada de las preocupaciones inmediatas de los obreros, y que abre la vía a compromisos en torno al problema crucial de los despidos.

La CGT se presenta como el portaestandarte del mantenimiento y del desarrollo del *"potencial siderúrgico nacional"*, lo que puede interpretarse de muy diversas maneras en materia de empleo. En cuanto a la CFDT, su federación metalúrgica está totalmente convencida de la necesidad de disminuir los efectivos de la siderurgia en nombre del realismo económico y de los imperativos derivados de la integración europea.

Descebar la prueba de fuerzas que se cierne sobre la siderurgia es una tarea difícil. La mayoría de la clase obrera se ve reflejada en la consigna *"No a los despidos"*. Al igual que se ve reflejada en la reivindicación avanzada por el conjunto de los sindicatos obreros de la siderurgia: la semana de 35 horas sin disminución del salario.

Después de la larga huelga de los siderúrgicos alemanes, los siderúrgicos franceses retoman masivamente esta reivindicación de reducción de la duración del trabajo, con el fin de distribuir el trabajo disponible entre todos y de aprovechar las innovaciones técnicas en un sentido favorable a los trabajadores.

Combinada con la creación de un quinto turno, en una industria en que casi todos los obreros productivos trabajan continuamente expuestos al fuego, la semana de 35 horas permitiría efectivamente oponerse a los despidos previstos. Es una reivindicación que permite la movilización obrera de un modo mucho más eficaz que unas negociaciones donde los expertos rivalizan en competencias industriales frente a la patronal y el Gobierno. Plantea la necesidad de una lucha internacional a escala europea, cuando los sectores decisivos de la clase obrera europea ya han hecho suya esta reivindicación.

El veneno del chauvinismo

Esta batalla por una coordinación europea de las luchas de la siderurgia es de suma importancia, máxime cuando el PCF profesa el peor de lol chovinismos. En nombre de la independencia nacional, el alcalde comunista de Longwy promulgó un decreto municipal por el que *"se prohibe el transporte de mineral y productos siderúrgicos provenientes del extranjero"* en el territorio de su municipio. Una célula del PCF publicó incluso un panfleto que exigía *"Francia para los franceses"*. La lucha actual es presentada como una repetición de las guerras imperialistas de 1914-1918 y de 1939-1945, y el PCF llama a los trabajadores franceses a acudir al frente para defender a la patria amenazada.

Esta propaganda chovinista encuentra eco entre las capas menos avanzadas de los trabajadores de Lorena. Pero choca también con la creciente exigencia de una solidaridad efectiva de la clase obrera eu-

ropea. La situación geográfica de Lorena, en el cruce de las fronteras "nacionales" de Francia, Bélgica y Luxemburgo, hace que un número creciente de trabajadores fronterizos tengan que soportar los mismos costes de la misma crisis económica, y favorece esta toma de conciencia.

La reunión celebrada a comienzos de febrero por un "Comité de las tres fronteras", que engloba a sindicalistas de los tres países, es ya una prueba. Y el mitin organizado el 23 de febrero, en Luxemburgo, por las secciones belga, alemana, francesa y luxemburguesa de la IV Internacional, con Jacob Moneta, forma parte de esta batalla indispensable.

La tendencia a la extensión de las luchas y la táctica de las direcciones obreras

La resistencia abierta de los obreros siderúrgicos constituye un punto de apoyo para la extensión de las luchas obreras. Se ha combinado con el inicio de otra lucha de larga duración, la de los trabajadores de la televisión. Evidentemente, este sector es menos numeroso y está menos vinculado a las tradiciones históricas de la clase obrera. Pero esto no quita que la huelga de la televisión afecte al conjunto de la población y no puede ser ahogada por los medios de comunicación. Es una señal tangible de una resistencia abierta y prolongada a las medidas de rentabilización que comportan despidos. Esta situación objetiva explica también por que en la empresa de producción de programas televisados, la SFP, los llamamientos a una coordinación de las luchas han sido más explícitos que en ninguna otra parte. Una comisión de popularización permite establecer relaciones horizontales entre las empresas movilizadas contra los ataques de la patronal y el Gobierno.

Siguiendo ritmos todavía diferenciados, otros ramos se ponen en movimiento. Los trabajadores de Correos y Telecomunicaciones constituyen desde hace varios años un sector particularmente combativo, a causa de la afluencia de jóvenes trabajadores y de un deterioro de las condiciones de trabajo. Su huelga general de otoño de 1974, pocos meses después de la elección de Giscard, ya había demostrado la fuerza de su movimiento . Durante el otoño de 1978, las direcciones sindicales multiplicaron las jornadas de acción, que se agotaron rápidamente debido a la ineficacia manifiesta de esta forma de lucha. La misma rapidez con que se ha desarrollado esta desconfianza hacia estas jornadas de acción es un indicio de la maduración del descontento y de la conciencia de los trabajadores de este ramo.

Al mismo tiempo se alternaban acciones aisladas pero masivas, particularmente en el sector de los centros de clasificación. El cambio de coyuntura se ha concretado en la extensión de estas luchas a la mayoría de centros de clasificación de la región parisina, aunque a nivel central no se haya lanzado ningún llamamiento a la huelga por parte de las direcciones sindicales.

En este ramo, que depende del sector público y que está menos expuesto, en un futuro inmediato, a las repercusiones del aumento del paro, las reivindicaciones avanzadas convergen con las de otros sectores de la clase obrera: las 35 horas de inmediato sin reducción del salario y la exigencia de aumentar la plantilla permiten, en efecto, que todos se vean identificados.

En el sector de los seguros y el ferrocarril, las movilizaciones actuales adquieren asímismo una importancia no igualada en los últimos años. En todos estos sectores, la agitación a favor de una movilización de todos a una, de una huelga general, encuentra un eco creciente.

Esta extensión de las luchas por ramos se combina con movilizaciones regionales importantes. En torno a la siderurgia tuvieron lugar huelgas generales interprofesionales de 24 horas en las regiones del Norte y de Lorena, y comportaron manifestaciones de masas de una amplitud jamás alcanzada desde 1968. En las regiones del Ródano, la Loire, la Loire Atlántica y en Nantes también se produjeron manifestaciones de masas.

De este modo, con la excepción de la región de París y de Marsella, todas las principales concentraciones industriales han visto demostraciones de fuerza de los trabajadores. Es un signo incontestable de la tendencia a la extensión de las movilizaciones obreras, que trata de expresarse cuando las organizaciones sindicales proponen iniciativas que tienen un carácter masivo.

La dinámica antigubernamental de estas luchas constituye una característica nueva de la coyuntura actual. Esta voluntad de tomarla con el Gobierno aparece claramente en la siderurgia, donde después de la intervención estatal en sectores a liquidar o reestructurar, son Giscard y Barre los que aparecen como los principales responsables de los despidos. El hecho de que los edificioes públicos, y particularmente las comisarías, sean objeto de ataques por parte de los obreros en lucha, es una prueba de esta voluntad de enfrentarse directamente a los representantes del poder.

La posibilidad de que caiga el Gobierno Giscard-Barre gracias a la movilización obrera encuentra, por consiguiente, un eco creciente, pues aparece como el medio para satisfacer las reivindicaciones basadas en el rechazo de cualquier despido y en la reducción de la semana laboral a 35 horas. El alcalde de Longwy, militante del PCF, tuvo que hacerse eco de esta aspiración, que empieza a revestir un carácter de masas, declarando a un periodista de *Rouge: "Este Gobierno debe largarse lo antes posible"*.

La generalización de estas movilizaciones, sin embargo, no será lineal ni progresiva, debido a los obstáculos levantados por las direcciones obreras en el camino hacia una movilización de conjunto, que desembocaría en una prueba de fuerzas con el Gobierno. Estas direcciones ya no tienen la excusa de una hipotética victoria de la Unión de la Izquierda para justificar su política.

Invirtiendo aparentemente su argumentación, explican ahora su rechazo de una generalización de las luchas contra el Gobierno aduciendo la ausencia de una salida política, que convertiría toda prueba de fuerzas en una *"aventura"*, según la expresión del responsable de la CFDT para la metalurgia. La perpetuación de la división política entre el PCF y el PS va evidentemente en apoyo de esta explicación. Sobre esta base, la división sindical se incrementa entre las confederaciones, aunque la amplitud de las luchas obliga a las uniones locales o regionales a establecer un marco unitario.

La CFDT ve cómo su dirección se esfuerza en "recentrarse", es decir, en efectuar abiertamente el viraje colaboracionista en toda la confederación. Esta nueva táctica sindical se basa en la hipótesis de una crisis económica prolongada en cuyo transcurso los sindicatos deberán proponer sacrificios a los trabajadores, siguiendo el ejemplo italiano.

Es obvio que la ola de luchas coge desprevenida a la dirección de la CFDT, en la medida en que está en una posición más delicada para imponer su política. Pero la mantiene, pues descansa en el pronóstico de que a medio plazo la CGT se verá obligada a subir al carro, dado que la central mayoritaria tampoco desea un enfrentamiento con el Gobierno. Esta orientación lleva a la dirección de la CFDT a rechazar explícitamente toda centralización de las luchas y a dar la espalda a toda unidad de acción sindical. La CFDT quisiera abrir la discusión con la patronal y el Gobierno en torno a las soluciones industriales realistas, y por el momento se contenta con los tratos en las antecámaras ministeriales, según las indiscreciones complacientemente reveladas por la prensa patronal.

En cuanto a la CGT, se encuentra en una situación coyuntural favorable, en que puede cebarse en declaraciones unitarias sin consecuencias prácticas, vista la actitud de los demás sindicatos. En los sectores más movilizados se agudiza cada vez más la contradicción entre unas declaraciones verbales combativas y una práctica encaminada a canalizar las luchas dentro de unos límites compatibles con el mantenimiento del régimen. De ahí que su táctica sindical se organice en torno a jornadas de acción esporádicas que pueden servir de válvula de escape del descontento, y que rechace cualquier forma concreta de coordinación entre los sectores que ya es-

tán movilizados.

Estas tácticas que aplican las confederaciones sindicales no responden a las exigencias que se derivan de las características de las luchas actuales. En esta situación, la propuesta de organizar una marcha unitaria e interprofesional contra el Gobierno y por la satisfacción de las reivindicaciones aparece como una iniciativa de masas que puede permitir la centralización de las luchas, exigida por su refuerzo y su desarrollo. Lanzada por las uniones departamentales de la CGT de la región del Norte, de la Loire y de Lorena, esta propuesta, ha despertado un eco que traduce las aspiraciones a una convergencia de las luchas obreras.

Para las direcciones sindicales, entre ellas la CGT, que se niegan a emprender una prueba de fuerzas con el Gobierno, el éxito masivo de una marcha unitaria e interprofesional a París conllevaría una dinámica cuyo control sería delicado. Es por ello que en torno a esta iniciativa se han producido maniobras destinadas a quitarle su carácter unitario, interprofesional y antigubernamental.

La CFDT y FO han denunciado toda iniciativa que revista un carácter político, es decir, que vaya contra el Gobierno. Así, la federación del metal de FO ha roto las relaciones unitarias intersindicales que se habían establecido en este ramo. La audiencia de masas de que goza la CFDT la obliga a observar una táctica más sutil, aunque con vistas al mismo objetivo. En nombre del rechazo de toda aventura, la CFDT ha batallado por que la marcha prevista sólo englobe a los siderúrgicos, para evitar, según ella, que sus reivindicaciones específicas se ahoguen en un marco más amplio.

De este modo, la CGT resulta ser la única que defiende la idea de una marcha, y ha limitado su carácter interprofesional a las regiones del Norte y de Lorena. De polémica en polémica, la división se ha traducido en la propuesta de dos fechas distintas, una por parte de la CGT, otra por parte de la CFDT, con una semana de diferencia. Todavía es posible un acuerdo de última hora, pero está claro que se ha hecho todo para que las divisiones que se han producido repercutan en la amplitud de la movilización.

El descaro de estas maniobras de diversión en la cumbre de las confederaciones demuestra, a su manera, los esfuerzos que hay que hacer para contener la resistencia obrera a la austeridad dentro de unos límites compatibles con el mantenimiento del régimen y del Gobierno. Dado que la cuestión del Gobierno empieza a ser debatida en las luchas actuales y que el PC y el PS no desean una salida política, las direcciones obreras tratan de desviar las movilizaciones actuales hacia el juego parlamentario, legitimando de este modo la Asamblea Nacional elegida gracias a la división de marzo de 1978.

El ascenso de las luchas obreras y la maduración de la crisis política

El respiro concedido al Gobierno Giscard-Barre durante nueve meses se ha agotado. Su continuidad, después de las elecciones de marzo de 1978, pareció consagrar la victoria de Giscard, según todos los comentaristas burgueses y los dirigentes de las organizaciones obreras, que se habían precipitado al Elíseo para dejar constancia de su fidelidad al Presidente.

Sin embargo, los factores que explicaban el desarrollo de la crisis de las instituciones de la V República seguían ahí, empezando por el mantenimiento de la relación de fuerzas entre las clases que un resultado electoral por sí sólo no podía cambiar. Son estos mismos factores los que explican por qué Giscard no ha logrado imponerse, a pesar de los resultados electorales, evidenciando su fragilidad al aparecer la primera oleada seria de luchas obreras.

La división de la burguesía, entre las fuerzas vinculadas al Presidente de la República y los gaullistas del RPR de Jacques Chirac, sigue con toda vitalidad. Toda coyuntura que revele la fuerza del movimiento obrero le demuestra a la burguesía la necesidad de contar con partidos implantados. Sin embargo, Giscard aún no ha logrado hacer de su partido, la UDF, otra cosa que un mosaico de notables y de grupúsculos sin implantación real. En cambio, el RPR sigue siendo el único partido burgués que dispone de esta implantación indispensable en los momentos de una importante sacudida de la lucha de clases.

La oposición del RPR a la política del Gobierno es cada vez más vigorosa, atacando tanto las opciones europeas de Giscard como su política económica. Los límites de esta oposición siguen estando marcados por la imposibilidad para Chirac de abrir una crisis gubernamental que desemboque en nuevas elecciones y por la posibilidad, siempre abierta, de que hubiera una mayoría para el PS y el PC. Ello no quita que la escalada verbal del RPR atestigüe la debilidad social de un Gobierno que sólo puede contar con el apoyo de un único partido, que representa solamente el 20% del cuerpo electoral.

Mientras que la influencia del Presidente de la República se ve protegida tradicionalmente por la colocación en primera línea de un Primer Ministro que puede ser sustituído a discreción por el Presidente, Raymond Barre desempeña cada vez menos su función de pantalla. El descontento de los trabajadores se proyecta directamente sobre el Presidente de la República, piedra angular de las instituciones de la V República. Esta debilidad política hace que el Gobierno parezca vulnerable a los ojos de un número creciente de trabajadores.

Mientras que las divisiones de la burguesía crean una situación objetivamente favorable a los trabajadores, las direcciones obreras tratan de aprovecharla para darle mayor importancia a la Asamblea Nacional. Desde el mismo comienzo de la ola de huelgas de este invierno, el PCF y el PS han reclamado la convocatoria de la Asamblea Nacional en sesión extraordinaria, como si esta sesión pudiera servir a la satisfacción de las reivindicaciones. Su propuesta tuvo eco cuando también Chirac reclamó esta convocatoria. Así, los diputados del PCF y del PS tuvieron que firmar el texto de la solicitud de convocatoria redactado por ese campeón del enfrentamiento con el movimiento obrero que es el presidnete del RPR. Mientras que el PCF rechaza todo encuentro con el PS, so pretexto de que se ha ido a la derecha, el secretario general del PCF ha propuesto una reunión conjunta a los presidentes de los grupos parlamentarios del PCF, del PS y del RPR. Tan audaz iniciativa unitaria no le impedirá al PCF ni al PS presentar por vez primera en la historia de la V República dos mociones de censura separadas en la misma sesión parlamentaria.

El desvío de las luchas hacia el atolladero del juego parlamentario tiene por objeto ofrecer como salida el apoyo a los diputados de uno de los dos partidos obreros, que pretenden defender mejor que el otro los intereses de los trabajadores en la tribuna de una asamblea cuya mayoría sigue siendo la misma gracias a la división. De este modo, el PCF y el PS subrayan que se niegan a presentar su candidatura al Gobierno y que están dispuestos a dejar que Giscard aplique su política antiobrera hasta que finalice su mandato en 1981. Esta política sólo es viable si el movimiento de masas es suficientemente limitado como para no exigir el cambio de Gobierno a fin de obtener la satisfacción de las reivindicaciones.

El objetivo de un desarrollo del movimiento de masas que obligue al PCF y al PS a presentar su candidatura al Gobierno, responde a los interrogantes cada vez más fuertes que se plantean partes significativas del movimiento obrero en relación con la necesaria salida política a las luchas actuales. Cuando las luchas de masas se lanzan para rechazar los despidos y todos los ataques contra las conquistas de la clase obrera, el Gobierno Giscard-Barre aparece cada vez más como el responsable directo. Hay que prepararse para derribarlo mediante la huelga general.

Estas son las primeras lecciones del ascenso de las luchas obreras, que ha venido a confirmar la naturaleza de la relación de fuerzas entre las clases y la debilidad política de un Gobierno que se alzó cn una victoria electoral, hace menos de un año, debido a la división de las organizaciones obreras. ■

Oriente medio

La naturaleza del periodo actual

Parte segunda: La restructuración de la sociedad árabe

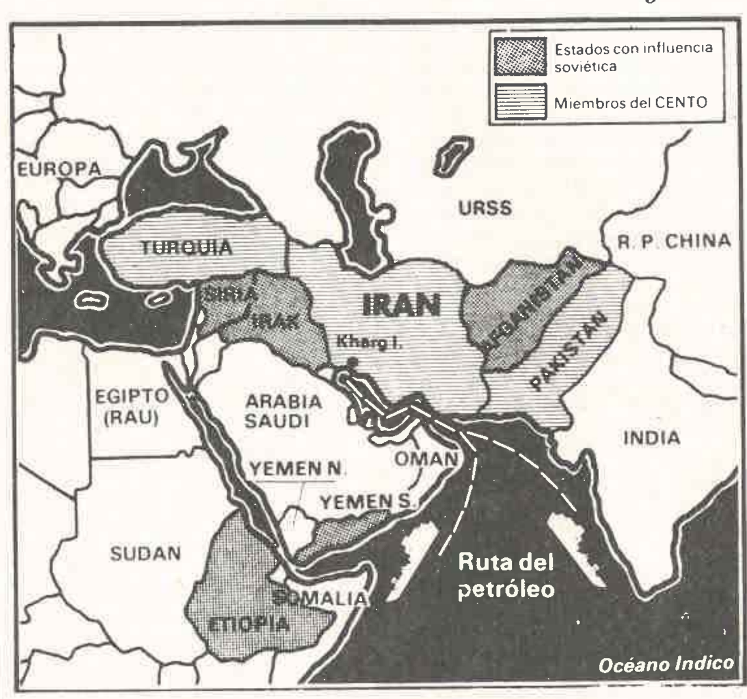
• M. JAFAR

LAS economías de muchos países árabes conocen actualmente una serie de rápidas transformaciones que preparan el surgimiento de nuevas relaciones entre las clases, que a su vez revolucionarán la política árabe en los próximos decenios.

La expansión del gasto público y privado, y la intención sincera de las clases dominantes árabes de modernizar su infraestructura y de industrializar sus economías, se han convertido durante los últimos años en una importante fuerza motriz que impulsa a marchas forzadas el desarrollo del capitalismo en esta región. Esto significa, ante todo, que paralelamente a la expansión de las burguesías árabes (como ya hemos visto en la parte primera –ver INPRECOR nº. 3), se forman clases sociales modernas, en primer lugar un proletariado árabe, cuyo peso en cada país será proporcionalmente mucho mayor que jamás anteriormente.

Además, la verdadera naturaleza de este proceso de industrialización excluye la posibilidad de un aumento a largo plazo de la tasa de acumulación de capital en la industria, cuando las rentas del petróleo empiecen a descender, y de hecho prolonga la dependencia de las economías árabes con respecto al sistema capitalista mundial. Estos elementos son fundamentales y nuevos, y caracterizan el periodo que se abre actualmente en Oriente Medio.

Podemos resumir esta caracterización en tres aspectos: a) la estructura social de los países árabes hasta comienzos de los años 70; b) la extensión de la nueva industrialización; c) su naturaleza y las limitaciones que lleva inherentes.



Las transformaciones de la economía de la mayor parte de los países árabes, si bien comportan una mayor industrialización, excluyen, por su propia naturaleza, la posibilidad de un aumento a largo plazo de la tasa de acumulación de capital en la industria cuando las rentas del petróleo empiecen a bajar. De hecho prolongan la dependencia de las economías árabes con respecto al sistema capitalista mundial.

La estructura social hasta comienzos de los años 70

Curiosamente, y a pesar de su proximidad con respecto a la Europa capitalista, la región árabe no emprendió un proceso de industrialización, siquiera muy modesto, sino muy tarde, en comparación, por ejemplo, con la Rusia zarista o incluso América Latina. Aparte de Egipto, resulta difícil hablar de industrialización en el *Mashrek* incluso antes de la Segunda Guerra Mundial, salvo en forma muy embrionaria. La clase obrera como tal apenas empezaba a formarse en torno al ferrocarril, en los puertos y otros sectores vinculados a la infraestructura. Prácticamente no existía una clase obrera industrial, moderna, concentrada y numéricamente significativa. Las clases dominantes estaban vinculadas a la tierra y la burguesía tenía un carácter servil y *comprador*.

Durante la Segunda Guerra Mundial y los dos decenios siguientes, este cuadro se ha transformado. En casi todos los países árabes han surgido industrias modernas en la minería, los materiales de construcción, la alimentación, el textil y algunos productos de consumo (papel, calzado, cigarrillos, jabón, etc.). En particular el nivel de urbanización, que se había iniciado mucho antes (en el último cuarto del siglo XIX en algunas zonas del mundo árabe), alcanzó proporciones muy importantes en muchos países. En Irak, por ejemplo, la población urbana pasó del 24% de la población total en 1905, al 38% en 1947 y al 58% en 1979. La población urbana siria, que era la más importante, ha sido estimada por Issawi en un 20-25% en 1914; pasó a representar cerca del 50% a comienzos de los años 70.

En el cuadro 1 se resume la estructura social de varios países árabes a finales de los años 60 y comienzos de los 70. Este cuadro muestra claramente que a pesar de la urbanización y la industrialización que tuvieron lugar desde la Segunda Guerra Mundial, a comienzos de los años 70 el tamaño de la clase obrera moderna todavía era muy reducido, tanto en términos absolutos como relativos, siendo Egipto una excepción parcial. Para empezar, el porcentaje de la población activa es ya inferior al normal en otras economías capitalistas atrasadas, lo que probablemente refleja un nivel particularmente bajo de participación de las mujeres.

Si sumamos las categorías II, III y IV de los cuatro países, lo que da una idea muy aproximada del tamaño de la clase obrera en la industria y la infraestructura, veremos que el total, de unos 2,5 millones de personas, sólo representa alrededor del 20% de la población activa. Las cifras relativas a la industria comprenden a los pequeños artesanos y a los obreros artesanos, que constituyen una proporción importante de la categoría II, particularmente en Siria. En cuanto a Irak, es sabido que alrededor del 50% de los empleados de la industria trabajan en empresas de menos de 50 obreros, y la aplastante mayoría de ellos lo hacen en empresas de menos de 10 trabajadores. En Egipto, un estudio realizado en 1967 revelaba que había 283.000 personas que trabajaban en 144.090 empresas de menos de 10 obreros.

Existe, por supuesto, una tendencia a la disminución del pequeño artesanado, tanto en términos de proporciones numéricas relativas como

sobre todo en su contribución total en valor a la producción industrial. Sin embargo, este sector todavía era significativo a finales de los años 60, y si tenemos esto en cuenta, resulta que la envergadura de la clase obrera moderna, vinculada a la industria y a la infraestructura en el conjunto del *Mashrek*, incluyendo a Egipto, el Líbano, Yemen y los países del Golfo, debe ser de unos 2 millones de personas; y más de la mitad de estos trabajadores están concentrados en Egipto, particularmente en el pequeño triángulo entre El Cairo, Alejandría e Ismailia. Esto es extraordinariamente bajo para una población de unos 65 millones de personas, de las que más de la mitad habitan en ciudades.

El cuadro 1 muestra asímismo que las personas que trabajan en el comercio al detalle, los servicios y los empleos públicos improductivos de una u otra clase (las categorías V, VI y VII) constituyen una amplia mayoría, casi aplastante, de la población activa urbana, incluso en el país más industrializado, Egipto.

Habría que establecer una distinción entre los empleados públicos, por un lado, y las funciones tradicionales de la pequeña burguesía urbana, por otro (comercio al por menor, servicios personales, venta ambulante, etc.). Estos sectores han conocido un crecimiento fenomenal durante los años 60, y está claro que son los que absorben primordialmente a los nuevos emigrantes rurales. La expansión de la burocracia estatal ha sido particularmente fuerte, como demuestran las cifras del cuadro 2, que no incluyen al ejército.

Si consideramos la política árabe de los últimos años a la luz de esta estructura social, resultará má fácil comprender algunos de sus rasgos característicos:

1. El predominio de las cuestiones urbanas sobre las rurales en la política interior refleja el alto nivel de urbanización, así como el hecho de que los primeros que abandonaban el campo eran generalmente las capas más activas –los jóvenes. En este sentido, las regiones rurales del mundo árabe no sólo han perdido habitantes, en general, sino que se han visto privadas, más específicamente, de aquellos que podrían haber ejercido un peso político más allá de los confines locales.

2. La ausencia relativa –en comparación, por ejemplo, con los países latinoamericanos (Chile, Argentina, Brasil, etc.)– de formas tradicionales de conciencia política proletaria, no sólo es un reflejo de la mayor tardanza del proceso de industrialización, sino también del hecho de que la clase obrera que iba formándose estaba dispersa y crecía a un ritmo mucho más lento que la pequeña burguesía urbana, los empleados públicos de cuello blanco, el aparato de Estado (incluído el ejército, que en la mayoría de países árabes es más grande que la clase obrera industrial), y los empleos improductivos en general. En un país como Egipto, esta situación era más o menos equivalente a la de otros muchos países capitalistas subdesarrollados. Pero en Irak, por ejemplo, y en los demás países árabes productores de petróleo, el carácter más pronunciado de estos rasgos de la estructura social es la expresión de una deformación acentuada, debida a los efectos de la fuente "rentista" de la renta nacional –las rentas del petróleo– y a la ausencia de una industrialización significativa.

3. La hegemonía del nacionalismo radical entre las masas árabes, ya sea en su forma pan-árabe (nasserismo, baasismo), ya en una forma más regional (el nacionalismo palestino), desde la Segunda Guerra Mundial, puede considerarse como un reflejo ideológico de la preponderancia numérica de la pequeña burguesía en las ciudades, y del hecho de que las múltiples capas que componen esta clase heterogénea han carecido, durante un periodo prolongado, de dirección alguna por parte de las burguesías árabes, entendidas como clases sociales realmente constituidas y físicamente presentes. Estas burguesías, cuando existían, fueron generalmente expropiadas por el Estado después de los golpes militares que establecieron gobiernos encaminados a actuar en su nombre.

El nacionalismo palestino es en realidad una variante específica de este fenómeno general. En este caso, la base social del movimiento de resistencia palestino –los refugiados– era marginal en relación a las economías de los países donde habitaba. No existe, por supuesto, ninguna burguesía palestina (desde 1948) que explote a trabajadores palestinos, aunque haya muchos burgueses libaneses, kuwaitianos y jordanos de origen palestino.

Esta particular combinación de una burguesía prácticamente inexistente, de una clase obrera pequeña, de un campesinado en declive, de una pequeña burguesía heterogénea y de un aparato estatal burocrático numeroso y creciente, constituyen los factores sociales que han facilitado, en la situación política del periodo (conflicto árabe-israelí, Suez, etc.), la emergencia de una cultura nacionalista de masas en la región. Existe también una componente histórica importante en la hegemonia nacionalista, pero su tratamiento excede el marco de este ensayo.

Cuadro 2

Año	Egipto	Irak
1930	–	8.000
1947	310.000	?
1960	770.000	207.000
1967	1.035.000	318.908

Cuadro 1

POBLACION TOTAL, POBLACION ACTIVA Y EMPLEO POR SECTORES

Año	Egipto 1969/1970	Irak 1970	Jordania 1972	Siria 1972
Población	33.200.000	9.500.000	1.720.000	6.500.000
Población activa (en %)	25	28	22	25
Población urbana (en %)	43	58	60	+ de 45
I. Agricultura	4.048.300	1.385.700	120.000	901.900
(en %)	49	52	32	55
II. Industria	938.900	179.000	30.000	203.000
(en %)	11	7	8	13
III. Construcción	387.900	67.000	25.000	99.000
(en %)	5	2,5	7	6,1
IV. Transportes y Comunic.	347.200	150.000	12.000	63.400
(en %)	4	5,6	3	3,9
V. Comercio	801.700	150.000	25.000	136.500
(en %)	10	5,6	7	8,4
VI. Servicios	1.750.700	300.000	58.000	221.000
(en %)	21	11,2	16	13,6
VII. Otros (ejército y diversos)	?	275.000	70.000	?
(en %)		10,4	19	
VIII. Parados	?	158.200	30.000	estimado
(en %)		5,9	8	4,7
Total población activa	8.274.700 (sin ejército)	2.664.900	370.000	1.625.000 (sin ejército ni parados)

El alcance de la nueva industrialización

Está totalmente fuera de lugar, sería fútil e incluso anticuado dudar de la sincera intención de las clases dominantes árabes de industrializar y modernizar sus economías atrasadas. Otro problema, por supuesto, es el de saber si lo lograrán, hasta qué punto y qué precio deberán pagar las masas. Sin embargo, la evidencia de las prioridades del desarrollo, de las inversiones actuales y previstas, de la envergadura de los recursos, de los proyectos incitativos, etc., no puede ser mayor. Cualquiera que sea el país árabe del que hablemos (Arabia Saudita, Irak, Siria, los Estados del Golfo...), no cabe la

menor duda de que particularmente el aparato de Estado ve su porvenir, y el de la clase que representa, en el desarrollo de una economía capitalista más industrializada. Es cierto que aunque esto está claro desde hace ya bastante tiempo, todavía no ha dado resultados importantes.

Desde el aumento del precio del petróleo en 1973 ha habido un salto cualitativo en la envergadura de los recursos efectivamente invertidos en la industria, sobre todo en los países productores de petróleo. Veámos un ejemplo.

En Irak, el plan económico quinquenal de 1971-1975 asignó a la industria 28 millones de dinares (un dinar iraquí equivalía entonces más o menos a una libra esterlina). En la época esto se consideraba una suma elevada, en comparación con las asignaciones precedentes. El *Economist Intelligence Unit* calculó que durante los primeros años de este plan quinquenal sólo se gastó el 50% de los que se había planificado. Posteriormente se observó una tendencia aparente a conformarse más el plan. De todas maneras, en 1975 el plan fue sustituído por un nuevo programa que asignaba, para los nueve meses restantes, la suma de 668,5 millones de dinares, de los que se invirtieron efectivamente más de 500 millones. En otras palabras, durante nueve meses se han gastado efectivamente más del triple de la suma que había sido planificada para las inversiones industriales para el conjunto de los nueve años precedentes. El nuevo plan, para 1975-1980, asignó unos 28.000 millones de dólares para gastos de inversión, que se distribuyen del siguiente modo (en miles de millones de dólares):

Agricultura	10,5
Industria	10,5
Educación	3,5
Transporte	2,5
Construcción	1,0

En la práctica, las inversiones efectuadas en la agricultura descienden en relación con las de la industria. Así, en 1976-1977, la industria absorbió el triple del importe asignado a la agricultura, y el régimen del partido Baas, después de dudar un poco al principio, ha aceptado ahora como inevitable la estructura demográfica urbanizada que existen en el país.

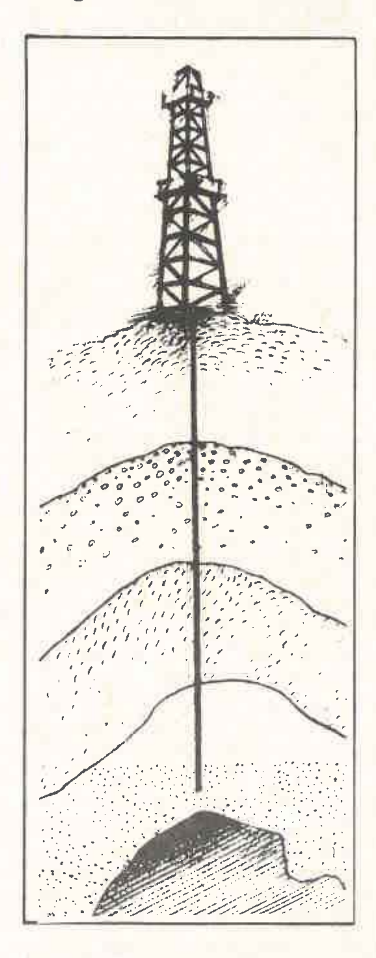
Cada vez es más evidente que la producción agraria en Irak, si se desarrolla verdaderamente, lo hará cada vez más en dependencia de las grandes empresas, utilizando técnicas modernas e incluso, cuando sea necesario, trabajadores inmigrados (Irak ya ha hecho el experimento, trayendo miles de familias de campesinos egipcios durante los últimos dos años). La aniquilación del poder de la aristocracia terrateniente en 1958 y el hundimiento completo de la producción agrícola durante los 15 años posteriores, y ante la incapacidad del Estado para tomar el relevo de esta clase en sus funciones tradicionales de administración y de venta, ha comportado un incremento enorme de las importaciones de alimentos, financiado con las rentas del petróleo, y ha acelerado la emigración del campo a la ciudad. Ello ha despoblado virtualmente el campo irakí, hasta tal punto que hoy en día las dos terceras partes de la población habitan en las ciudades.

Este fenómeno se ha reproducido, con variantes, en todos los principales países productores de petróleo.

El tamaño de las empresas

Otro aspecto de este salto adelante en las inversiones industriales está en la comparación del tipo y el tamaño de las industrias en los años 60 y 70. En 1964, cuando en Irak se nacionalizaron las 27 empresas más importantes de la industria no petrolífera, su valor neto se calculó en 18,5 millones de dinares iraquíes.

Estas pequeñas empresas deben compararse con la generación industrial de los años 70: un complejo industrial en Jor Al Yubair, al Sur de Irak, comprende una fundición con una capacidad de 400.000 toneladas de hierro anuales, y cuyo valor se estima en 40,5 millones de dinares; su ampliación hasta una capacidad de 1,2 millones de toneladas anuales, se ha evaluado en 62 millones de dinares; la construcción de una fábrica de aluminio en Nassiriyah, con una capacidad de 16.000 toneladas anuales; la importante expansión de la producción petroquímica, que comprende varias empresas de abonos; el incremento de la capacidad de refino del petróleo, con la creación de una refinería con una capacidad de 10 millones de toneladas anuales, lo que va a cuadruplicar la capacidad de refino de Irak en comparación con la de 1974; la creación de una fábrica de montaje de automóviles en Eskandriyah y de otra en Suwairah; el importante incremento de la capacidad de producción de cemento con la construcción de fábricas cuya capacidad es cuatro o cinco veces superior a la de las fábricas de la anterior generación...



Todo ello no son sino algunos ejemplos de los proyectos más importantes. Podríamos prolongar mucho la lista de inversiones del Estado en industrias de talla media o pequeña, ya sea en el sector de material de construcción, en la industria alimenticia o en la de bienes de consumo, que es donde se centran las inversiones de esta categoría.

Por desgracia es aún demasiado pronto para determinar en términos estadísticos las repercusiones exactas de este tipo de industrias, en un país como Irak, sobre el crecimiento absoluto y relativo de la clase obrera industrial, de los empleados, etc. No hay información disponible, y si la hay, no es accesible al público.

Sin embargo, no hay equivocación posible en cuanto a la tendencia general. Irak emprende actualmente una importante expansión de su industria y de su infraestructura, en comparación con los años 50 y 60, y procede a una completa revisión de lo que queda de su estructura agrícola tradicional. Estos procesos no podrán llevarse a cabo sin fuertes cambios sociales ni dislocaciones, ni sin una reestructuración de las clases sociales en el campo, a una escala sin precedentes en la historia del país en el siglo XX.

Lo mismo puede decirse de todos los países árabes productores de petróleo, incluídos los países del Golfo, a pesar de su escasez de población. La mayor tajada se la lleva, por supuesto, la expansión de la infraestructura, sobre todo los puertos, aeropuertos, redes de telecomunicación y carreteras. Sin embargo, la industria ha absorbido sumas enormes.

En los Emiratos, por ejemplo, la zona industrial libre de Jebel Ali está en pleno desarrollo, y uno de los principales proyectos en curso consiste en una fábrica de fusión de aluminio con una capacidad inicial de 135.000 toneladas anuales, que deberá ampliarse a 180.000 toneladas. Este proyecto (financiado con préstamos en eurodólares, no mediante subvenciones del Estado) está realizándose bajo la dirección de la *Dubai Aluminium Company*, que –y esto es significativo– es privada en un 20% y en la que hay participación norteamericana y japonesa, con el fin de asegurar los mercados futuros. En la zona de Jebel Ali ya funcionan centrales eléctricas y fábricas químicas, y acaba de terminar la construcción de una fábrica de cemento de 63 millones de dólares, que es propiedad privada y tiene una capacidad de 500.000 toneladas anuales.

Sin embargo, Arabia Saudita es el país que más atención merecerá en los próximos años. Las inversiones indus-

triales fueron bajas en 1976-1977, en comparación con el gasto global. Sin embargo, tendrán que aumentar enormemente en el próximo futuro. Actualmente están construyéndose dos enormes complejos industriales en Yanbo, en el oeste de la península, y en Juabail, en el este. Unos oleoductos y gasoductos atravesarán el desierto para unir entre sí los dos complejos, y finalmente está previsto que pasen a través del mar Rojo y Egipto para llevar el petróleo y el gas hasta el Mediterráneo. La envergadura del proyecto sólo puede compararse con la del oleoducto de Alaska, que en la época estaba considerado como el proyecto de construcción civil más grande. Bajo los auspicios del ministerio de Industria y Electricidad, se han asignado 2.800 millones de dólares a la Corporación de Industrias de Base, especialmente creada para hacerse cargo de todas las industrias pesadas, salvo el refino de petróleo, en los centros de Yanbo y Jubail.

Además de los grandes países productores de petróleo, las gigantescas sumas invertidas actualmente en el conjunto de los países árabes repercuten en los países vecinos, algunos de los cuales no tienen una economía completamente estructurada en torno a la producción de petróleo, como Jordania y Siria. No hay que olvidar que Siria no sólo es autosuficiente en petróleo, sino que además ganó 500 millones de dólares gracias a su exportación de petróleo en 1974. Además, debido a los daños sufridos por la guerra de octubre, que se estimaron en 1.000 millones de dólares, Siria recibió en 1974 y 1975 la ayuda de los países del Golfo, en forma de préstamos y subvenciones, que compensan con creces dichas pérdidas. Su presupuesto para 1976, por ejemplo, fue de lejos el más elevado de su historia moderna, con unas asignaciones a la industria que supera en un 84% las de 1975 y que representan el 28% del total del gasto público de ese mismo año (es decir, aproximadamente 1.200 millones de dólares).

El tipo de industrialización y sus limitaciones

Los proyectos descritos en los ejemplos que hemos dado presentan todos las siguientes características:

1. Cada nuevo proyecto tiende a ser enorme en cuanto a la inversión inicial necesaria para realizarlo. En todo caso, su envergadura no guarda proporción con la estructura industrial existente y con lo que se consideraba como grande en los países árabes hasta comienzos de los años 70. Esta diferencia de tamaño refuerza una tendencia ya predominante en las economías capitalistas atrasadas (sobre todo en los países productores de petróleo), hacia una compartimentación en enclaves de "grandes" y "pequeñas" industrias, desvinculadas entre sí. Ello reduce en buena medida el efecto multiplicador de estas industrias en la economía, limitando el desarrollo del mercado local, cuya ampliación constituye evidentemente un requisito fundamental para lograr una industrialización a largo plazo.

2. Los proyectos presentan generalmente un valor muy elevado del capital fijo (particularmente en la petroquímica). Estos significa que para su funcionamiento sólo requieren un número relativamente bajo de obreros altamente cualificados. Por otro lado, para funcionar de un modo rentable, necesitan una infraestructura desarrollada y sofisticada, y gran número de cuadros especializados e improductivos (controladores, ingenieros, administrativos, personal de gestión, de publicidad y de marketing, etc.). Dejando aparte el hecho de que en los países árabes no existe semejante fuerza de trabajo especializada (y el sistema educativo no es capaz de producirla), la infraestructura existente, a pesar de las grandes inversiones del último periodo, no está suficientemente desarollada para permitir la instalación, y menos aún el funcionamiento rentable de industrias con tanta intensidad de capital.

Es importante recordar que la infraestructura moderna ya no consiste en algo meramente físico, como una carretera o un puente. Se trata de toda una cadena de servicios y redes de comunicación, a disposición de toda una población acostumbrada a unitilizarlas. Semejante infraestructura está aún lejos de haberse establecido en los países árabes productores de petróleo. Por consiguiente, la instalación salvaje de industrias durante los últimos cuatro años ha venido acompañada de dificultades de toda clase: penuria, interrupciones del abastecimiento y del transporte, instalaciones portuarias inadecuadas, implicando prolongados plazos de espera para los barcos; deterioro de los stocks y destrucción de productos importados; inmigración masiva de trabajadores cualificados; crisis de vivienda, etc.

3. Una proporción muy elevada de estos proyectos están orientados a la exportación, sobre todo los de los países del Golfo, pero también los de los países con una alta densidad de población, como Argelia e Irak. Esto significa que:

a. el desarrollo de la industrialización está deliberadamente vinculado a las condiciones del mercado mundial;

b. una de las misiones fundamentales de la industrialización en los países atrasados –el desarrollo del mercado interno– está bloqueada;

c. por consiguiente, existe una tendencia muy fuerte a reducir el objeto de la industrialización al problema de sustituir las rentas en divisas (por ejemplo, las del petróleo refinado y otros subproductos del petróleo). Así, podemos decir, y esto es fundamental, que la naturaleza de la industrialización hace que cuando se intenta establecer una economía que no se base fundamentalmente en las rentas del petróleo, de hecho vuelven a crearse las condiciones –aunque a un nivel distinto, más acorde con la estructura del capitalismo tardío– de su preservación.

Las características de la nueva generación de industrias en la región árabe tienen su origen en la combinación de las condiciones de extremo retraso económico y una competencia que obliga a adquirir el equipo industrial más avanzado que hayan podido producir los países imperialistas. En este sentido, el proceso de industrialización viene presidido por la ley del desarrollo desigual y combinado. La lógica capitalista que determina las inversiones se reduce en última instancia a la necesidad de maximizar la tasa de acumulación del valor de cambio –que proviene de la capitalización de las rentas del petróleo–. para compensar un eventual agotamiento de estas rentas. Las clases dominantes de los países productores de petróleo tratan ante todo de sacar provecho de una situación pasajera de ganancias inesperadas para asegurar la base de su poder económico y político, para que éste no se hunda cuando las rentas del petróleo empiecen a descender (este descenso debe concebirse en términos relativos, pues se producirá mucho antes del agotamiento físico real de las reservas petrolíferas).

Este proceso de industrialización se administra, por así decirlo, de arriba abajo. Se desarrolla a una escala demasiado amplia para ser controlado y gestionado, en sus inicios, por alguien distinto a una burocracia estatal. Cabe esperar que ello continúe así hasta que al menos algunos proyectos individuales den pruebas de su rentabilidad.

Además, la manera en que se han formado las clases dominantes árabes favorece esta tendencia a una industrialización dirigida por el Estado, sobre todo en los países productores de petróleo. Las raíces históricas de estas clases dirigentes en las sociedades donde han surgido son mucho más débiles que las de sus homólogos en otros países capitalistas atrasados y no productores de petróleo, cuya formación fue el resultado de un proceso de desarrollo capitalista interno, desequilibrado pero profundamente arraigado, estimulado por la intervención económica y política imperialista. Así, en la Rusia zarista, en la India y en muchos países lationoamericanos, por ejemplo, se formó una burguesía urbana débil pero presente, al mismo tiempo que un proletariado moderno, que a pesar de ser minoritario numéricamente, ejercía un peso social significativo.

En muchos países árabes, la formación simultánea de una burguesía industrial y del proletariado se vio retardada, lo que se refleja en la vida política de la región. Además, en virtud de la propia naturaleza de las rentas

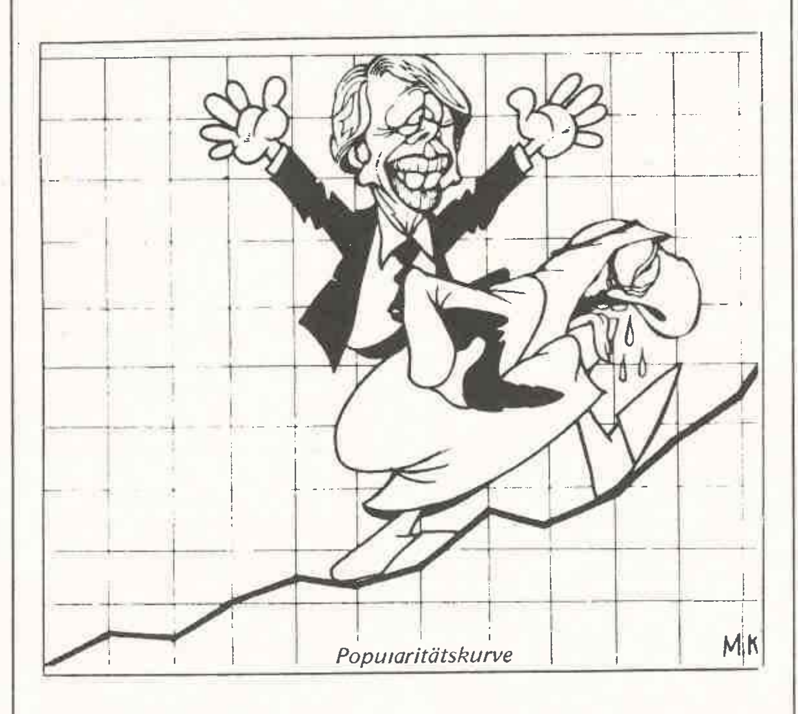
del petróleo (que pueden transformarse rápidamente en importantes fortunas monetarias privadas), el crecimiento numérico, la formación y diversificación de las actividades de la nueva generación de explotadores árabes de que hemos hablado, puede considerarse como un fenómeno que "despegó" mucho más rápidamente que el crecimiento de un proletariado moderno, como fruto de la capitalización de las rentas del petróleo.

Sin embargo, desde comienzos de los años 70, estas clases dirigentes. activamente apoyadas por el aparato de Estado, no sólo poniendo a su disposición la infraestructura, sino también construyendo una industria pesada, se han arraigado sólidamente en la propia estructura social árabe. La combinación de un desarrollo privado y un desarrollo dirigido por el Estado ha marcado el inicio de una proletarización de la sociedad árabe, y ello a pesar de la intensidad en capital de las industrias de grandes dimensiones. Esta proletarización se produce en primer lugar en los sectores de la infraestructura, pues el transporte, la construcción, las industrias de bienes de consumo requieren mucho personal, al igual que la educación y la sanidad. El proletariado nuevo ha surgido sobre todo, y seguirá surgiendo, de las masas de la pequeña burguesía urbana. En los países del Golfo y de Arabia Saudita, en su mayor parte es importando de países como Yemen, Oman, Egipto y el subcontinente asiático.

Las cifras que demuestran esta proletarización en un país como Irak todavía no están, por desgracia, a nuestra disposición. Es preciso extrapolar y proyectar a partir de la información disponible en la prensa comercial que enumera los proyectos, contratos y planes oficiales. Lo mismo puede decirse de los países del Golfo, aunque algunas estimaciones recientes, relativas a Arabia Saudita, consideran que tan sólo en este país trabajan por lo menos 500.000 yemenitas, 200.000 egipcios, 100.000 sudaneses, 50.000 europeos y 30.000 norteamericanos. En cuanto a los trabajadores inmigrados provenientes de la India, de Paquistán, de Corea y de otros países asiáticos, algunos observadores los cifran en dos millones, distribuidos entre todos los países del Golfo.

Así, en sus inicios, el proceso de industrialización característico de los países productores de petróleo sufre el peso de una fuerte componente burocrática y administrativa. En ninguno de estos países "participan" las masas, ni de lejos, en la construcción de su propio futuro. Esto es un aspecto que parece evidente, pero que es muy importante y debe tenerse muy en cunta cuando se habla de estos regímenes en general, y muy particularmente en casos como los de Irak e Irán. En dichos países, la experiencia medida en que se recomponen las clases y adoptan formas más precisas dentro de la sociedad, aunque todo ello tenga lugar denro de un vacío político y cultural total. No asistimos a ningún renacimiento de la ideas ni de una nueva cultura, ni siquiera por parte de la burguesía, paralela a la dislocación y los cambios sociales. Al contrario, la miseria cotidiana de las masas se enfrenta constantemente a una corrupción endémica que forma parte de la rutina y de la opulencia ostentosa, así como a la decadencia engreída de las clases dominantes locales.

En un clima tan agobiante,



ha demostrado que es el aparato represivo, en mayor medida incluso que el aparato de "planificación económica", el principal instrumento del Estado en la aplicación de su política. Ni siquiera el aumento ocasional y a corto plazo del nivel de vida (rápidamente recuperado mediante la inflación) genera una garantía a largo plazo o una base social que permita maniobrar al régimen. Los acontecimientos de Irán lo han demostrado hasta la saciedad.

Las sociedades de los países productores de petróleo, y de los países afectados por las repercusiones de las rentas del petróleo, sufren por tanto una reestructuración en la creado por la ausencia de toda posibilidad de expresión para las masas, el más simple obstáculo práctico a un aumento rápido de la tasa de acumulación de capital en la industria (penuria, crisis de vivienda, inflación, caos urbano, etc.), adquiere una importancia social y política desacostumbrada. A este respecto, los acontecimientos iraníes de 1978, así como el hecho de que el movimiento de masas se preocupe de cuestiones como la corrupción, la vivienda, y los efectos de la inflación en el coste de la vida, han mostrado claramente a las clases dominantes de todos los países árabes de la región un cuadro posible e incluso probable de su propio futuro, lo que sin duda va a entrar a formar parte de sus cálculos con mayor peso que hasta ahora.

Sin embargo, desde un punto de vista puramente teórico, no parece que dichos obstáculos, fruto del atraso de las economías que se trata de industrializar, puedan imponer por sí mismos límites definidos por la amplitud del proceso de industrialización. Otras economías industrializadas han tenido que superar, en su tiempo, obstáculos similares. El problema de saber si estos obstáculos seguirán exacerbando el atraso de la industria o si serán superados en el futuro, depende, a nuestro entender, de una condición mucho más fundamental para un auténtico "despegue" económico, y que no puede cumplirse en los países productores de petróleo.

La industrialización es generalmente el resultado de la asignación de una parte de las rentas del petróleo a la industria. Mientras se mantenga la afluencia de estas rentas, no hay motivo para esperar otra cosa que una elevada tasa de crecimiento en la industria. Sin embargo, la prueba de fuego consistirá en saber si las nuevas rentas extraídas de la producción industrial podrán sustituir gradualmente las provenientes del petróleo a medida que estas últimas vayan agotándose, y si comportarán beneficios suficientes para ser reinvertidos de una manera productiva en la industria, con el fin de mantener la tasa de crecimiento inicial de las inversiones.

Las inversiones industriales con una elevada intensidad de capital y de gran envergadura comportan, en virtud de su elevada composición orgánica del capital, la transformación del grueso de las rentas del petróleo en capital constante importando (máquinas, productos intermedios, materias primas). El paso final del valor materializado por este capital constante a nuevos bienes, a través de la depreciación del equipo y el consumo de los bienes intermedios y de las materias primas importadas, exigirá necesariamente una producción desacostumbrada del valor total materializado en los productos de estas industrias.

La plusvalía aportada por

una fuerza de trabajo productiva poco numerosa y que trabaja necesariamente durante un periodo de tiempo prolongado, con unos niveles de productividad mucho más bajos que en Occidente (esto se ve confirmado en todos los informes sobre el funcionamiento de estas industrias durante los últimos años), comportará una contribución neta proporcionalmente más baja que el valor de la producción final total. Por otro lado, el coste de renovación de este capital constante –que debe imponerse, pues no existe la posibilidad, ni siquiera lejana, de los países productores de petróleo realicen progresos técnicos–, es muy elevado. Además, los gastos improductivos del Estado para sufragar su propio aparato y los servicios prestados a estas industrias son igualmente muy elevados, y no tienen visos de bajar en el futuro. Si tenemos en cuenta todos estos factores, así como la perspectiva de que el grifo de la rentas del petróleo se agote, el porvenir a largo plazo de este tipo de industrialización en los países productores de petróleo parece muy sombrio.

La variante más probable radica en una apropiación, por parte del Estado, de una parte creciente de la plusvalía industrial –a medida que disminuyan las rentas del petróleo–, quedando cada vez menos para la reinversión en la industria. Cuando las inversiones iniciales estén depreciadas (tanto físicamente como en virtud de los progresos tecnológicos en los países imperialistas), serán cada vez más incapaces de competir en el mercado mundial, al que precisamente estaban orientadas al principio.

The Economist definió las inversiones de fuerte intensidad de capital realizadas en la región del Mezzogiorno italiano durante los años 60, y similares a las de los países árabes, como la construcción de *"catedrales en el desierto"*. Esta expresión parece ser profética y particularmente apropiada cuando se aplica actualmente a la creación de industrias en Oriente Medio. ■

Evelin Reed muere en Nueva York



Nuestra camarada Evelyn Reed ha muerto. Un choque para nosotros. Desde hace años, nos referíamos a ella con frecuencia en nuestro combate político y feminista.

Evelyn Reed, que tenía más de 70 años, había sido reclutada por el mismo Trotsky para nuestro movimiento. Fue una de las primeras militantes que se emprendieron activamente, entre nosotros, la lucha por los derechos de las mujeres. Era miembro del Socialist Workers Party desde hace más de 40 años. Ya durante el periodo del mac-carthysmo Evelyn había redactado toda una serie de artículos acerca de la lucha de liberación de las mujeres. En 1950, se puso a trabajar en su libro "Woman's Evolution",comenzando por investigar sobre el tabú sexual en las sociedades primitivas. A través del trabajo que efectuara en la biblioteca del Instituto Real de Antropología, en Londres, para estudiar el material de que éste disponía, llegó a la conclusión de que una de las ideas que ella perseguía desde hacía mucho tiempo era exacta, y que puede resumirse así: lo que se denominaba tabú sexual era en realidad un tabú de defensa contra el canibalismo. Partiendo des esto, desarrolló su trabajo de investigación sobre las sociedades prehistóricas que culminó en 1975 con la publicación de su obra sobre la evolución de las mujeres.

Durante los últimos 25 años, Evelyn no se limitó a estudiar la antropología, ni mucho menos. Militó activamente en las filas del SWP, escribiendo frecuentes artículos en *"Militant"* y en *"International Socialist Review"*, periódico y revista del SWP. Su libro "Problemas de la liberación de las mujeres", ha sido traducido a siete lenguas, que van desde el iraní hasta el holandés (en castellano se han hehco ya cinco ediciones).

Evelyn no se contentaba con escribir sobre la custión de la liberación de las mujeres. Desde sus comienzos partició activamente en la emergencia del nuevo movimiento de liberación de las mujeres en Estados Unidos a finales de la década de los sesenta. También fue una de las fundadoras del WONAAC (Movimiento nacional en favor del derecho al aborto) y desempeñó un papel decisivo en la campaña contra la ley antiaborto que debía conducir, en 1973, a la decisión del Tribunal Supremo legalizando el aborto hasta las 24 semanas.

Centenares de veces, tanto en mitines locales como en las universidades americanas, hizo uso de la palabra. Asimismo realizó viajes con mítines en Nueva Zelanda, Japón, Gran Bretaña, Canadá y Australia (en este último país, la llamaban cariñosamente "abuela del feminismo"). En el otoño último cayó gravemente enferma en el mismo momento en que se disponía a salir en viaje para Suecia, para presentar su libro, que acababa de ser editado en sueco.

Los camaradas norteamericanos la han visto luchar tenazmente contra la enfermedad y los sufrimientos durante los últimos meses de su vida (Evelyn padecía de cancer);

Todos cuantos han conocido a Evelyn se acordarán de la mujer extraordinaria que era y del ejemplo que representaba para los militantes y, particularmente, para *las* militantes, llegados al partido durante estos últimos años. Su combatividad, su curiosidad insaciable por todo lo que hay que aprender, lo mismo que la simpatía con la que transmitía a los demás lo que ella sabía, seguirán vivas en nuestra memoria.

Evelyn, nosotros continuaremos el combate que tú has entablado y trataremos de hacerlo con la misma determinación y la misma alegría que tú.

Nota aclaratoria

En el nº. 2 de INPRECOR, en el artículo sobre el Paro Nacional de enero último en el Perú, se incluyen algunos errores de información que quisiéramos aclarar.

1. El sindicato Minero de Cuajone ha sido fundado en agosto de 1978. Anteriormente existió un sindicato de trabajadores de Construcción Civil de Cuajone.
Por lo tanto el Sindicato en cuestión no ha sido reorganizado.

2. El c. Hernán Cuentas fué secretario General del Sindicato de Trabajadores de Construcción Civil de Cuajone. Actualmente es miembro del Sindicato Minero de Cuajone y como tal es delegado a la FNTMMP.
No es asesor técnico de dicha federación como dice el artículo.

3. Los dirigentes de la FNTMMP encabezado por Víctor Cuadros son militantes clasistas y socialstas que se mantienen al margen de las organizaciones partidarias existentes. No son militantes trotskistas.

Comite Ejecutivo PRT

Colombia

Reforma politica y escalada represiva

Socorro RAMIREZ

Más de tres mil personas han pasado en tres meses por las cárceles de Colombia. Denuncias de torturas y asesinatos de trabajadores, estudiantes e intelectuales se suceden diariamente. Las más elementales libertades democráticas pueden ser arbitrariamente violadas por una simple sospecha de afronta al "sacrosanto Derecho de Estado"...

ESTAS y muchas otras medidas antiobreras y contra las masas populares, son amparadas por el negasto "estatuto de seguridad": decreto 1923 con el que debuta el gobierno de Turbay Ayala y que ha sido emitido el pasado seis de septiembre en "uso de las facultades qeu le confiere al presidente el Estado de Sitio" (legislar directamente sin acuerdo del parlamento).

Algunos antecedentes explican el significado y alcance de una tal medida.

1- Ha terminado el "Frente Nacional". acuerdo bipartidista (por su referencia a los dos grandes partidos burgueses el liberal y conservador), que concedía constitucionalmente el reparto equitativo de la dirección del Estado a esos dos partidos; en una palabra, el bipartidismo era el monopolio institucionalizado del control de todo el aparato burocrático. El resultado de más de 20 años de Frente Nacional y de la política implementada por sus diversos gobiernos, es un bipartidismo en crisis que ha perdido consenso frente a las masas. La verdad es que en todo este tiempo siempre hubo una enorme distancia entre los programas, planes e intereses del bipartidismo, y el verdadero cambio que reclaman las precarias condiciones de vida de la inmensa mayoría de los colombianos. El desgaste de este programa de gobierno fué acompñado de una creciente corrupción social y moral de la administración pública, encabezada y defendida por los altos mandos civiles y militares.

2- Contrariando lo que era su objetivo de fondo, la combatividad de las masas no ha dejado de expresarse por diferentes canales. Para no tomar más que los hechos más recientes y conocidos, en 1977 se realizaron cerca de un centenar de huelgas y paros cívicos. Este ascenso de las luchas de masas tuvo su punto más elevado en el Paro Cívico Nacioanl del 14 de septiembre de 1977. Uno de los elementos m-as significativos del mismo fué la tendencia generalizada hacia la unidad sindical de los trabajadores y en contra de la tradicional atomización que caracteriza el movimiento gremial colombiano. De este paro cívico salió fortalecido el Consejo Nacional Sindical, conformado por las cuatro centrales obreras existentes en el país. Esta oleada de lucha de masas se extendió en 1978, con centenares de conflictos obreros y populares que enfrentaban la situación extrema de penuria: elevación del costo de vida, aumento del desempleo, la inflación creciente, la represión generalizada.

3- Mientras la mayoría de los colombianos se hundían en la miseria, los capitalistas se beneficiaron de una de las "bonanzas" económicas más importantes en 25 años. Se ha asistido al crecimiento sin precedentes de varios sectores económicos. Por ejemplo, el crecimiento industrial durante el año 1978 fué del 15% y las exportaciones totales superaron en un 27% las de 1977. La bonanza cafetera y la "marimbera" han puesto en circulación una gran masa de capitales. La capacidad importadora ha aumentado por la alta acumulación de divisas en los últimos tres años y crece el estimulo a la inversión extranjera y privada, con la disminución paralela de la inversión pública. Principalmente en servicios a la población, en donde el Estado ha abandonado francamente diferentes programas por "falta de recursos".

4- Un antecedente inmediato del mencionado "estatuto de seguridad", es la convocatoria que hubiese hecho el anterior presidente López Michelsen, de una Asamblea Constituyente a la cual le fijó objetivos claramente reaccionarios bajo las "necesidades" de una pretendida reforma de la administración pública y de la justicia. Pronto se hizo evidente que se trataba básicamente de concentrar en el ejecutivo por medio del presidente, la capacidad de legislar que le corresponde al parlamento. Como resultado de ello, se debilitaba el Congreso a nivel nacional y las asambleas departamentales y consejos municipales. En cuanto a las reformas contempladas en esa convocatoria, la de justicia se proponia consagrar como permanente e institucional, la práctica de militarización de la justicia ordinaria: correspondería a los tribunales militares, a través de los mecanismos de la justicia castrense como los consejos de guerra, el "arbitrio" sobre asuntos corrientes que normalmente corresponde a la justicia civil. El país asistió alarmado a toda suerte de prácticas de manejo militar de la justicia inspiradas en esta "filosofía" peculiar, como aquella más aberrante del célebre fiscal quien afirmara cínicamente en un consejo de guerra que se trataba primero de partir que todos los colombianos eran culpables y correspondia a ellos demostrar, finalmente, su inocencia. En una palabra, la política de sancionar primero y luego investigar !.

Esta Asamblea Constituyente habiendo sido aprobada fraudulentamente en el Congreso de la República contra la oposición declarada de amplios sectores, la Corte Suprema de Justicia la declaro anticonstitucional y la burguesía se propuso en adelante la busqueda de la aplicación de las mismas políticas por otros medios. Desde la instalación del nuevo gobierno de Turbay Ayala, este se definió como continuador de su antecesor, lo cual es tanto más evidente en el nefasto "estatuto de seguridad" en relación a los objetivos mencionados de la reforma de la justicia que se proponía López M. Se trata de "asegurar", mediante un régimen de terror, que la burguesía va poder mantener los grandes márgenes de ganancia mediante la sobre-explotación de los trabajadores y que, por su parte, estos no se levantaran contra las condiciones de miseria, el incremento de las alzas y el desempleo. En efecto, al otro día de la declaratoria de estas medidas que buscaban supuestamente brindar seguridad a los colombianos contra la creciente corrupción y "acabar la subversión en el campo y la ciudad", el gobierno ha creido contar con un terreno pacidicado para imponer una serie de alzas en el combustible, el transporte, los artículos de primera necesidad, así como desarrollar una gran ofensiva por destruir el Consejo Nacional Sindical y demás expresiones de la unidad combativa que ha venido logrando el movimeinto obrero colombiano.

En Colombia se ha mantenido por espacio de 30 años un regimen de Estado de Sitio. El Presidente Turbay ha proclamado que en breve anunciará al mundo el levantamiento del Estado de Sitio. Tratando de afirmar la imágen demagógica de constitucionalidad y civismo que tendría ante la opinión pública internacional el régimen colombiano. Sinembargo, ante los ojos de las masas colombianas se han vivido 30 años de aplicación arbitraria de medidas represivas, de sobre-explotación a nombre de un "regimen excepcional", de represión sobre los movimientos de protesta obrera y popular, se han asesinado, otrturado; encarcelado o desaparecido a trabajadores del campo o la ciudad, a militantes sindicales y revolucionarios. Para ello se ha legislado muchisimo, reforzando el militarismo, manteniendo una justicia castrence paralela a la ordinaria, afilando las puntas policiacas del Estado y recortando ampliamente los derechos democráticos y sindicales. Todo esto durante el Frente Nacional. Turbay, ahora, recoge esa herencia, la sistematiza y organiza en un solo cuerpo: el estatuto de seguridad.

Queda claro entonces: la mayor parte de mecanismos extraordinarios del Estado de Sitio han venido siendo incorporados a la legislación ordinaria, ahora se completaría con el estatuto de seguridad. Pero al mismo tiemó, ninguna de estas normas reaccionarias, antiobreras y antipopulares, han podido contener permanentemente el ascenso de las masas. Por el contrario la crisis del bipartidismo pone presente que son las masas las que han desgastado e inflingido derrotas a los proyectos del regimen. Las acutales medidas del Gobierno no serán exepción a esta regla.

Se realiza entonces una REFORMA POLITICA REACCIONARIA DEL ESTADO, que obedece a las necesidades burguesas de dar respuesta a las nuevas realidades de la lucha de clases, para hacer más eficaz al aparato represivo (que tiene como vehículo privilegiado al militarismo) y mantiene la apariencia de un estado democrático, con parlamento; elecciones y partidos.

Los instrumentos con los cuales cuenta Turbay para llevar a cabo esta reforma son: a) El estatuto de seguridad, b) la reforma de la justicia para darle todas las garantías a la justicia penal militar, para desvertebrar la Corte Suprema de Justicia, (creando dos cortes: la de casación de negocios generales y la constitucional) y aumentando la interferencia y control bipartidista en su interior y en el nombrameinto de jueces y magistrados. c) la reforma parlamentaria, d) la reforma de los códigos penal y de procedimiento penal, e) la creación de la fiscalía general del Estado para incrementar sus funciones policiacas.

El Presidente ha prolongado el Bipartidismo en el Gobierno mediante aplicación del artículo 120 de la Constitución Nacional, que señala una distribución adecuada y equitativa de las posiciones y puestos públicos para los dos partidos tradicionales, que viven del botín estatal.

Ha dirigido así mismo sus proyectos a prolongar dicho monopolio bipartidista en la rama juridicional, como en toda la vida políica nacional. En tanto bipartidismo y Congreso son dos cuerpos que se han correspondido, hasta en sus crisis, se busca modernizar sus imágenes mediante una reforma de estas instituciones.

El congreso ha dejado de tener una función real de decisión en el ejercicio del poder, aunque su papel ideológico-político siga siendo grande. Sin embargo hay también un copamiento de sus funciones por parte del Ejecutivo, que asume poderes de competencia del congreso, invadiendo así sus fueros, como en la reforma de códigos, aumento de penas, etc. Así, para el Parlamento la condición de su existencia, la opción de funcionamiento que se le ha impuesto es la de acomodarse y postrarse a ordenes del Presidente. Para ello Turbay, aprovecha habilmente la crisis y el despestigio de esta institución, para imponerle "su autoreforma". Si los parlamentarios no asisten a las sesiones, entonces se rebaja el número de asistentes necesarios para definir el quorum. Como se ha hecho "natural" que el Ejecutivo concentre el máximo de poder, el parlamento decreta el máximo de facultades extrarodinarias al presidente para: reformas en el código sustantivo y de procedimiento penal, en el regimen electoral y establecer el estatuto de partidos; para reformar el regimen educativo, laboral de salud y de administración pública, y cualquier otro que se haga necesario !

La primera gran gestión de este parlamento autoreformado fue el aumento escandaloso en sus dietas, alegando ahi si, alza en el costo de vida, cuando se negaban las peticiones de los trabajadores de alzas salariales; porque resultaban dizque inflacionarias. Pero además adoptó en primer debate el Estatuto de seguridad, como ley ordinaria de la República. Se trata de un parlamento de bolsillo, impotente y servil ante un Ejecutivo Todopoderoso.

Bajo el slogan tramposo de ESTATUTO DE SEGURIDAD se han conculcado los derechos democráticos, colocando su ejercicio en la orbita de la justicia penal, para fortalecerla. Se dan atribuciones que no le corresponden a jueces militares y funcionarios administrativos. Se asimilan delitos políticos a delitos comunes, dizque porque tienen caracteristicas comunes al desaparecer las fronteras entre ellos. La huelga y la protesta callejera son convertidas también en delitos comunes.

Se ensancha el golpe al campesinado, a nombre del combate antiguerrillero, que favorece la actuación de las bandas armadas de los terratenientes.Se recorta el derecho de expresión y movilización y se da un golpe de estado a las libertades democráticas, al tipificarlas como delitos, legitíma la represión oficial selectiva, los allanamientos, detenciones, encarcelamientos y torturas.

Se amplia la censura de prensa radial, televisada y escrita, anulando la libertad de expresión. Se amenaza seriamente a la izquierda obrera y a la oposición.

El ejecutivo asume funciones que no le corresponden ni siquiera en periodos de estado de sitio o de guerra. Por ejemplo, los artículos del 1 al 6 modifican los códigos penales al ampliar las penas y crear nuevas figuras delictivas. El Art. 9 modifica el código de procedimiento penal al atribuirle a la justicia castrence el conocimiento de delitos comunes que son regularmente de los jueces ordinarios. Los arts. del 7 al 10, modifican el código de policía. El art. 11 suprimer el derecho de defensa desconociendo así los acuerdos internacionales de derechos humanos. Los abogados defensores son involucrados en los procesos de los detenidos, luego son encarcelados y juzgados, por apoderar a un "subversivo".

El Gobierno está aplicando el art. 8 de la Constitución Nacional, que es para las peores épocas de guerra. Cualquier ciudadano puede ser retenido por sospechoso. Una vez detenido, es condenado, sin poderse defender porque los abogados son hostigados y se les impide su labor. Como no hay derecho de apelación para solicitar la modificación de la sanción, va como condenado en consejo de guerra a la esla prisión de Gorgona, después de haber sido allanada su casa, detenidos amigos y parientes, que se encuentren sus direcciones en su memorando, después de haber sido torturado y a la fuerza haber tenido que firmar que ha recibido buenos tratos. Acompañado todo esto de la total militarización de la vida ciudadana. Los presos son trasladados por todas las cárceles, para evitar la aplicación del recurso de Habeas Corpues. Muchos ciudadanos han desaparecido después de ser detenidos por el ejercito, cuando allanan las casas a la madrugada llevando tan solo una órden en blanco firmada por un juez militar, sin cumplir siquiera los requisitos de rigor procedimental.

Las protestas se han hecho sentir: Partidos obreros, sindicatos, asociaciones de juristas, de profesionales, artistas, corporaciones públicas, personalidades públicas, como destacados dirigentes de los dos partidos burgueses, la Iglesia, la opinión internacional, las organizaciones internacionales de derechos humanos, como Amnistía Internacional.

El estatuto de seguridad ampara los despidos a dirigentes de huelgas, a líderes sindicales o simplemente trabajadores que se atreven a reclamar mejores condiciones de trabajo o vida. Son decenas de casos en los cuales el patrón alega el estatuto para despedir masivamente o para negar las demandas laborales de los trabajadores.

Se despide a quienes comprueban que hay torturas, porque decir la verdad, comprobarla cientificamente, es estar aliado con la subversión y en "complot contra el gobierno". Tal fue el caso del director del Instituto de médicina Legal, quien fue detenido por cumplir l.. órden de investigar sobre las torturas a estudiantes detenidos.

La Corte Suprema de Justicia, queriendo manifestar su incondicionalidad al presidente, se pronunció por la constitucionalidad de tal estatuto. Los tres magistrados que hicieron salvamento de voto, recibieron las iras del Presidente, quien los amenazó con una investigación disciplinaria, porque el interpreta las discenciones como un motín de los jueces. Así trata a sus amigos que de pronto discrpan, a sus enemigos siempre los espero, lo peor.

Se persigue la guerrilla, pero callan frente al surgimiento del "Escuedrón de la muerte, o de la Triple A", que han escrito sangrientas histórias en latinoamerica.

La *actual coyuntura* exige una consecuente y sostenida lucah por las libertades democráticas. La denuncia de toda la escalada represiva y militarista. Lograr un rechazo gene-

ralizado y una gran movilización de las masas contra tal reforma reaccionaria del estado. Por tal razón el Partido Socialista Revolucionario,PSR organización de la IV Internacional ha estado luchando, primero contra la pequeña constituyente, convocada por López, y desde que se expidió el Estatuto de seguridad, conformando comités.que reunan todas las fuerzas, para organizarlas y movilizarlas hacia la derrota de tal engendro reaccionario. Entendiendo que solo una política de Frente Unico, de la clase obrera, sus organizaciones sindicales y políticas, las organizaciones de masas y la oposición, podrá ganar esta importante batalla democrática.

Se han conformado comités en casi todas las regiones del país, acompañados de comités de los familiares de los presos políticos y de comités de sectores o ramas de los trabajadores. Sin embargo varios son los obstáculos que conspiran contra tal proposito.

1- Los stalinistas han provocado una división suicida, pues enfrentan sectariamente sus diferencias y lealtades a la burocracia de Pekín o de Moscu. Los maoistas conforman comités paralelos e independientes y el PC responde con una política de aislamiento frente a ellos. Esto genera gran confusión y pasividad en las filas obreras.

2- El PC privilegia la alianza con personalidades burguesas de los dos partidos y asume con métodos liberales la necesaria unidad en la acción con todas las fuerzas que se opongan al estatuto de seguridad. Asistimos a una ofensiva de demagogia, de nuevo lanzamiento de fracciones "progresistas" liberales o conservadoras, que buscan reacomodos y relanzamientos en sus actividades partidistas o parlamentarias. Pero que si no se privilegia la organización y movilización de las masas, operarían como un factor contra la independencia de clase de los trabajadores. La lucha por las libertades democráticas tiene el obstáculo y el peligro, por la actitud de algunos partidos obreros, de ser dirigida por la democrácia liberal que la desmovilizaría y condenaría a su frustración.

3- Otro obstáculo son algunos analistas, que consideran la lucha democrática como simplemente ocasional, esporádica, que por tantos bandazos que dan terminan apoyando al gobierno en supuestas medidas progresistas, o con ejes políticos equivocados.

4- La política aventurera e irresponsable del terrorismo individual, ha brindado justificaciones al gobierno para su escalada represiva y alcis y genera la confusión en las filas proletarias.

Las *tareas centrales* ha desarrollar, propuestas y realizadas por el PSR son entonces:

1. Unidad en un solo frente de lucha, avance hacia la unidad sindical, hacia la centralización por la construcción de la única central y unidad en la acción contra el estatuto de seguridad.

2. Importantes conflictos obreros empiezan a desarrollarse, después de aislamiento, intimidación y ofensiva para destruir el Consejo Nacional Sindical. Los petroleros, han realizado congreso de solidaridad en Barrancabermeja para preparar su movilización, los trabajadores estatales han venido enfrentando el tope salarial del 18% que ha querido imponer el gobierno, la preparación de la huelga de Acerias Paz del Rio, es tal vez uno de los conflictos más importantes. Los trabajadores de Ericson, de Corona, de carreteras nacionales, los mineros de Antioquia de Puertos, de Teléfonos y televisión, de Indupalma, los educadores de la Universidad del Valle y los aglutinados en Fecode, junto con las centenares de convenciones colectivas en marcha, son manifestaciones del hilo que puede conformar una oleada de luchas y que empezarían a arrebatarle la iniciativa y fuerza al gobierno. El apoyo a estos conflictos es fundamental, procurar su centralización y unificación es decisivo. Todos ellos van entendiendo cada vez más que no se puede adelantar su lucha salarial, económica, sindical, sin denunciar el estatuto de seguridad, sin engrentar la otra maniobra que realiza el gobierno contra el movimiento obrero, la aplicación y ampliación de una reforma laboral, que va hacia la destrucción de los sindicatos, ya han sido impulsados más de 400 pactos colectivos, negociados sin la participación y contra los sindicatos respectivos. Asimismo dentro de los presos políticos se encuentran dirigentes sindicales de más de 20 sindicatos, por eso cada vez más se ligan estas luchas de tal manera, que ya no sale un volante, o no se hace una asamblea sindical sin la denuncia al estatuto de seguridad.

3. Para el 31 de Marzo se ha convocado el GRAN FORO NACIONAL POR LOS DERECHOS HUMANOS, convocado por destacadas personalidades liberales, como el Senador Luis Carlos Galan, Roberto Arenas Bonilla; por personalidades Conservadoras como el ex-canciller de la República, Dr. Alfredo Vazquez Carrizosa, por el Partido Comunista, el movimiento Firmes, el PST y el Partido Socialista Revolucionario. Han adherido a esta convocatoria, ilustres escritores y artistas como Gabriel García Marquez, asimismo Consejales, organizaciones sindicales, centrales obreras, y se prepara con la realización de foros regionales, con la conformación de comités unitarios para tal motivo, y con el adelanto de un plebiscito nacional por la derogatoria del estatuto de seguridad. Conferencias en todo el país, actos políticos, culturales y la edición de un folleto sobre la reforma política del estado son algunas de las actividades con las cuales el PSR viene preparando este gran foro. Asimismo la realización de una jornada, ese mimo día 31 de Marzo, por el derecho al Aborto, la contracepción y contra la esterilización forzada, que viene realizando nuestro partido con varios grupos feministas. Contra la violencia sexual ejercida en las torturas aplicadas a varias mujeres detenidas, contra la violencia que se opera para la mujer en lo laboral, cultural, sexual, familiar. En tal sentido realizamos la celebración del día de la mujer, el 8 de marzo, en Bogota, en unidad de acción y articulando la lucha de la mujer contra su opresión con la lucha para derrotar el estatuto de seguridad.

4. Aplicando la política de frente único, propiciar la participación de todos los sectores, incluyendo personalidades burguesas contra el estatuto y por las libertades democráticas. Pero en la lucha por esos objetivos democráticos propiciar la movilización de las masas como arma principal, para lograr que sean los propios trabajadores que dirijan esta lucha. Asi mismo utlizar los márgenes de la legalidad en lucha por ampliar nuestro marco de acción, así como una gran lucha ideológica, contra todas las formas de capitulación a este combate.

5.- La reforma reaccionaria del estado pormovida por el bipartidismo, no es inevitable, a condición de que las masas se movilicen, se puede conseguir la derrota parcial o total, de tal medida. Se ha anunciado el levantamiento de la censura radial y televisiva. Es claramente un triunfo de los periodistas que a través de sus organizaciones, vienen luchando porque esa medida dictatorial fuera levantada, apoyados por las organizaciones de los trabajadores y organizaciones democráticas nacionales e internacionales.

La acción de la opinión internacional es muy importante. Comités de Colombia nos han sido constituidos en Belgica, Francia, Inglaterra, España, Suiza, Alemania, la Unión Soviética, Estados Unidos, y se empeñan en denunciar los acontecimientos, en buscar la solidaridad y el pronunciamiento de personalidades y organizaciones democráticas y del movimiento obrero. Diariamente el Gobierno tiene que destruir centenares de menzajes, declaraciones, pronunciamientos llegados de todas partes del mundo.

El P.S.R. ha levantado como alternativa a esta reforma política del estado, que se pretendía hacer por la pequeña constituyente y ahora pro el estatuto de seguridad, la propuesta política de una gran ASAMBLEA CONSTITUYENTE POPULAR Y DEMOCRATICA que discuta y resuelva los problemas generados por la dominación imperialista y la explotación capitalista, pues la crisis del estado colombiano pretende ser represada por reformas reaccionarias que mantengan el régimen vigente. El camino de las luchas democráticas lo deben recorrer las propias masas trabajadoras,unificando sus conflictos, construyendo un solo frente para realizar sus tareas, luchando por su independencia política de clase, forjando su propio partido Socialista y Revolucionario, sus propias organizaciones que ejerzan su derecho, pues la única democrácia en la que confiamos y queremos construir es la que conquisten y ejerzan las prpias masas trabajadoras■